The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

897.291
M37zH

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002029760

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

DATE DUE

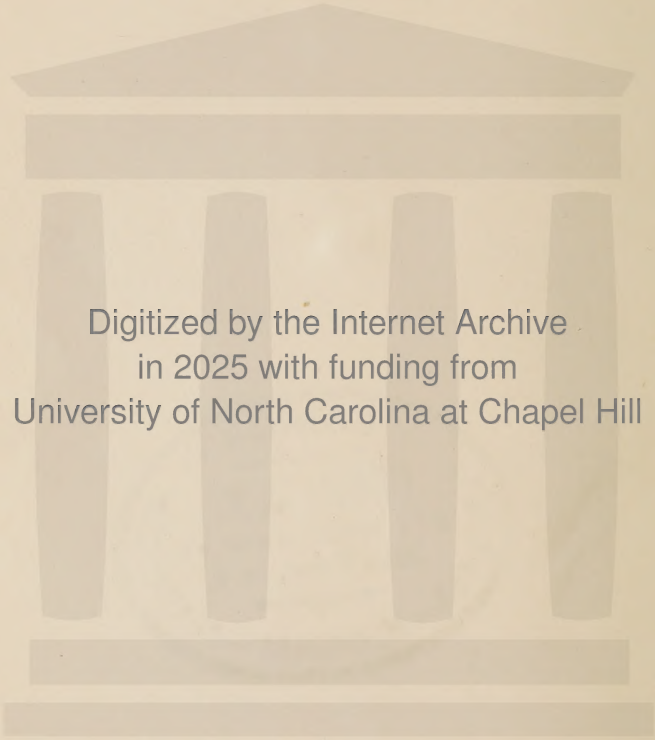
3 Nov '48 J O
OCT 27 1948
MAR 23 1949
JAN 7 1950
MAR 2 1950
11 Sep'50 SL
25 Jun 51 K
22 Dec '52 M
OCT 21 1998
OCT 06 '98

A. HERNANDEZ-CATÁ

MITOLOGÍA DE MARTÍ

MCMXXIX

LIBROS
LIBRERIA GALDOS,
217 WEST 14TH ST.
NEW YORK, N. Y.
PERFUMES — MEDICINAS — PERIODICOS


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mitologademart00unse

MITOLOGÍA DE MARTÍ

OBRAS DE A. HERNÁNDEZ-CATÁ

Cuentos pasionales, 5.ª edición.
Pelayo González, 5.ª edición.
La juventud de Aurelio Zaldívar, 4.ª edición.
Los frutos ácidos, 6.ª edición.
El placer de sufrir, 5.ª edición.
Los siete pecados, 4.ª edición.
Una mala mujer, 4.ª edición.
La muerte nueva, 4.ª edición.
La voluntad de Dios, 3.ª edición.
La casa de fieras, 5.ª edición.
El corazón, 2.ª edición.
Libro de amor, 3.ª edición.
El bebedor de lágrimas, 2.ª edición.
Piedras preciosas, 2.ª edición.
El ángel de Sodoma, 2.ª edición.

EN PRENSA:

El gigante y la niña débil.

A. Hernández-Catá

MITOLOGÍA DE MARTÍ

RENACIMIENTO
Madrid

Este libro es propiedad de su autor, quien se acoge a las leyes de Cuba, España y los países signatarios de la Convención de Berna referente a la Propiedad Intelectual.

Componen su edición original, decorada por MANUEL BENET y RAMÓN ESTALELLA, diez mil ejemplares, más cincuenta en papel del Japón numerados y firmados por A. Hernández-Catá en esta página.

Compañía General de Artes Gráficas (S. A.).
Príncipe de Vergara, 42 y 44. — Madrid.

Library
North Carolina

A
José Manuel y Néstor Carbonell,
que me iniciaron en el amor de

JOSÉ MARTÍ

A
cuantos, contra vientos de concupiscencia y mareas de olvido, se afanan en completar la obra de la revolución, consolidando una república con todos y para todos a la sombra de aspiraciones eternas.

H.-C.

454774
897.291
M37zH

INTRODUCCIÓN

A figura de José Martí crece en estatura cada día a los ojos de cuantos miran la vida espiritual del mundo.

El paralelismo raro y perfecto entre su acción y sus palabras; el aliento de eternidad que exhala su fugaz existencia; el lirismo y la exactitud de su prosa como de su verso; el penetrante dejo franciscano que fertiliza aun sus prédicas de la hora ciega en que sólo podía oponerse el exterminio a la tiranía; su don adivinatorio en la política y en las artes; el arrebato apostolar de su actividad, y su muerte feliz casi ante las primeras balas de la revolución engendrada y criada por él, hacen de su figura imán para la pluma de cualquier escritor cubano, de cualquier americano, pues Martí es ya uno de los hombres tutelares de América.

De igual estirpe que Bolívar y Wáshington, sólo es menor en la medida estrictamente cuantitativa

a que lo constriñe la órbita de su existencia y la magnitud material de su tarea libertadora. Excelencias hay, en cambio, en las cuales destella con fulgor no igualado por los demás. Poeta activo, no repite el caso doloroso de tantos seres vulgares para quienes la función de belleza únicamente surge ante el papel. Su vida, sus sueños, sus afanes, su muerte, son poesía viva, insuperable. La fealdad junto a él, se descubre avergonzada como la vileza de los metales al contacto de la piedra de toque. Sin hipérbole puede decirse que poseyó esa difícil heroicidad que no depende de la exaltación momentánea, sino de una hipertrofia de la conciencia, y que ha sido de los últimos héroes inmolados a una causa inmaculadamente justa.

¿Por qué, entonces, mitología y no biografía de varón tan excelso? En el homenaje incipiente aún que Cuba le rinde, otras plumas emprendieron ya la obra de investigar y clasificar sus hechos domésticos e históricos, y aun quedan para los eruditos documentos vírgenes dispersos por los archivos de América y de España. Mas no a que esa índole de trabajos sume ya bibliografía copiosa, se debe el propósito de intentar una resurrección no ajustada a datos concretos.

Su iluminación, su abnegación, su desasimiento

de las míseras codicias terrenas, su fulguradora actuación, su multiplicidad de aptitudes regidas todas por una especie de arrebato ordenado, su sacrificio y su misterioso y potente retoñar en las complejas palpitaciones de la vida de Cuba libre, lo circuyen con un halo extraño, por lo común, al hombre. Un efluvio mesiánico, una superanormalidad de semidiós lo diferencian de los demás talentos y de los demás caudillos. Algo de niño conservó siempre, y en ello puede verse otra marca de su condición de escogido. Su lenguaje es distinto al de su tiempo y al de todos los tiempos si se aísla la comparación; su voz debió tener, hasta en su timbre —aparte del tesoro de las palabras—, un acento tan persuasivo, que a seres de los más dispares temperamentos, alcurnias, latitudes y educación, arrastró por igual. Quienes le conocieron cambian la expresión verbal y física al pretender evocarlo. Ningún otro personaje de América ha dejado impronta más sutil y fuerte a la vez. Comparados con él, los más eminentes, sin perder grandeza, descubren algo rudo. La frase casi vulgar adquiría al impregnarse de su alma vibraciones prístinas y fuerzas propulsoras elementales. Obsérvase la confluencia del santo y del guerrero. ¿Pueden ser todos éstos, signos fortuitos? No. Ellos dicen que José

Martí fué uno de esos ecos de la divinidad que de tarde en tarde aparecen, no se sabe si rezagados o anticipados, sobre la tierra.

Pero, además, ¿cómo no temer a la balumba de papeletas con que el cientifismo de serie sepulta ahora a temas y a hombres? Antaño la falta de pormenores que vinculasen la acción heroica a la acción humana, el vértice sobrenatural a la línea natural, daba de los superhombres visión inexacta. Eran, al resurgir de la Crónica o de la Historia, algo aparte de los demás hombres, algo casi inhumano, difícil de suponer en función de vida plena y en el reverso de esas largas horas cotidianas que tienen los minutos de excelsitud.

Echamos de menos en muchos retratos de Tácito y de Mommsen una especie de dimensión entrañable, de lastre de arcilla pasional que lo obligue a actuar, siquiera un momento, en nuestro nivel, para juzgarlos frente a frente. En las mismas *Vidas paralelas* nos falta y nos sobra algo intrínseco. Desde Strabón al último cronista, los retratos se desdibujan hacia lo imposible o naufragan, en la vulgaridad de detalles a un tiempo exactos e impersonales. Hoy la superabundancia de pormenores y la torpe facilidad con que se acumulan, ofrece de los sujetos históricos imágenes donde los poros del

rostro y los hilos de la ropa pueden contarse. La *Kodak* vulgar delata tal mancha del traje, tal desaliño de la corbata; el reportaje chismorrea si gustaba de tal o cual tipo de mujer para las falsificaciones del amor o si era remiso para pagar sus deudas. La imperfección de ambos sistemas no ha menester encarecerse.

El héroe y el hombre, en realidad, se diferencian más que se parecen, empero su subordinación a una especie. De aquí el que tantas veces, antaño como hoy, lo mejor del santo o del paladín se nos pierda por falta de un crisol donde la escoria de los pormenores se elimine y queden sólo aquellas acciones cardinales definidoras de la fisonomía excepcional.

Acaso sea harto severo el epifonema de Paul Valery: «Tout ce que l'Histoire peut observer est insignifiant.» Pero lo que puede desentrañarse de él una vez limado su absolutismo, es que la Historia, por demasiado general, por demasiado panorámica y atenta a relaciones intelectivas, pierde mucho de ese flúido humano, más eficaz mientras más estrecho e intenso, merced al cual el hombre comprende plenamente las presencias de cuantos estuvieron antes en la tierra y de cuantos han de sucederle.

No estamos en la era de las obras extensas, sobrecargadas. Ni podemos renunciar al dinamismo

a que nuestra época nos impele, para abandonarnos a sedentarias lecturas. La menor disciplina del saber cuenta hoy con innumerables libros. Se impone la síntesis. Si a los treinta años de su muerte pocos cubanos ya pueden decir que han leído sus obras completas, y se le cita por remembranzas rapsódicas, ¿cómo no ver lo útil de reunir el haz legendario de su genio y de su bondad en un precipitado de palabras, de símbolos y acciones?

Más aún: cuando estas causas circunstanciales no existiesen, la espiritual implícita en lo dicho, bastaría: A los seres escogidos por el Destino para ser faros vivos, ha de desposeérselos de cuanto a la pequeñez los liga, y proyectarlos en una perspectiva de eternidad, nivelándolos con las otras cumbres humanas por entre las cuales la vida de los valles —de los hombres—bulle minúscula.

Eso he pretendido hacer con el plasmador de mi patria: borrar los nexos indiferentes que lo igualan a los demás, y avivar los magníficos que lo emparejan con sus hermanos los grandes de todos los tiempos. Su vida y su obra tienen tanto de prodigio que no sorprende si su estela toma, hasta en las zonas más próximas a sus últimos pasos, ese carácter sobrehumano que engendra los mitos superiores. Decid a un cubano de Martí cualquier hazaña,

cualquier abnegación increíbles, y su inteligencia tardará en reaccionar hacia la duda: es que la leyenda borra ya, en cuanto toca a nuesto Apóstol, los límites de la historia. Y la leyenda no es jamás invención arbitraria, sino ensanchamiento del dintorno de posibilidades. No se inventa de un Napoleón que tuvo crisis de arrepentimiento al atravesar una frontera; de una Mesalina que se abstuvo ante la hermosura casta de un esclavo. De Martí puede inventarse, sin mentir, cuanto sea lucha en pro de la justicia, del saber, de la dignidad humana, de la belleza. Hombre verdadero sintió en su mejilla todo golpe recibido por mejilla de hombre.

Otros dirán también: «Esto es poco... De Martí puede añadirse mucho más... Cien facetas de su vida no tienen ni siquiera insinuación en estas páginas.» Y dirán verdad. La biografía de todo prohombre es siempre un curso histórico, y a eso no llega mi ambición. De un hombre de la estirpe de Martí hay siempre que decir mucho más. Su ubicuidad y generosidad son tales, que él mismo responde en nuestra pluma cuando tratamos de prevenir las impugnaciones. A modo de collar, las cuentas de su vida engránanse aquí en hilo de fervor. Pero otras manos pueden desatar la lazada y ensartar nuevas

cuentas más resplandecientes. Tiempos son los nuestros de curiosidad exacerbada. Se busca lo nuevo con frenesí; el ayer nos parece ya lejos e inútil, y la publicidad, suplantando a la crítica, toma a lo más puro y a lo más vulgar del cotidiano servicio, gestos insinuantes e hipérboles desconcertadoras. Martí es de ayer y, seguramente, de mañana. Muchos males cubanos vienen de la debilitación de su doctrina. Lo leen unos cuantos, y los más lo han olvidado antes de aprenderlo. Para menguar su ingratitud nace este libro, cuyo fin inmediato es llevar a la fuente ubérrima de Martí, otra vez o de nuevo, a quienes lean estas páginas fertilizadas por su agua lustral. Lleno de anacronismos deliberados, teje para la gran figura, con sus propias palabras casi siempre, una túnica que ni siquiera a los ojos más débiles pretende pasar por inconsútil.

Cuando la bala funesta de Dos Ríos le robó la vida terrena, la noticia, por no se sabe cuál de esos caminos invisibles por donde viaja el espíritu, llegó a Tampa, donde la colonia de emigrados veneraba al seráfico caudillo. Llegó turbia, indecisa, en pavoroso rumor al cual ni las bocas se atrevían a dar forma. Y al revés que en el divino trance, allá en Galilea, un discípulo, poseído de optimista cre-

dulidad, cerrando los oídos a la noticia aciaga y abriendo los ojos a una alucinación de su anhelo, aseguró: «¡Es mentira!... No ha muerto: lo he visto... ¡Lo he visto!» Eso bastó para que una multitud se echara a la calle en busca del hombre que no volvería nunca a ver. Y, sin embargo, tras el primer iluminado, otros, poseídos de la misma fascinación, creyeron verlo, *lo vieron*. La mitología de Martí comenzaba.

Su muerte, mejor dicho, su existencia absoluta, no necesita ya más que el tránsito de la generación que compartió con él la servidumbre terrena para completarse.

Contribución fervorosa a esa creación, es este libro todo él, línea a línea, levado con pensamientos, con frases, con reminiscencias espirituales y verbales espigadas con amor en su obra. El evangelista Marcos aseguró que todo puede tratarse por parábolas. Más modestamente, en unas cuantas anécdotas, a la vez inexistentes y reales, vamos a inventar algunos contactos de José Martí con la vida, con la muerte, con la inmortalidad y con las ideas cardinales de su existencia: la autoridad, la sabiduría, la amistad, la indiferencia, la envidia, la patria, el extranjero, el enemigo, la guerra, el sacrificio. ¿Inventar? La palabra sería al mismo

tiempo pueril y excesiva. Recogimos, melficamos en la atmósfera radiante de la encarnación de su espíritu. Arrojamos la *Kodak*, borramos aquí y allá muchos perfiles, muchos sucesos y aplicamos los ojos y los oídos de la inteligencia y del corazón. Tras el éxtasis—ilusión de premio a un trabajo febril—hemos creído percibir formas puras y voces que se confunden con el aliento de la tierra cubana.

Es muy posible que tal «testigo ocular» se remueva en nombre de la verdad chica. «¡El pedacito de vida que yo vi no fué así!»—gritará. Pero cuando él pase y sea ceniza y olvido, la vida profunda, la vida-cifra, la razón de la vida de Martí incontenible en todo fragmento o recuerdo aislados, será coordinada teoría de invenciones, vocación y aptitud heroicas.

Será la de las horas luminosas nada más, cuando el espíritu triunfaba de la arcilla hasta transfigurarla; las horas que él llamó de oro porque parece que el sol sale en nuestras entrañas; y, por contraposición, las horas en que espantados de todos, según dijo él también, nos refugiamos en el futuro hecho carne.

Y esas horas estarán más en la leyenda de su vida que en la narración pormenorizada de esos

mil días de cada vida que nada tienen de específico nuestro, porque son el fondo común de cada época. Acaso, por desgracia nuestra, no sea en este libro. Pero en otro, mitológico y férvido, ha de quedar, a modo de catecismo patrio, la esencia del paso de José Martí por la vida de Cuba.

La empresa no ha sido fácil. El deseo de ofrendar a una memoria y una patria que se confunden en nuestras entrañas este esfuerzo, nos permitió reaccionar contra más de una flaqueza. Estas páginas liminares se escriben camino de Cuba, ya muy cerca, sobre la cubierta de un navío. En la tarde de transparencias nacaradas, la brisa canta entre los cordajes y levanta de las olas innumerables risas de espuma. El lápiz se alza del papel y los ojos fíjanse ahincados en el confín, hacia Oriente. Nada anuncia aún que se verá tierra de un momento a otro. Y, sin embargo, sabemos que la tierra, que nuestra tierra, va a aparecer. Un temblor religioso, místico, cambia el ritmo de las arterias. De pronto, de varios lugares del buque surgen gritos de júbilo.

En el horizonte es como una nube caída, como un copo de cielo náufrago. ¡El pan de Matanzas! ¡La primera tierra de Cuba que emerge del mar! Dos horas más, y el Morro con la bandera de la

buena estrella, y el brazo acogedor del Malecón aparecerán a modo de celestial presente...

Y pensamos: ¡Quizás en un día así, henchido el mar de esmeraldinos cambiantes, José Martí sintió también mecida su alma camino de la costa patria, adonde tendría que arribar no de día y a seguro en un buque lujoso, sino entre sombras y en la barca de Caronte, para ir a cambiar su vida por la vida de Cuba. Lo que para nosotros es impresión gozosa, sería para él responsabilidad, angustia, quizás presentimiento. ¡Y su ánimo no flaqueó! Tampoco debe desmayar demasiado el nuestro para ser digno de acercarse a él.

La diestra seca las lágrimas de lento surgir que empañan la visión, y requiere de nuevo el lápiz para acabar la página. Cuba es ya, en la lontananza, una larga forma morena que el Caribe acaricia. Lo mismo que nosotros ahora, sentiría el héroe mártir su atractivo. ¡Ojalá que este libro sea siquiera algo de lo soñado! ¡Ojalá que un hálito del alma maravillosa de su inspirador perdure mítico, humano y divino, legendario y veraz, en un rinconcito de cualquiera de sus páginas!

Y si la mano no logra fijar lo que la mente sueña

vengan otras manos a sembrar en el surco. Amor y fervor son mucho, no todo... Recuerden cuantos no sientan al leer lo que se sintió al escribirlo, que él dijo con la humildad fecunda de los grandes: «Para rendir tributo ninguna voz es débil.»

1. ESTAMPAS DE NACIMIENTO

Belén

NA calle, una casa. En la calle, sol que enciende las bajas fachadas y el suelo; en la casa, una mujer que sufre, vaivén de vecinas solícitas, y enfrenada inquietud del hombre que aguarda, con vergüenza de no poder compartir el dolor fruto del amor compartido, a que las entrañas de la esposa den a la vida un nuevo ser.

Suena un pregón: es una vendedora de dulces guarecida bajo su tablero. Suenan, a intervalos, los quejidos de la parturienta.

Eclesiásticas campanadas tardan en disolverse en la atmósfera, que llegaría a arder si, de tiempo en tiempo, vetas de brisa no vinieran del mar. Cruzan las gentes en una especie de pereza obligada a la acción, arrimándose al alivio de las sombras proyectadas por los aleros de un lado de la calle. Pasa un militar de color congestivo; pasa un sacerdote; pasa un hombre pálido vestido de dril. Un negrito de vientre muy convexo tritura entre

sus dientes un canuto de caña: el jugo le chorrea casi luminoso. El aire vibra visiblemente, ígneo. Pero dentro de unas horas caerá el sol y una suavidad azul premiará el agobio de la ciudad, que reposará voluptuosa, mientras jazmines, rosas y heliotropos empiezan a mecerse en los patios, movidos por manos invisibles.

En la aplanada paz de la calle vuelven a sonar otro pregón y otro quejido de la parturienta.

Cada día, a cada paso, para marcha del mundo, hay un parto; y, sin embargo, éste tiene conmovida la vecindad. La mujer que va a alumbrar es servicial y buena. El marido es jovial y serio al mismo tiempo; su habla abierta de levantino lo destaca tanto como su uniforme. Tienen ambos el mirar franco y la diestra leal: por eso los quieren así. «La señora isleña está de parto», se dice, y las gentes aminoran sus ruidos y sonríen con sonrisa benigna, de esperanza.

Todos los días, a cada trecho, para que no se detenga el mundo, hay muchos partos. Y, sin embargo, éste no es lo mismo. ¿Qué palpita de excepcional, de milagroso en él? Si pudiera penetrarse el futuro, las serviciales vecinas, la casa, la ciudad, la isla entera, caerían de hinojos.

Dentro del aposento estáncase densa penumbra

saturada de afanes. El tiempo transcurre lento, destilándose en la clepsidra del dolor. Tan bien cerrados están los postigos, que no se sabe si el sol sigue centelleando fuera, si ya hay plata de estrellas en el cielo, o si uno de esos aguaceros torrenciales—viejos exabruptos de Jehová—ha enturbiado el día.

No es diverso el cuadro de tantos otros: Bisbiseo consejos, palabras de confortamiento, y, de vez en cuando, el «Ya no puedo más» de la que si siempre no pudiera más no merecería el nombre de madre.

Hay un momento en el cual todos los rostros se buscan suspensos, con atónitas pupilas. ¿Es que han presentido? No. Presentir es aún más difícil que recordar. Naciera cualquier aborto de carne y de espíritu en un establo, bajo el tibio aliento de la vaca y el mirar precristiano del resignado asno, y todos, seducidos por la semejanza, arriesgaríanse a nueva anunciación. Pero en una alcoba de una isla perdida entre la reverberación del mar, a medio camino de Oriente y Occidente, sólo la mirada amorosa y milagrosa de un nuevo Bautista habría podido vaticinarlo. Y el hombre no comprende los signos que le hace el misterio desde la gran tiniebla.

Tres viejos cuchichean en la puerta de la calle y miran hacia lo alto para cerciorarse de si es el número 111 el de la casa. Uno es blanco; el otro tiene las facciones hinchadas y la piel negra del Africa; el tercero, muy magro, mira con ojuelos oblicuos y parece tallado en marfil. Los tres traen presentes...

Si en vez de buscar a Mariano y a Leonor buscasen a María y a José; si sujetaran camellos de la diestra y fueran sus dádivas oro, incienso y mirra, la calle se henchiría de clamores. Mas todo calla; todo es silencio ardoroso, apasionada sombra. De pronto se oye un grito más rico de dolor; lo sigue un ansioso callar, y, por fin, sobre un murmullo de alegría, suenan los vagidos del recién nacido.

—¡Es un varón! ¡Es un varón!

(Damisela vestida de olán que paseas en tu volanta o te recuestas en tu volada reja, ¡detente! Galán que enamoras, militar que juegas, hombre de la oficina y de la calle, del trabajo físico o de la meditación, ¡deteneos! Detente y sonríe, esclavo que en el lejano ingenio, bajo el trabajo o el látigo, sufres injusticia. Centinela sañudo que rondas al preso encerrado vivo en la bartolina, ¡detente! Preso cargado de cadenas, ¡abre el alma a un horizonte cuya

aurora traspasa los negros muros de tu encierro! Comerciante que todo lo tasas y que vives sin ley moral, insultando a la pobre factoría donde te enriqueces, ¡deja de mirar tu libro de cuentas, que van a empezar a ajustarse las cuentas escritas con números de eternidad! Capitán General que vas a decidir con tu firma el destino de un ser igual por lo menos a ti, ¡detente también! Deteneos, ministros poderosos, reina lejana: En una alcoba cuya existencia ni sospecháis, acaba de nacer quien ha de imprimir nuevo rumbo a vuestras vidas y a vuestras obras. Ahora gime, después hablará, y la palabra será en sus labios cimiento y edificio, acción y verbo, como es siempre la palabra del Hombre-Dios, que el hombre-gorila y el hombre-cotorra escarnecen.

Pero no os detendréis. El milagro se ha realizado sin que hubiese retinas que lo reflejaran. Un día, también, nació en Caracas otro hombre llamado Simón, y ni América ni España se estremecieron; un día, más allá en la distancia y el tiempo, nació en Belén no se sabe si un Dios o si un hombre, y el mundo siguió en sus disputas.)

En la alcoba saturada de suave penumbra, un pedacito de carne viva resplandece.

Ya está limpio. Ya una fajita de tela leve le ciñe

la cintura. La madre sonríe exangüe, entre el blancor de las almohadas, reclamando con la voz que le queda al que hace un segundo no era nada y ya es por toda la vida su dueño. El hombre, con los ojos vidriados de emoción, se inclina a besarla. De súbito, una mujer que tiene al recién nacido entre sus brazos—que tiene el porvenir de Cuba entre sus brazos—exclama:

—¡Si es un sol de lindo! Vengan a ver... Y no se asusta de la luz: ¡la mira cara a cara, con los ojos muy abiertos!

Signos

ESDE que, tras los primeros llantos, las luces y los movimientos engendran las primeras sonrisas, hasta que los primeros pasos nos independizan de la tutela inmediata y la asimilación de las primeras letras ensancha nuestra visión del mundo elevándonos sobre el círculo estrecho de la existencia sensorial, apenas si se diferencian los niños por rasgos que dejan entre sus aristas infinitos matices inexplorados.

Muchos de los signos tempranos atribuídos a varones eminentes son fruto de la admiración ejerciéndose *a posteriori* sobre una infancia inventada por no conocida. El navío al salir del astillero, aun cuando ya flote en el agua, no tiene acción aún. Le faltan los mástiles, el aparejo, las calderas. Y el alma—timón y caldera del hombre—nace cuando el casco del navío ha estado ya a merced de las aguas algún tiempo.

Antes de que Cristo asombrase con su saber

a los Doctores, nada se sabe de él. Tal vez signos imperceptibles para el mirar adulto confirmaban lo anunciado por el Arcángel; pero los evangelistas nada dicen. Y bajo el sol de Nazareth lo suponemos un pedacito de carne viva yendo y viniendo a pasos torpes entre risas y lágrimas, igual que tantos millones y millones de infantes de que no hay memoria.

Así suponemos los primeros años del hijo de Leonor y Mariano. El hombre, que aspira hasta sin saberlo a la altura, se inclina pocas veces a observar con larga atención la vida de los niños. Hay que curvarse mucho, y son incómodas las posturas del cuerpo y del alma. Lo considera a momentos sólo, siempre sin desmontarse de los zancos de su elevación. El niño, desde sus primeros pasos, vive, por lo común, cerca de las mujeres. La madre se anega en su cariño y abdica al abrazarle de toda potestad crítica; la amiga ríe sus gracias o celebra sus incipientes rasgos con un recuerdo o una esperanza maternales. Y el niño crece: vasija vacía donde cada cual ve un trasunto más que una realidad nueva y sin visible nexo con el ayer.

¿Cómo vería a este infante la isleña Leonor? Sin excepción, como todas las madres. Ni siquiera la

buena vecina que celebró el raro enfrentarse de las pupilas con la luz, tornaría a percibir o a adivinar extrañas particularidades.

Sus primeros juegos, sus primeros silencios, sus primeros arrebatos, sus primeros deleites ante la palabra rimada o hilada en melodía, nadie los fijó.

Si en un juego se irritó por una de esas trampas en que los niños, mostrando su peor raíz de hombres, tratan de entronizar el fraude y el predominio de la fuerza, y castigó al delincuente con la pena pronta de «un galletazo», ¿quién iba a vincular en ello su convicción futura de que hasta para ser justo se necesita ser un poco injusto? Y en sus quietudes nadie pudo entrever que el silencio es el pudor de las grandes almas; como en sus vehemencias, que los apasionados son los primogénitos del mundo.

Si su cabecita acompasó algún romancillo o alguna guaracha, ni el más sagaz pudo colegir que para ese niño, al hacerse hombre, la música sería compañera y guía del espíritu en su viaje por los espacios. Las primeras manifestaciones de su ser no dejaron huella. En verdad, y aun cuando muchas veces se haya pretendido fingir lo contrario al reconstruir vidas insignes, es el hombre quien proyecta luz

sobre la infancia, no la infancia sobre la adolescencia y la madurez.

Si Martí mostró en la escuelita de barrio, al callar el agravio inferido por el gallito abusador de la clase, que la lengua se deshonra con la queja, o si por su cordial unión a los otros demostró antes de expresarlo que amar es el mejor modo de crecer, ello no se sabe. Las actitudes junto al «chota» o al leal, junto al aplicado, al torpe, al obediente, al díscolo, debieron ser de una normalidad plena. En esta prístina infancia, de la cual lo destaca, de súbito, la predilección de un maestro pronto a pagarle los estudios secundarios, es un niño absoluto. La predestinación le ha asignado infancia tan corta que ningún signo que trascienda a la muelle observación de los mayores la impurifica.

Ocurre a menudo que chispazos de precocidad traen sobre un niño elogios y confianzas que la vida defrauda luego. Y es que una faceta de la inteligencia creció en ellos antes que la materia; y después, por arbitrariedad fisiológica, se detuvo y dejó que la materia la alcanzase y la superase hasta anularla. Lo que era excesivo para el niño, para el hombre fué insuficiente. De fracasos de hombres que fueron niños prodigios está llena la crónica. Cada padre quiere engendrar un hijo que hable alto al mun-

do; mas pocas veces al caso de un Pascal, reinventando en el suelo de su cuarto de juego la Geometría euclidiana, sigue una escala de progreso. Y las raras veces que lo marca es a expensas de las leyes normales de la Naturaleza, con algo de monstruoso: vidas sintéticas, almas superlúcidas en cuerpos insanos.

José Martí no había de ser de éstos. Su genialidad no necesitaba apartarlo del nivel humano, y sus sermones de las montañas no habían de ser recibidos con esa secreta afrenta con que recibe el inferior la enseñanza de aquel con quien tiene poco de común, sino de hombre a hombre, al través de corrientes fraternas. Si su vida ha de ser escasa en flores y rica en espinas, no viene ello de incapacidades de su espíritu o de taciturnidad de su naturaleza, sino de imperativos de su deber en contacto con esas resistencias siempre dispuestas a derribar con garfio y saeta a cuanto nace con alas. Si su vida se trunca, no es por consunción de su salud. Normal en todo, genio y carácter son divinas añadiduras que jamás le impiden ser hombre.

Y para que su niñez pueda crear más tarde las horas difíciles, ha de ser en sus primeros años niño humilde, fuerza silvestre de Humanidad. Sin signos.

Y, sin embargo, a las alturas no se llega a saltos: fué preciso que a la eclosión antecedieran germinativas actividades imperceptibles. En la fragua de espíritus de la escuelita primaria, más de una escena hubo de ocurrir henchida de síntomas. Antes de que se destacara a los ojos del pedagogo clarividente, en el patio, quién sabe si a la sombra de un jaguey o junto al aromático frescor de una salvia jabada y granulosa; o en las calles con la cartera cruzada ya, precursoramente, en bandolera; o entre mapas amarillentos y pupitres grabados a punta de cortaplumas, el niño debió juntarse muchas veces a sus semejantes con la pretensión de sumarse en obra de bien.

Cuanto vive se expresa, y ya él vivía; pero ¿vivía del todo? Tiene el niño hasta que rompe a pensar algo vegetativo, de arbusto. Puede defenderse con sus aristas o aromar con sus flores, mas no vive por completo. Las tendencias van determinándose poco a poco en unos: son los trabajos del navío hasta que puede aparejarse y salir de las aguas estancadas para emprender el verdadero viaje. En otros, en los menos, la adquisición de una idea o la influencia de un hecho tiene algo de repentina fecundación. Dijérase que en éstos, el alma viene de lejos, como un ave, y se posa en el cuerpecito. Entonces el

niño deja de serlo para convertirse en miniatura de hombre.

Así, un día, la Idea-Norte de toda su existencia vino a anidar para siempre en el hijo de Leonor y Mariano.

Escena

UN cuando no lo diga hasta mucho después, ya intuye que los grandes derechos no se compran con lágrimas. Tiene ganas de llorar, y no llora—al menos hacia fuera. En verdad no es un gran derecho lo que quiere comprar todavía, sino el mínimo de estar solo en un rincón del hogar, mientras dentro de su ser el milagro de la crisálida y la mariposa se realiza. Sus brazos son débiles; nada pueden sus puños aún; pero ya el maestro de Cuba, D. José de la Luz, afirmó que superior a las fuerzas de la electricidad y el vapor es la voluntad. Y para servir a esa voluntad el niño José ha descubierto que la palanca de la palabra ha de forjarse en el silencio.

Por eso enmudece muchos ratos, ensimismado, hosco.

—¿Cómo te estás ahí tan callado, muchachito?

—Anda a jugar con tu hermana, *che*.

Son las voces de sus padres, y obedece. ¡Pronto

va a sonar la hora en que le sea imposible obedecerlas! Calla, porque presiente que toda palabra no nutrida en la meditación es brizna sonora para el viento. En realidad no calla: se habla a sí mismo, sin sonido, y comprueba que basta llenar de alma férvida los vocablos puestos cada día al servicio de la mínima utilidad y la costumbre, para transformarlos en nuevos y en omnipotentes.

—Estoy bien aquí, mamá.

—No, papá, no me aburro.

¡Cómo tiemblan y toman sabor entre sus labios estas frases tan simples! A su padre le habla con el mirar; a su madre con las caricias. Sabe que no podrán entenderse más que con las palabras muy sencillas, y que cuando llegue la hora de la polémica, un abismo de separación, muy unido y trabado de amores en el fondo, se abrirá entre los tres. Abismo que a diario pasará la madre en equilibrio penoso por el mágico puente del sacrificio. Y cada día, empero, mientras se aleja más de sus ideas, se siente más próximo a ellos. Las palabras, los actos de mañana, se destilan dolorosamente en esas menudas resistencias; mas, ¿de dónde sino de las entrañas maternales y de la paterna honradez le vienen sus instintos? Viendo a los padres se le ablandan los huesos, y, a veces, hunde en las páginas del libro la

cabeza para no mostrarles, en los ojos húmedos, el alma triste.

Así una tarde. Era de ardiente luz. Estallaban salvas hacia el puerto. De una fragata iba a desembarcar un personaje. Sones marciales acompasaban, en la calle próxima que bajaba a los muelles, el paso de la tropa destinada a rendir honores. La curiosidad arracimábase en ventanas y rejas; y, para muchos, aquellos pasos ritmados por tambores y clarines eran glorioso eco de la gran piel de toro sujeta de los Pirineos para que no se la lleve el mar.

—¡Ven a ver, ven a ver!

—¡Mira qué *bonicos* son los soldados!

Son las mismas voces y, por primera vez, las desoye. Vería con simpatía y hasta con amor a los pobres soldados, carne de pueblo erguida bajo el corsé del uniforme, a quienes el vómito negro acecha tal vez; pero del primer galón rojo del cabo al entorchado de la autoridad máxima, su solidaridad humana iríase debilitando al igual de la música que desfallece en la distancia poco a poco.

Arraigada la vista en el libro, los renglones pierden su sentido y son bruma negra mientras tabletean las detonaciones. Él no las oye; en vano el eco las multiplica amortiguadas en las anfractuosidades del puerto. Todo su oído atiende a la

voz interna que, muy bajo, dice cosas confusas todavía.

Al volver a la habitación, el padre no advierte nada; la madre sí.

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

—Un poco de cargazón de cabeza... Nada.

—¿Quieres acostarte? ¿Quieres que te frote con un poco de aguardiente los sentidos?

—No; no es nada, mamá. Ya se me está pasando.

Niño todavía a pesar de sus adivinaciones, llama dolor de cabeza al de corazón. Cuba esclava le hace daño, sin que su inteligencia se dé cuenta, en todo su ser.

Y, adivinando siempre, se lleva la diestra a la pierna donde, poco más tarde, marcará el grillete para toda su vida terrena, el estigma por cuyo dolor el alma adquiere, en los pocos hombres hechos a verdadera semejanza divina, categoría de Espíritu Santo.

Espíritu Santo

ATRIA, deidad maravillosa y cotidiana, ¿cómo te manifiestas a las almas infantiles?

Quizás al modo de la madre; pero la madre es fuerza concreta, guía, corrección, dádiva, refugio. El niño tarda en percibir la calidad única de la luz que abriga su infancia, las particularidades de los perfumes, las diferencias de los manjares, de las costumbres y de los seres de su tierra. Tarda en sentir la extrañeza de los extranjeros o en sentirse extranjero si sale de la vecindad de su cuna. Un día lee, en un libro de texto, que su país ha tenido enemigos, siempre sin razón; otro, alzado en brazos familiares sobre una multitud enardecida, recibe el flúido mágico de la bandera; otro escucha conversaciones. Y anuda misteriosas hebras con las cuales se sujeta al pasado.

Paso a paso el pronombre posesivo empieza a preceder en alma y labios a tierra y a hombres, al

ayer, al porvenir. Ya son *su* cielo, *su* tierra, *sus* mayores. De este modo, un día, a los siete, a los ocho, tal vez a los diez años, su cuerpecito siente los escalofríos del fervor y de la intransigencia al choque de una palabra sola: patria. Y el vocablo entrañable pasa a ser como el de una madre abstracta de la que no podrá nunca quedar huérfano.

Así surge en el alma niña el concepto de patria; pero, ¿merced a cuál alquimia prodigiosa puede nacer en temprana edad el amor y el anhelo de patria, cuando ésta no existe todavía? Si al niño le es difícil fijar en sus retinas débiles «lo que es», fijar en la retina de la conciencia lo que no puede percibir con los sentidos, parece prodigio imposible. Sólo quien por funesto privilegio de la divinidad cosecha frutos de madurez en el jardín de la infancia, puede reconocer tras las cegadoras apariencias las realidades invisibles.

José, hijo de Leonor y Mariano, que miró cara a cara la luz apenas dejó las sombras tibias del vientre materno, ha sido llamado y elegido, entre miles y miles, por las sabias o arbitrarias potestades dueñas de los destinos de los hombres.

Helo aquí tierno aún, carne toda casi de juegos y de mimos si no fuera por esa elección. No sufre en su casa esa autoridad áspera originaria en tantos

hijos de un sentimiento de hostilidad hacia las opiniones paternas. Bondad, y un poco de vulgaridad también, mecieron su cuna y encaminaron sus primeros pasos. En escuelita de barrio aprende las letras iniciales. Con piernas ágiles mide la ciudad natal y se asoma a los suburbios donde el apiñamiento urbano empieza a disgregarse hasta tornarse primitivo en el verde agrio de la campiña. Habla con mulaticos, con achinados, con criollos hijos, como él, de españoles. Acaso una riña, una escena de abuso, uno de esos actos aislados de despotismo capaces de germinar en las almas nobles, siembra en la sensibilidad antes aún que en la conciencia el primer brote rebelde. Manos invisibles han puesto en su alma explosivo y mecha: las bastardías del dominio y el sol tropical bastarán para suscitar la chispa.

Pero no: su destino cristianísimo ha de cumplirse: no será una injusticia determinada, sino algo más sutil, más etéreo y común a muchos. Poeta, recibirá de mano de Euterpe la revelación.

Ya en el colegio, durante uno de esos crepúsculos vivisectores de almas, oye al varón ejemplar que lo dirige saborear con voluptuosidad melancólica este verso:

«Quien no sufre dolor no alienta vida.»

Y, sin saber por qué, relaciona la música recóndita de las palabras con la música de una canción —romance de niños, guajira, bolero—oídos no sabe dónde. Canción de ritmo lento, de modulaciones nostálgicas, que despierta resonancias de otras, ya veteadas de entrecortado jadeo africano, ya de lúbricas languideces, ya de síncopas expresadoras de sensualidad y de espiritualidad indivisibles, ya de melodías saturadas de fragancia frutal... Es una atmósfera sonora que cubre la ciudad, que se ensancha hasta tocar por todas partes la greca de encaje de las olas. Y de los senos del oído pasa al olfato.

Tras de un germinativo olor a manigua y a río, la sensación cae al paladar: Sabores casi limpios de gula le suben a la boca: ajiaco con yuca, malanga y fufú de ñame; tameles, galleticas de plátano, dulce y blando mármol del boniato, arroz blanco con huevos fritos, pasta y cascos de guayaba, cuajada de leche entre hojas verdes, alfajor, pulpa de tamarindo, quesitos de almendras, piñas, mangos, agua de coco, densa y perfumada champola, *pru* santiaguero... Ahora la vista, la memoria y el tacto se alían, y mil objetos hasta entonces sin emoción se le representan con existencia cordial. Después ve un guajiro —sombrero de yarey y guayabera de cutí—bajo una

guardarraya de palmeras, y varios negros sudorosos incrustándose machete en mano en el cañaveral... En seguida es un patio con arriates, un zaguán con mecedoras adornadas con lazos de cinta. Luego son dos gallos recién espurreados de alcohol, lanzándose uno contra otro con los cuellos híspidos, la carne granulenta, los ojos, los picos y los espolones homicidas y las plumas electrizadas de furor... Rememora una noche de frío, lejos, en esa zona difusa e irrecordable de toda infancia, y el calor de la ciudad querida lo abriga como si quisiera incubar en su alma aquello que está todavía por nacer.

Y el eco de esos sabores, de esos olores, de esos sonidos, de esas sensaciones, se funde con la visión de una mujer llorosa, con una puesta de sol, con caricias de manos y de brisa, con el sentido de nombres y de ideas hasta entonces indiferentes: José de la Luz, Saco, Varela, Libertad, Esclavitud, Tiranía... La figura prócer de su maestro don Rafael María de Mendive deja de ser lo que es—profesor para todos los niños—y toma el atributo augusto de otra paternidad: paternidad de elección, de alma.

Ha sido un instante, un profundo instante nada más, cuya hondura fué medida por el metro del verso; pero por la grieta de ese instante una isla

entera, un ayer triste y un mañana indeciso penetraron en la retorta sensible de un alma. Y el muchacho mira ya con ojos nuevos al varón que, con la llave armoniosa de su voz, acaba de abrirle el espíritu para siempre.

Y respira con pecho más robusto, y sueña con aislarse para ordenar aquel caudal tumultuoso de comprensiones y de aspiraciones que viene no sabe si de germinar o de resucitar en él.

Ya está completo, ya ha surgido a la vida inmortal lo que en el parto fisiológico había quedado por darse a la luz; ya Cuba lo ha saturado, ya no es un niño más, sino el Mesías de la isla que a Bolívar se le quedó irredenta. Sin este verso, sin este milagro, sería uno de tantos medio hombres que van de la cuna a la fosa sin haber impreso su varonía a la vida: alma sietemesina en materia macerada nueve meses dentro de vientre de mujer. Lo ha penetrado la espada de la abnegación, la luz del sacrificio, el temblor de los afanes altruístas. ¡Ahora sí que existe!

Existe y sufre. Los juegos han perdido para él su atractivo, y las mariposas del no pensar, su brillo. Desde ahora, de cada juego de niños, de cada sufrimiento de hombre, sacará la abeja el jugo amargo con que se forma la miel de los héroes. Existo, luego

pienso—dice el filósofo. Existo, luego sufro, luego aspiro, luego me esfuerzo por los otros—dice el héroe.

¡Patria: sabor nuevo del alma! ¡Patria: tarea para toda la vida! No volverá a andar el mozalbete con paso descuidado, porque tú has puesto sobre sus hombros, Patria, gravitaciones invisibles. A sus pocos años has añadido todos los del pasado y muchos de los del porvenir. A tu abono, Patria, creció su esqueleto moral. A tu influjo, ese ciprés que sobresale del jardín como una advertencia, representa ya todos los muertos, desde Hatuey al último patriota sacrificado en «La Cabaña»; y esos párvulos amedrentados junto al colgadizo durante la repentina tempestad, encarnan todo el futuro. De pronto, diferencia luces y caracteres autóctonos de los vistos, sin saber apenas que los veía, en su primer viaje. Cuba cobra en su alma existencia impoluta, augusta. Astrónomo político, ha visto la estrella en su fantasía calculadora antes de que los mayores telescopios puedan vislumbrarla y se decide a marchar sin mirar burlas ni peligros, atento sólo a su fulgor.

Mas primero que los cinco vértices de esa estrella se claven en el cielo azul del Caribe; primero que *Patria* pueda llegar a ser en su conciencia el

pedazo de humanidad que nos ha tocado conocer más de cerca, es preciso crearla en el fuego de una fragua cuyo fuelle han de ser todos los pechos cubanos y batirla en un yunque hecho de corazones.

Puente

a sonado un chasquido: una bofetada tal vez; y han seguido después esas frases sin sentido real que sirven de vasos a la ira. La madre y las hermanas husmean, con miedo, detrás de la puerta que el padre cerró tras de sí.

Exasperada por la resistencia del muchacho, la autoridad paterna se encrespa y puede volver a estallar; por eso tienen miedo las mujeres. Aun cuando propende a la dulzura, aquel tesón circunspecto del hijo atrincherándose a cada polémica en premisas y postulados que él no puede combatir en duelo parejo, y que ha de cortar con el «Aquí soy yo quien manda» de las inconfesadas derrotas, lo irrita. Su frase última tiene ese carácter perentorio del exabrupto:

—Desde mañana trabajarás de escribiente en la Celaduría, ¡y se acabó!

No cabe réplica; pero el muchacho sabe que nada

acabó; que nada de cuanto intranquiliza a sus progenitores puede acabar sin que él acabe.

Los ojos ocultan su doloroso fuego bajo los párpados. Ni el baldón del golpe ni los latigazos de las palabras lo hieren. Sin embargo, una amargura le sube a la boca. ¿Será ése el gusto verdadero de la vida? Y mientras el padre sale jadeante y prohibe a las mujeres que entren a decirle nada al díscolo, éste queda en silencio, ceñudo el rostro, las manos trémulas.

Siente, muy en el fondo, la esterilidad de aquella disputa. Para él la Celaduría es la oficina primaria de una cadena de opresiones que empieza sobre el papel sellado de la mesa donde su padre tiene que sentarse y acaba en un salón lleno de pinturas ilustres, telas recamadas y trono de oro. De un lado su alma quiere volar hacia los estudios—ventanas cada vez más altas, desde las cuales se puede agrandar el panorama de la existencia—; de otro comprende que el estudiar o no estudiar no es toda la cuestión, «que hay otra cosa». Le duele la penuria, que sirve de pretexto para impulsarlo a allegar un complemento de ganancia con su esfuerzo de niño; mas comprende que si a esa estrechez de su casa se añade la espiritual, todo se derrumbará en ella para siempre.

Tras aquel pedirle su cooperación material, adivina las intenciones de su padre. Se quiere, al meterle en la Celaduría, ahuyentar esas mariposas, tal vez escapadas de los libros, que imprimen extraño ritmo a sus palabras. Se quiere fortificar desde la covachuela oficial su triple fe en Dios, en la Patria y en el Rey.

Sus quimeras incomprensibles para quien nació en la ignorancia, para quien no tuvo como él la iluminación misteriosa del genio y ha cifrado la honradez en cumplir los deberes sin analizarlos, se apartan un instante de sí para que las juzgue; y a favor de esa momentánea objetividad, el problema de su casa, de tantas casas, de tantísimos padres e hijos, cobra serena luz que le aquieta el temblor de las manos y pone sobre la seriedad de su rostro el arco iris de la sonrisa.

¡Extraño arcano el de la herencia! Las leyes del fraile Mendel apenas si echan una gota de luz a un océano de sombras. No ha sido la de su padre una de esas autoridades despóticas que suscitan, por reacción, opiniones diametrales en los hijos. La escena que acaba de ocurrir marca entre ellos excepción. Su padre, por esa percepción sutil que viene de haber engendrado y de querer continuar en nuestros engendros nuestra propia vida, ha sentido el

peligro, ha entrevisto en una bruma penosa futuras privaciones, riesgos próximos, acaso hierro y sangre, y ha apelado, en su angustia incapaz de expresarse en razones, al «Yo mando» brutal. Si su clarividencia no le sirviera para impedir infiltrarse el sentimiento allí donde sólo debe haber espacio para la compasión, ¿de qué le serviría?

«Ordeno y mando» fué siempre el encabezamiento de los capitanes generales en sus escritos dirigidos al pueblo. Su padre le manda y ordena, y él quiere obedecer. Pero, al mismo tiempo, una certidumbre rara le procura el consuelo antes de la herida: Siente que su voluntad de estudio no puede ser sojuzgada, que esa misma voluntad de saber no es sino la forma de mejor servir a otro anhelo contra el cual ni siquiera él mismo, aun cuando quisiera, podría ir. Y entonces piensa en su padre, con los ojos húmedos de piedad.

Piensa en él, y piensa con pavura en que, mañana, por ese mismo imperativo enigmático que de su padre español—carne de pueblo sin cultivo—ha hecho nacer la concepción de una patria nueva y el amor a cuanto acrece el alma, pueda nacerle a él un hijo mediocre, incapaz de sentir un vuelco del corazón ante lo heroico y una alegría inefable al ver esclarecerse los antros y las veredas sombrías del

error. ¡Ah, cómo comprende al choque de ese miedo remoto la funesta equivocación con que casi todos los amores paternos se obstinan en suponer que lo que es para ellos meta de dicha constituirá también la de sus hijos! ¿De dónde vendrá esa mala confluencia de la generosidad con el egoísmo, tan frecuente en los padres? Quizás del afán de sobrevivirse y de sentir que ya se ha dejado de ser el protagonista de su existencia. Para el buen hombre que acaba de castigarlo no hay más que un camino de dicha y de deberes. ¡Pobre equivocado! En la tiranía paternal palpita sufrimiento, temor, intención bondadosa, y eso desarma los rencores. Por eso, la tiranía política se ejerce siempre, abusivamente, en nombre de la madre patria.

Madre Patria, Madre Patria con derecho a todos los desmanes, para los que la tienen; Hija Patria, con derecho a exigir todos los sacrificios, para los que no la tienen aún. Esto es lo que su padre no puede comprender.

Al llegar a este punto el ensoñador alza los ojos, y ve que la puerta se abre. Ya hace un momento oyó el bisbiseo de las dos voces tutelares, igual que tantas veces, trenzar discusiones, decisiones; pero su pensar era tan intenso que no pudo interrumpirse. Ahora, al verlos llegar uni-

dos, su alma se exalta generosa, ávida de inmolarse:

—Iré, papá, ¡iré! Perdóneme mi desobediencia.

—No, no—le responde con emoción la voz varonil.

Y la madre, acendrado fiel de esa balanza que es toda casa, murmura:

—Tu padre lo ha pensado mejor, hijo mío, y puesto que lo obedeces, complacerá a esos maestros que tanto se interesan por tu educación. Dale las gracias con un beso. No irás. ¡No irás!

Sobre la ruda tez la fina piel del adolescente se aprieta, y la madre se mezcla al abrazo.

En la sencilla escena doméstica, el amor ha tendido, todavía otra vez, un puente entre los dos bordes de un abismo.

La nueva família

l mundo desde las rejas de la cárcel parece más bueno y más fúlgido. Y el que puede dormir en la húmeda sombra del calabozo sin que ningún fantasma de remordimiento agrave sus horas y no siente trasmutársele en odios los jugos de su vida, es que será incapaz de odiar a nadie.

Así este joven de frente anchurosa, de terciopelo acariciador en la mirada, de boca—«pedestal de palabras»—donde el pensamiento ha empezado a adquirir molde de acción.

Concibió la patria como el arquitecto concibe ante el terreno baldío el edificio venidero; se inflamó de abnegadas impaciencias; escribió su primera carta de amor—y ésta no fué a una mujer, sino a su isla cautiva hecha novia.

La grandeza de su espíritu necesitaba precipitar el tiempo; y, en una violación de almanaques, los días claros destinados por los dioses a la infancia

y a la adolescencia se han oscurecido y saturado de sucesos.

Un grito, unos versos, un párrafo, un injerto de Bolívar en el alma, una visión repentina de que la Malinche plasmó en sus entrañas al primer criollo rebelde y de que él mismo recibió de su padre español el primer consejo de altivez; y luego la denuncia, el rigor estúpido y cruel propio de los tiranos.

Ya ha pasado por la despedida desgarradora, por los silencios familiares en que el alma aprueba y la inteligencia, aherrojada por trabas de prejuicios, no puede seguirla. Ya ha sufrido esos trabajos estériles del presidio que vilipendian, y sabe que el sufrimiento de la ergástula es el más devastador porque seca el entendimiento y marca en el ser estigmas imborrables. Ya ha oído pedir la pena de muerte para su vida apenas entreabierta... Pero en la primera noche de sombría soledad, impávidas y blancas imágenes iluminaron su desvelo; y en el primer amanecer, al marcar con el ansia de huída las rejas del encierro en su rostro, vió salir de dentro de su alma, y rodearle en teoría entrañable, la familia espiritual de que ninguna tiranía podría separarlo.

¡Ah, aquel chirriar de cerrojos y aquel palidecer de la tarde en la ventana única, que precedieron la noche funesta! Y el recuerdo opresor del padre, con

la cabeza baja; de la madre, con los brazos tendidos; de la hermana, atónita en el revuelo de la vecindad compadecida... De la grave quietud del crepúsculo los versos de su primer poema, *Abdala*, surgen de la memoria, y piensa con orgullo en Heredia; rememora sus primeras prosas y piensa en Villaverde... Según cae la noche, figuras tutelares van llegando a su lado. Acuden los primeros aquellos de la conspiración de los Rayos y Soles; después, Francisco Agüero y Manuel Andrés Sánchez; más tarde, Narciso López... Después el martirologio numeroso que va hasta que Carlos Manuel de Céspedes, en su ingenio de la Damajagua, renuncia a sus bienes de tierras y de hombres y hace de los esclavos ciudadanos libres de la patria que hay que forjar... En el silencio nocturno la melodía de *La Bayamesea* llega, por milagrosa anticipación del invento, a la antena viva de aquel hombre-niño. Y, al través de la reja, en el azul, ve la estrella de cinco puntas que para siempre ha de guiarlo.

Siente y piensa con intensidad tal, que el tiempo se ahonda ante sus certidumbres. Después, como en la baya están todos los gérmenes del fruto, siente expresarse dentro de sí ideas que han de ser las brújulas de su existencia. Pasan en jirones, vertebradas por misteriosos nexos: Las madres son amor—se

dice—, no razón; son sensibilidad exquisita y pena inconsolable... ¡Qué miserable vida la de quien habiendo concebido un alto ejemplo sale de la tierra sin lograrlo!... La verdad una vez despierta no vuelve a dormirse... Pensar en servir... Los versos no han de hacerse para decir que se está contento o triste, sino para ser útil al mundo... Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses... Si unos están en el mundo para minar y otros para construir, y si juntarse es la palabra suprema y la pelea ha de ser continua entre el genio albañil y el genio roedor, él quiere sangrar por Cuba, construir la libertad de Cuba, unir cubanos sin yugo en las conciencias y tener en la diestra llana y escuadra para preparar el futuro... No importa que ahora esté transido en una cárcel: Un principio justo desde el fondo de una cueva puede más que un ejército... Se siente fuerte porque ha renunciado a todas las victorias menudas. Su arma de combate será la palabra, forjada en la conciencia y afilada en el carácter. Si la religión misma buscó siempre el apoyo del arte, la libertad humana, trasunto divino en la tierra, lo necesitará también. De ese arte serán los fundamentos de Cuba libre, como acaso sean de coral sus arraigos en el golfo profundo.

Va y viene el trapiche de la imaginación en la

noche. Ideas, sentimientos, decisiones, se trituran entre los enormes cilindros de acero, y cae el guarapo espeso, dulcísimo... En esa noche, lo mismo que en la de vela de armas de Don Quijote y que en tantas de aquel otro Quijote que recorrió sobre su caballo criollo más leguas en defensa de la libertad que Alejandro y Napoleón por la tiranía, hierven los entusiasmos en su alma, y clásicas reminiscencias orlan con nimbos ilustres los fantasmas. Cuando, al fin, se duerme, ya la familia de donde acaba de cercenarlo el despotismo ha sido sustituída para siempre.

Y su nueva familia mulle la almohada de su sueño.

He aquí a la Madre Ausencia, que se nutre de memoria y de lágrimas, de anhelos y de fantasía. Madre Ausencia: tú reconstruirás una Cuba infinita y minúscula para tu hijo, en todos los parajes adonde su apostolado lo empuje.

He aquí al Padre Deber, tierno y autoritario, exigente, generoso, de maneras ásperas y de entraña suavísima. Padre Deber: tú serás la sombra del alma de tu hijo.

He aquí la Hermana Libertad, bella, pródiga, atenta a todos los derechos, frente de oasis, manos ordenadoras, nombre de orgullo para quien supo

merecerlo y de ignominia para quienes se avienen a vivir sin él. Hermana Libertad: tú, virgen prudente a pesar de tus arrebatos, mantendrás encendida la lámpara y claro el surtidor de sus acciones.

Entre esa noche de revelaciones y la noche postrera en que ha de dormir en su ciudad sin penas de destierro, habrá un aprendizaje de expatriación; mas en tierra fraterna, en la islita que a modo de barca de salvamento puesta al costado del navío, está bajo la costa sur de la Habana. Y luego será el gran viaje, la incursión en la entraña misma de España, para que pueda discernir hasta dónde se tiraniza a un pueblo indefenso en su nombre y hasta dónde ese nombre se usurpa.

El despertar de esta noche de capilla del alma, en el orto anémico inyectado poco a poco de sangre solar, irá con él hasta la muerte, en imagen inolvidable.

Cuadriculado el rostro por la reja, cara al día recién nacido, atiende al despertar urbano y al rumor del mar. Poeta, de unos versos de Gertrudis Gómez de Avellaneda le viene el anticipo de la sensación dolorosa que va a sufrir. Minuto a minuto el aire se enciende... Mira al cielo y le parece que se ahonda la añilosa distancia; mira a tierra, y árboles y flores cobran simbólico sentido.

Manos que plantasteis la Guacamaya de rojas y amarillas flores, ¡para luchar contra tu emblema de mala fidelidad al descubridor, este preso libre mira las Paul Neyrón y las Mariscal Niel de unos rosales, y con el recuerdo de Francia y el azul del cielo y el blanco impoluto de su intención, sirviéndose del tronco de una palmera para mástil, fabrica la bandera que cobijará desde ese instante su ciudad aun cuando nadie pueda verla hasta mucho después.

En los bordes, el cielo sangra; él comprende la lección, y a pesar de que quisiera ser regazo o yunque, por Cuba se dispone a ser espina y martillo. Sueña con tal intensidad que el tiempo se le rinde. Cuando vienen a buscarlo para llevarle al buque raptor, a su nueva familia se ha unido un compañero: el Amigo Dolor. Y salen juntos.

Deja de pisar tierra. Y las maderas del barco, que fueron árboles en tierras amadas por los hombres, tiemblan al recibirle... Todos, en esa ingratitud al ayer y al detrás que es cada viaje, miran hacia la proa menos él. ¡Por una hora el sentimiento lo exime de su destino de serviola del futuro! Sólo él podría dejar de mirar a la estela, y es el que con mayor fijeza la mira.

Ya ha sufrido por anticipado, con la imaginación,

este desgarramiento, y, sin embargo, quiere sufrirlo otra vez: el hombre necesita medir sus desdichas con el compás de los sentidos; y oír la música, sin que le baste entenderla escrita entre las pautas del pentagrama. Ya suena el ancla. Ya se estremece el buque. ¡Adiós!

Amigo Dolor, cógelo del brazo y llévatelo hacia dentro. Padre Deber, háblale al oído con tu voz segura para que no desfallezca. Madre Ausencia, sonríele con tu poder mágico de borrar las distancias. Y tú, hermana Libertad, dile: «Es por mí», y bésalo en la frente, que es donde el beso sabe a arco iris cuando el huracán del sufrimiento nos sacude.

Equipaje

RES veces ha estado ya sobre el vaivén del mar. La primera tan niño que no podía diferenciar el mecer de las olas del tibio mecer con que su madre le incitaba el sueño; la segunda en viaje penitenciario a la Isla de Pinos; la tercera, ésta, ya marcado en la carne y curvado por los brutales trabajos de la cantera de San Lázaro.

Todavía en el puerto, sus miradas son cuerdas invisibles que quisieran amarrar el buque a la ciudad. Y hasta las que van al presidio—círculo de un infierno que ya no puede ser sublimado por la Poesía—, y a la cantera—donde está el primer español, después de su padre, a quien le debe gratitud—, se humedecen, como de mar las estachas que sujetan la nave, de esa otra agua amarga que es el llanto.

Va a dejar el hogar quién sabe si para siempre, y ternuras punzantes amenazan quebrar su entereza. Piensa en su madre, en sus hermanas. Rememora las conversaciones con el hombre admirable de

quien recibió, con la vida, las lecciones cimentadoras de la dignidad, y se complace, consoladoramente, suponiendo que detrás de las palabras reprobatorias muchas veces el corazón paterno lo aprobó y sostuvo.

Del hacinamiento de la ciudad se destacan puntos de referencias. Casi no puede verlos: más que por la distancia por la niebla que empaña sus ojos. Quiere aislar el presidio, y una alegría pura lo posee cuando se da cuenta de que ni siquiera el presidio hace brotar de su alma la cárdena chispa del rencor. Amasadas están sus peripecias con su vida, y odiar algo de ellas equivaldría a odiarse a sí propio.

Lleva del presidio un recuerdo trágico, pero no por lástima egotista, sino por haber descubierto dentro de sus muros y tras de sus rejas virtudes constreñidas y vilipendiadas. Su misión de amasador de almas ha de ponerle bien pronto en contacto con malvados salteadores de leyes que le harán añorar a hombres cuyo extravío de una hora fué castigado con largos años de ese sufrimiento devastador que asesina la inteligencia y seca las fuentes del espíritu. Incólumes saldrán sus hontanares de la prueba. Y aún más ganoso de convertirlos en meta de cuantos aspiren a poner en el presidio de la vida a los

jueces, para enseñarles que su justicia no es lo justo.

Cabecea el barco, y en el patriota de alma levada con poesía, la situación se acomoda a la pauta del soneto que evocó ya varias veces, antes de embarcar. No gusta él de manjares recalentados; pero este reclinarse en el regazo poético de una mujer es una defensa de la Naturaleza necesitada de ahorrar penas para bien resistir las pruebas futuras. «Adiós, patria infeliz, edén querido; —doquiera el hado en su furor me impela, —tu dulce nombre cantará en mi oído», repite desdeñando el terceto final y cambiando, para mejor satisfacer su anhelo, dos palabras. Y cuando el ronco son de las cadenas rueda y se alza el ancla y llena la brisa el velamen, para dar vida a la estrofa trunca, el viajero se arranca con ademán viril los pensamientos blandos de la frente, y se dispone a ordenar su equipaje.

¿En qué consiste su equipaje? Su viático de camino es escaso; el bulto donde van sus efectos, exiguo. Y, sin embargo, ninguno lleva más a bordo.

Él ha visto muchas veces partir a los hacendados próceres que traerán entre sus maletas el último libro sobre la libertad escrito en tierras libres; ha visto llegar al jerarca o al parásito con flacos baúles que en la colonia se hincharán de oro sin dejar

siquiera, cual antaño en tierras de indios, abalorios materiales o espirituales. ¡Cuán diferente su bagaje!

A pesar de los sacrificios y de los desvelos maternos, sus efectos de deportado ocupan breve sitio sobre la cubierta. Ni camisas de fresco hilo, ni lana para el frío peninsular, ni escondrijo con centenes o peluconas. Sobrio en lo que no le importa, para poder dejar de serlo en lo demás, cuando se dispone a mirar su equipaje no ha menester traer los ojos hacia dentro del buque. Al contrario: los clava en la lejanía y hace diafragma con los párpados para acendrar bien la visión.

Y entonces la cerradura del arca de su alma se abre, y el arca, que siendo de taracea donde resaltan entre cien maderas más la ceiba, la caoba, la majagua, el cedro, la ácana, el jiquí, la guasima, la yagruma y el jobo, es fabulosamente elástica, empieza a agrandarse, a agrandarse, para que a manos llenas, y no de hombres sino de dioses, entren en ella paisajes y perfumes, sabores y recuerdos.

Elfos-jardineros vestidos con guayaberas y sombreros de yarey siembran en las paredes del arca la Carolina blanca, el Coralillo rosado, la Buganvilla, la Estefanotis, la Yedra funeral. Allí traen el gui-

sante de olor, y el Jazmín del Cabo, el Jazmín de la Montaña, el Galán de Noche, la Extraña Rosa, la Diamela y el Aguinaldo blanco y la Piscuala. Acaban de plantar a pocos pasos de una cerca de maya la Caña brava y el Mar Pacífico. En serones vienen las frutas: la piña híspida, con su penacho de emperadora; los mangos y los plátanos de cien clases, el mamey de dos colores y el níspero; el suave aguacate, para echarlo en la sopa y preparar la guacamole; el canitel, el mamoncillo, los corojos; el coco de agua, que un machete incide con tres tajos certeros dejando al descubierto la fuente intacta tapizada de carne lechosa. Aquí traen todos los dulces, desde el de guayaba al de hicacos. Han puesto allí quesitos de almendra, raspadura, boniatillo y alegría de coco. Ningún sabor ha sido olvidado.

Toda la fauna, toda la flora, y el aire y los perfumes y los sonidos penetran luego, íntegros. A veces, uno, humilde, desdeñado en la vida feliz, mas precioso en la aciaga, ocupa el primer plano: Esa palpitación viva que raya el aire es un sumbete; en aquella agua se remueven un pargo, una cabrilla, una manjua, una cubera. Los caimanes se dulcifican y las jutías se aquietan para que él advierta que no faltan. Y todos lo miran humildes, cual perros satos en busca de dueño...

Con cultivo especial de símbolo han puesto en medio del arca la palmera. Toda la casa del guajiro va en ella: vigas y tablones, el tronco; techo, las yaguas; catauros para su comercio las hojas. Hasta sal para la sazón y miraguano para los buenos sueños le ofrece. Y después, también con valor de alegorías, echan la caña de azúcar, peligrosa y fabulosa riqueza del país, que no en vano ofrece en el eslabonamiento de sus canutos algo de cadena; el café, cifra de la hospitalidad fragante que se brinda por igual en el bohío y en la casa rica; el tabaco, de cultivo lujoso, cuyo humo es un opio sin pecado... ¡Ah, los sentidos no pueden abarcar ya todas las cosas que siguen trayendo!

Como si por el cotidiano paladar se sirviese el alma, en lección de humildad, para sus más sutiles evocaciones, los gustos de las comidas y de los refrescos ocupan gran espacio. Estaban allí, y no los había visto: el marañón que obliga a la mueca, con su calaverita vegetal, a la vez puño y semilla; la guanabana, la cañandonga, el maní, el anón, los guineos de ciento en boca.

En un anafre, una negra «junta la canela» para poner el ajiaco. Habla la negra y hay en su hablar, como en el de todos los suyos, un dejo de desolación que mueve a echarle los brazos. Y cuando ya

el arca, mayor aún que la de Noé, parece no poder más, he aquí que el milagro se centuplica y que, de un golpe, la mano omnímoda echa piedras con venas minerales de los montes del Cobre, agua del Cauto, penumbras de las Cuevas de Bellamar, y toda la maravilla de los valles de Yumurí y de Viñales, tirano de pintores, donde los colores se encienden y apagan en fabulosa gama de matices.

Esta enorme complejidad que no podrían cargar las espaldas de Atlas y que, en el mundo ingrávido de los anhelos, mueve una mente débil, constituye el fastuoso equipaje. Y hay más aún: cosas sin nombre, sensaciones, cariños, recuerdos... El vasto patrimonio del alma, que no ocupa lugar y todo lo llena.

Siempre, al partir para mucho tiempo, nos afanamos en llevar cuanto conceptuamos imprescindible, porque cada viajero, egoísta y cándido, piensa que arribará a una costa desierta. El deportado ha procedido lo mismo, pero de otro modo: calculó con el corazón, y guarda cuanto necesita para, en cualquier momento, no importa los sinsabores que lo abatan y los deleites que lo tienten, poder aislarse en su mundo mágico.

Cuando la línea de tierra se desvanece en el confín y cada cual se apresura a crearse ese paréntesis

de vida que todo viaje constituye, él permanece inmóvil, templando el acero de su carácter en el mar. Los que pasan a su lado nada saben de aquel buceo que empieza en la borda y termina en las raíces rocosas que sujetan la isla cada vez más distante al fondo del piélago. No se mezcla al tumulto. Sólo y triste, su tristeza está más cerca de la alegría pura que ese ruidoso contento amasado con tedio de cuantos no logran desprenderse en ninguno de sus viajes del lastre de la mediocridad.

Con estar enriquecido su hatillo por el fervor materno, apenas si cuenta en su equipaje. Desterrado, expatriado por la tiranía, se lleva la tierra y la patria consigo.

Claustros

Con cuán patética emoción contemplaría Martí, tras sus meditaciones entre cielo y mar, dibujarse la costa española ante la proa del buque! Una alegría animal, la del hombre sustraído durante días y días a su elemento propio, lucharía con el precipitado de sospechas echado por las circunstancias en su alma transparente. Iba a conocer el manantial de los sufrimientos de Cuba. Iba a conocer, desde sus manantiales, el pensamiento español: a convivir con él; a estudiar en sus universidades la historia y procedimientos del Derecho.

Y a los primeros pasos, a las primeras relaciones y comuniones, lo que había sido intuición brumosa se trueca en realidad indubitable: hay dos Españas, una que aletea, que se esfuerza débil y difusa en no ser nacionalidad estancada; otra oficial, anacrónica, regida por hombres frenéticos e ignorantes, venales

o carentes de todo instinto y de toda ciencia de gobierno.

De golpe, por un salto del corazón, Martí se hace ciudadano de la España invisible. Destinado a cambiar la geografía política, ve sin esfuerzo que si clérigos, politicastros y generalotes pudiesen, cortarían con la cuchilla de la reacción el istmo que los une a Europa, para transformar la Península en otra isla tan infortunada como la suya. En la tierra de Viriato y Pelayo, de Servet y Lulio, ¿no se ha gritado: «¡Vivan las cadenas!»?

Por dondequiera que se mire se ven avanzar nubes oscuras.

Con avidez estudia sus clásicos, avizora la ideología de sus jerarcas y se mezcla con ojos atentos al torrente juvenil que bulle en los claustros de los edificios docentes. Día a día, su conocimiento crece. Los troncos de sus ideas se cubren de fronda, y su expresión verbal adquiere ordenación y léxico. Vive pobremente, a veces careciendo hasta de lo elemental, pero las horas de estudio son orgiásticas. Tienen los meses, para él, potestad de años.

Al padre leal, al fiador montañés por quien es ahora hombre casi libre, al gaditano que le velará el sueño y al catalán que le propondrá cargarse de culpa para que él huya con sus vestidos, les descubre

parientes y los liga a su afecto. Le es tan natural sentirse español en España como sentirse antiespañol en Cuba. Estudia, contrae relaciones, sabe de la miel de la amistad y del agraz de un primer amor que ha de cantar luego. Las Pandectas y las Leyes de Enjuiciamiento ocupan mínimo lugar en su estudio, no porque piense colgar su muceta de doctor de un árbol marchito, sino porque su espíritu voraz necesita estudiar y soñar muchas cosas y las especialidades estrechan siempre el entendimiento. Sigue con mirar analítico la revuelta política metropolitana. Ya los puntos de su pluma no se enredan jamás en los accidentes de la Gramática y su verso fluye enterizo, luminoso por cualquier lado que se rompa.

Literatura, Historia, Sociología, idiomas, van siendo dedos en la diestra activa de su espíritu. Es el suyo un trabajo febril, surcado por dolores que remuevan las cartas llegadas de «allá». Escribe para el *Diario de Avisos* rememorando *El Diablo Cojuelo* y *La Patria Libre;* y el periodista, que tanto tiene de soldado, el poeta y el tribuno van cuajándose en él. El asesinato de los estudiantes de medicina perpetrado en la Habana suscita los acentos más graves de su plectro.

Cuando los demás estudiantes loquean o reposan,

él sigue, sigue. Si como Cervantes lee hasta los papeles caídos por tierra, su ejemplo también le dicta, para hablar del lugar en donde toda incomodidad tiene su asiento, el acento justo sin el cual hasta las mejores vindicaciones parecen venganzas. Con ejemplaridad maravillosa somete todos los flujos de su alma al troquel de su razón. Comprende que el derecho mismo ejercido por gentes incultas se parece al crimen, y que aun cuando todo está dicho cada vez que las cosas se sienten son otra vez nuevas.

Los dos grandes cantores polacos de la rebelión lo inflaman, pero, en las horas reflexivas, los grandes economistas ingleses y el buído secretario de Florencia lo templan y preocupan. Su entusiasmo adquiere el contrapeso de la prudencia. No dice ninguna mentira, mas calla muchas de sus verdades. Cuando la soledad le duele demasiado, acude a una biblioteca, y en ella, con voluptuosidad amorosa, hojea cuantos libros y periódicos de Cuba y sobre Cuba consigue, para concluir abismándose en la contemplación de un mapa en el cual sus vecinos de mesa sólo ven nombres y en donde él viaja por cayos y ciénagas, por cañadas y sabanas, por maniguales y ciudades.

(Nunca se explicaría el bibliotecario zaragozano

que el diccionario de la Isla de Cuba de Pezuela y aquellas extrañas colecciones de *La Charanga, Fray Junipero, El Moro Muza* y *La Piragua* caídas, por caprichosos misterios de la biografía, bajo su custodia, pudiera despertar en un lector tan joven la atención vibrante que en sus camaradas sólo producían las novelas.)

Acendra en cada prueba su amor a España, pero en cada prueba, asimismo, crece su desesperanza de que por vía persuasiva y normal la madre reconozca en la hija adulta condiciones y necesidad de emancipación. Trastorna la vida de España en esos días un desorden infernal—infernal por falta de amor, dícese él con teresiano eco. Las intrigas se suceden, los golpes de mano se repiten, y los desmanes de una monarquía pútrida preparan el aborto de una república sietemesina, obra de visionarios. Hombres brutales de corta pero segura órbita mental, y místicos nutridos de interpretaciones retóricas de la revolución francesa, ignorantes de que si las revoluciones necesitan alas los gobiernos han menester pies, juegan en juego de intransigencias con la responsabilidad histórica del país descubridor de América.

Ávidamente, como quien se aferra al baluarte postrero, el mozo-hombre estudia a sus compañeros

de clase. ¿Qué hará esa juventud, con la que ahora convive, cuando, pocos años después, haya de hablar con él no de banco a banco, sino de una a otra ribera del mar?

Discierne, claras y opuestas también, dos juventudes: una meramente fisiológica, desaplicada o utilitariamente atenta en las clases, bulliciosa en los cafés, en los billares y en los paseos, con chanzas y madrigales, con expedientes de novela picaresca, con dignidades o encogimientos de hombres embrionarios. De esa juventud una parte es vieja ya: vieja por su incapacidad de enfrentarse con la vida inéditamente, porque la considera un botín, y porque sólo aspira a adueñarse cuanto antes de los puestos que detentan los maduros y los ancianos. No es juventud que anhele eternizarse con la creación de un mundo joven: es juventud involuntaria, juventud de efímero puente tendido entre las dos porciones de una misma generación caduca y engañosamente partida para simular diferencias. De esa juventud que se pudre en el árbol de la vida, nada espera. Abundan en ella los bien dotados: ésos serán luegos los peores.

Y la otra juventud, escasa en número, sólo rica en ansias, carece de la cohesión precisa para constituir un valor social capaz de crear esperanzas sólidas.

Un impulso lo mueve a la tolerancia, porque hasta en el mal se crean virtudes relativas; mas como no quiere nada para sí, la cordialidad que rodea su persona no lo induce a espejismos. En esa época, para casi todos de deslumbramiento gozoso, su alma empieza ya a vivir de darse, puesto que sólo de la sabiduría embalsamada en los libros y de amistades y de amores que no conocen el fondo arcano de su predestinación misionera, puede recibir, en compensación, algo. Parte de la misma juventud brillante de su isla se deja seducir por los galardones oratorios discernidos por el Congreso de los Diputados y propugna una autonomía acaso útil para ser dada, mas insuficiente para ser pedida.

Ni de esa juventud común, ni aun de la otra, reducida a individualidades pudorosas u orgullosas que sería menester descubrir una a una tras largas búsquedas, puede esperar nada para su obra. Incomprensivos para sus propios problemas, no han de abrírseles inteligencia y entrañas para los que en fuerza de egoísmo han llegado a serles ajenos. Las hojas diarias, la tribuna, hasta el órgano de los gobiernos, proclaman de continuo el derecho a considerar la colonia feudo medieval en el cual el derecho de pernada se sustituye por candente hierro para marcar el alma de los hombres en la mis-

ma cuna. Un poco de despreocupación, de sensualismo, y la España omnímoda pagaría su venalidad con todas las monedas. El se da: no se vende. Por eso él se siente solo entre sus compañeros de claustro.

Sin duda, un principio justo en el fondo de un pozo triunfa, al cabo, de la violencia de todos los ejércitos. Pero ese «al cabo» abarca con su compás la extensión de una larga paciencia y de una larga vida. Lo que él se propone es sacar el principio de la libertad de Cuba del pozo donde quieren ahogarlo. Mientras la tuna de los estudiantes postula a son de panderetas y guitarras, él medita otra postulación más grave, en silencio.

Sólo el genio adivina, mejor dicho, rememora, inculcándole esencias de porvenir al pasado. (¿No decía Platón: «Aprender es recordar»?). Pero la inteligencia necesita nutrirse y la simiente de mandrágoras no da azucenas. Son los seres humanos surcos verticales donde los maestros siembran, donde siembra el ambiente, donde siembra el ejemplo. Sin este permanente cultivo el hombre retrocede con facilidad a sus instintos brutos. La juventud mejor, falta de verdadera cultura, muéstrase estéril a las insinuaciones de Martí para coadyuvar a su ensueño. Con frecuencia ha hallado personas ilustradísimas; cul-

tas muy pocas. Por educación se entiende la mera instrucción y por cultura la morosa e imperfecta enseñanza de modos de leer y escribir. Y cultura, vocablo inspirado por el laboreo de tierra, es aquel arar de las ideas ajenas en nuestras almas, sin el cual produciríamos acciones de jugo menos generoso.

Laborear esa juventud sería tarea larguísima y él no tiene tiempo. Lo que urge ha de pedirse urgentemente.

Por dondequiera que va cosecha simpatías para sí, pero nada o muy poco logra para su isla. Con los más probados habla sin rebozo, y su palabra rebota contra el muro de las incomprensiones. Los sinceros tienen derecho al error—se murmura a cada decepción nueva, y continúa.

A los otros ni siquiera intenta hablarles. ¿Para qué? ¿Cómo decirles que cuando un colonizador engendra por el despotismo de su conducta y la venalidad de su administración el anhelo de independencia, sus días de dominio sobre la colonia están contados? ¿Cómo decirles que el único medio de quitar derecho a las revoluciones es anticiparse a realizar lo que ellas prometen? Sus palabras sonarían a escarnio y las cordialidades se trocarían en enemistad. La luz de repente deslumbra.

De nada le sirve pensar que hasta los déspotas, si son hidalgos, prefieren a la hipocresía y timidez la protesta viril. Hay cadenas que exigen la lima y embarazos que sin la cautela degenerarían en abortos. Mientras esté en España fuerza le es, por digno silencio que no por cobarde mimetismo, pasar inadvertido a la España errónea. El que ha cruzado ya sereno entre los viles ha de apretar bien los frenos del alma para poder cruzar entre los cautos de modo que no se malogre su designio. Tiene fe en lo mejor del hombre; mas desconfía de lo peor de él.

El muchacho bullicioso de los claustros lleva su secreto. Vedlo en las reuniones, en los cafés llenos de humo, de chocar de fichas de dominó y de bolas de marfil contra las verdes y elásticas bandas: reconoceréis tras de su sonrisa algo serio y triste. Desde el altozano aragonés otea España entera y contempla a Andalucía, descontenta; a Galicia, larvando su agrarismo; a Cataluña, fabril y agria, de espaldas a Castilla; a las Vascongadas, erizadas de fueros; a Madrid, ignaro en su centralismo y rodeado de aduares más necesitados de colonización que América toda...

Trabaja, adquiere y elimina. La bronca lealtad baturra se incrusta en su simpatía para siempre. Quien lo vea, mozo entre mozos, primero en los

claustros zaragozanos y después en los madrileños, no podrá sospechar que las abovedadas galerías abiertas en su alma por la meditación no son frescas y llenas de alocados gritos, sino ardorosas y silenciosas.

Tres años se destilan de esta manera día a día. Tras ellos su título de doctor está pagado con desvelos y privaciones. Al leer sus primeros trabajos y al oír sus primeros discursos, varones graves mueven las cabezas con admiración desconfiada, y piensan que tarde o temprano habrán de apretársele las clavijas a ese joven contumaz. Él sonríe sin jactancia ante estos vaticinios. Como no enseña jamás las marcas, todos ignoran que el dolor y la muerte, que no lo arredraron cuando su carne era niña, no osarán jamás cerrarle el paso a su conciencia.

Ya tiene el título de la sabiduría metropolitana Ya conoce las dos Españas de hoy y la España de ayer, en la cual el resplandor de gloria racial envuelve las zonas tenebrosas. Ya va a echar por la borda el suave lastre de la mocedad para adentrarse en las oscuras veredas donde el error ahonda sus antros.

Españoles que lo repudiáis: aquí tenéis a un español máximo para la perspectiva histórica del mañana. Jóvenes de una y otra juventud que com-

partisteis con él la labor de las aulas y los asuetos que él os fingió ingrávidos: aquí tenéis al condiscípulo por quien vuestro paso por los claustros será una efemérides en la memoria fatigada del mundo.

Tenida

NO a uno y a intervalos, que es época de persecuciones, van entrando por la puerta angosta, muy embozados en capas y con gran precaución de miradas zagueras, los hermanos que han de reunirse en la Logia Armonía.

Vientos gélidos caen de las nieves del Guadarrama, y vientos de fronda de los mentideros políticos. La reacción tiene cabeza de ofidio y ojos de Argos, y el liberalismo, timidez de corza y bizantinismos incapaces de resistir la confrontación con la realidad. Por eso los masones, a pesar de no ser conspiradores de peligro, se resguardan contra las inclemencias de la noche y contra las miradas que puedan espiar desde la sombra.

De los últimos en llegar es un joven a quien el fuego de las pupilas y no el escuálido paño del gabán protegen del cierzo serrano.

Los preliminares de la tenida son lentos. Los hermanos se retejan en el saludo, y antes de con-

gregarse, mientras se ponen sobre las ropas cotidianas los atributos de la masonería, hablan, ya con enigmáticas oquedades, de la vulgaridad de sus existencias. Hay bandas moradas con bordados de oro y delantales cuyo pico interno o externo diferencia al maestro del aprendiz. A la entrada del salón, transformado en templo, están las columnas simbólicas con la piedra abrupta y la piedra pulida; en el centro, el ara con el compás, la llana y el martillo emblemáticos. Ocupa el fondo el Venerable flanqueado por el hermano Orador y el hermano Secretario; en bancos paralelos siéntanse los hermanos sin cargo especial, y junto a la puerta, a ambas manos de las columnas, el Primero y el Segundo Vigilantes, encargados de velar por la secreta seguridad del templo y de servir de puente jerárquico entre la veneratura y el estado llano de la logia.

El ámbito, saturado de misterio solemne, pone en todas las voces sordina. Las luces de petróleo titubean en el ambiente enrarecido por las respiraciones. Algunos empuñan espadas. Y no alumbra la sonrisa ninguno de los rostros cuando, después de dar tres golpes de mallete en la mesa, el Venerable dice:

—¡A mí por el signo! ¡A mí por la batería!

Sobre los cuerpos rígidos las diestras tendidas describen rápido ángulo recto; luego las manos se juntan en tres opacas palmadas. Y después que los vigilantes se aseguran formulariamente de que ningún profano ha penetrado ni ningún peligro exterior amenaza, el trabajo comienza, sin apartarse ritual.

Ni siquiera las cosas más sencillas dejan su envoltura alegórica: Las cartas recibidas de otras logias son *planchas,* la circunscripción es *valle,* cuanto está fuera de los muros *mundo profano...* No es tenida de iniciación, y, por tanto, el Hermano Terrible no ha de traer a ningún neófito, después de someterlo a las pruebas de enorme peligro imaginario, para interrogarle y demostrarle luego de «haberle dado la luz» que la masonería quema sus juramentos porque da igual fe a la palabra que el viento se lleva que a la materializada por la pluma. Durante un rato se evacuan asuntos de trámite bajo la autoridad reiterada del Gran Oriente. Terminada esta primera parte, el Venerable interroga a los Vigilantes si algún hermano de sus columnas pide trabajo; y al repetir ellos la pregunta, en uno de los bancos dos dedos resueltos chasquean.

—Puede el hermano hablar, sin ceremonia—dice el Venerable.

Los dedos que habían chasqueado son los del joven de escaso abrigo y mirada ardiente. Ya está en pie. Ya ha pronunciado la fórmula inicial: «Venerable Maestro y queridos hermanos.» Frente a él y a su lado, rostros de barbas visigóticas y de bigotes caudalosos—viejos liberales, burguesía que coquetea con el misterio y menestrales fascinados por la pompa ceremonial—alzan hacia su boca la atención.

Las palabras acuden prontas, en coordinaciones felices, apenas pasa el primer instante de cortedad. Hay un dejo cantarino en el acento, que acaricia; y, poco a poco, el tono se eleva, se acelera y precisa el ritmo, y lo que era amable curiosidad se trueca en sumisión magnética.

La frase zigzaguea o se acorta, clara y cautivadora por igual. Hay palabras que quedan un punto entre los labios, moldeándose, y otras que salen metálicas, como de entre los dientes. Si el auditorio muestra sorpresa, no deja de sentirla también el orador. Dijérase que algo mediumnímico pasa por él y habla con su lengua. No son las palabras sólo: es el tono, la atmósfera ora persuasiva, ora violadora de voluntades que imprime hasta a los más comunes conceptos preciosa novedad. Las ideas bajan de la frente y la emoción sube del corazón para

juntarse entre los labios. La diestra complementa con perfiles y puntuaciones el verbo. Quizás, por plétora de ideas, algo de torrente todavía incapaz de ordenarse desborde el discurso; pero lo que hay de multitud en aquel grupo de hombres, se siente arrebatado sin que el más inteligente de sus individuos logre llamarse a engaño ni desmontar el juego de prestidigitación que es toda oratoria. Los de mayor categoría mental eran los más maravillados. El mozo crecía en talla. Bajo el esplendor de la palabra el traje pobre transformábase en toga. Y ante la logia, ahora sí que solemnemente unida por una fuerza superior al rito, imágenes y afirmaciones fueron desplegando su varillaje.

—Es necesario poner de moda la virtud, y romper la corteza de prejuicios que tantos años de vicio e injusticia han puesto sobre la conciencia del mundo. El cristianismo ha muerto a manos del catolicismo y necesitamos crearnos una moral laica para luchar contra la violencia, contra la hipocresía, contra ese falso ridículo, sobre todo, con que los pícaros tratan de hacernos inexpugnable la virtud. El aire ha de estar lleno de almas desinteresadas y amigas. Con llana y compás levanta el albañil su pared. Necesitamos añadir a nuestro símbolo la piqueta, para derribar las malas paredes que nos se-

paran. ¡Eternidad para las paredes maestras, pero hierro y hasta explosivos para tantos falsos tabiques! El trabajo es el aire y el sol de la libertad. Sin libertad todo bienestar es pobreza, ignominia. Cuanto no sea compatible con la dignidad humana caerá; pero hay que acelerar esa caída. Nos ahogamos en el oprobio. Los fuertes prevén, los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz. Y es que ésos no son hombres. Yo he soñado que la doble teoría acerca del origen de nuestra especie no se contradice: Hombres hay que descienden del mono, según lo muestra la vanidad y lubricidad de sus gestos; y hombres hay que descienden de Dios, según lo proclama el persistente fulgor de sus almas. España, pródiga siempre en individualidades pujantes, necesita uno de esos espíritus providenciales capaces de comprender y resolver con estricta generosidad sus propios problemas y los de cuantos el desamor y la expoliación han transformado ya en extraños. Héroes no con música de pasodoble, esos himnos de la injusticia peninsular, sino héroes de Carlyle, héroes del valor pacífico, de la renuncia a las gabelas y al predominio injusto. Puesto que existe, por desventura, tanto hombre-boca, debe de haber de vez en cuando un hombre-ala. Ante vosotros que me llamáis her-

mano, quiero dejar generalidades sin duda irrebatibles, pero también un poco estériles, para hablaros de la isla que está huérfana allá en el mar. Es bella, empobrecida a pesar de su riqueza por las rapiñas, y a fuerza de sufrimientos ha adquirido la triste experiencia que le permitirá dar, sin caer, esos primeros pasos que en las demás naciones desprendidas heroicamente—heroicamente, ¡sí!—de vuestro yugo, fueron tan difíciles. Puesto que la euritmia del Universo os preocupa e invocáis a su Gran Arquitecto, tenéis que oírme. Los rábulas que temía Hernán Cortés y que lo expusieron varias veces a la ineptitud envidiosa de Diego Velázquez; los rábulas enredadores y rapaces, carcoma de España, se han hecho gobernantes y clérigos de los de bienes terrenales, militarotes de los de mente obtusa y sable asesino, negreros, cabos de vara: ¡Todos los instrumentos vivos del despotismo! No frunzáis el ceño. Cuidad de que algún rábula no se haya metido también, empero el cuidado de los hermanos vigilante, entre nosotros, y transforme esta que debiera ser fraternidad luminosa de almas y brazos inclinados hacia el futuro, en junta de Caínes.

La voz sigue viril, sin perder calidades, antes bien, elevando sus chispas como los buenos eslabones, en el apóstrofe y en la diatriba. Pero el mag-

netismo se ha roto y el orador novel lo advierte. En vano les glosa fragmentos de la declaración de los derechos del hombre; en vano yergue ante ellos la figura de Bolívar y la de Nariño, la de Artigas y la de Céspedes; en vano invoca a San Martín combatiendo por España en Melilla, en Orán, en el Rosellón y en dos combates navales contra Inglaterra, y afiliado después, masón como ellos, en la logia gaditana de «Caballeros Racionales», con cuyo compás y cuya escuadra habían de cimentarse las repúblicas rioplatenses.

A cada nuevo argumento crece la esquivez; ante cada semidiós evocado, los hombres se apartan más aún. Mientras sus frases ceñían el concepto abstracto de la libertad, el liberalismo difuso de la asamblea sentíase expresado y vibraba al unísono con su ser. Mas todas las almas congregadas allí no pueden compararse a la piedra pulida de la columna de la derecha. Si en algunos el liberalismo es coquetería de la inteligencia y no necesidad entrañable, en otros late la cándida creencia de que «el derecho de descubrimiento y conquista» nada tiene que ver con la libertad. Prejuicios, atavismos consagrados por los manuales de Historia nacional y por el concepto público, impiden que en sus mentes entre el ozono violento que ha vivificado las palabras

del joven. No es culpa de ellos. Todos creían ser excepcionales, y serlo de veras no está en su poder. Por eso al oír flagelar a su patria desprenden su simpatía del orador y la cambian en desasosegada vergüenza.

En tierra de tribunos, la aurora tribunicia de uno de los máximos reflectores de la palabra hispánica no podía manifestarse sin pasmo. No le han faltado al final las felicitaciones.. Y sin embargo... Si los labios no hubiesen tocado lo inmediato, lo concreto, ¡cuán esplendoroso su triunfo! Mas, ¿para qué, quiere él la elocuencia si no es para hablar de «eso» de «eso» sólo? El ayer y el mañana, la leyenda y la Historia, los tropos y la científica justeza, los anhela para servir a «eso». Todos los ríos del saber y del soñar que no afluyan a Cuba, preferirá ignorarlos por auríferos y navegables que sean. Y lo que empaña el éxito que en los primeros períodos anunciόse desbordado en chasqueos de dedos entusiastas y en aprobatorios movimientos de cabezas, antes lo enorgullece que lo apesadumbra.

Al final de la tenida, ya en el lenguaje familiar «del mundo profano», es congratulado y amonestado benévolamente. Un viejo le dice: «Ya cambiará usted, joven... Hay en usted madera, y de la buena... Ya cambiará.» Y un militar postergado en los

ascensos: «Hay en usted lo que se dice un gran tribuno... Cuando se cure de ideas subversivas ganará mucho.» Y un jefe de negociado: «Ha dicho usted cosas tremendas... Por menos conozco yo expedientes así de altos. Claro que lo hablado aquí no trascenderá, que no hay ningun hermano capaz de...»

No, no habrá Caínes. Entre su arrebato y la repudiación de sus hermanos no mediará la quijada del asno, mas sí la prudente reserva. Saldrá solo, lo mismo que entró, en tanto que otros, ya fatigados de solemnidades, se irán de dos en dos, a favor de la noche inverniza, sin que la excesiva prudencia consienta cuajar para el protagonista de la velada ni siquiera una de esas amistades de adulación que surgen en todos los triunfos.

Y, ya en la calle, el joven de la palabra de fuego se abotonará el abrigo de tela endeble, confesándose que siente un poquito de frío en el pecho, hacia el lado del corazón.

El "poverello" reza a Jehová

ADIE, Señor, más alejado de tu cima flamígera que yo. Nací no con las tablas de la Ley grabadas en el alma, sino con las palabras predicadas por tu hijo sobre aquella montañita de Palestina que es el Himalaya de la fraternidad.

Tu lenguaje magníficamente rudo, tus rayos, tus lluvias de fuego y tus plagas, conturban mi ánimo todo sahumado de esencias de Getsemaní. Ni siquiera comprendo tu conducta con los gentiles; y escapa a mi pobre juicio el que pusieses en el pecho de Faraón la dureza para castigarlo después. Pero tú eres el Dios de los Ejércitos y he de rezarte.

Candidez de paloma y verde de la rama de olivo que lució bajo el arco iris del Ararat puso tu hijo en mi alma. Por las blandas huellas de sus pasos quisieran ir los míos, y mi espejo es aquel eco suyo nacido en Asís que consideraba hermanos por igual

a las estrellas y a las alimañas, y no tuvo siquiera en el templo hollado por los mercaderes flagelo en la diestra e indignación en el espíritu... Yo quisiera que cada día de mi vida fuera como un verso para cantar al sol y a la hermana agua, pura, casta y útil. No es la mía de esas naturalezas ogresas que necesitan ver la sangre. Al contrario, execro el homicidio y la violencia. Pero tú fuiste quien guiaste a tu pueblo cuando los filisteos lo oprimían, y te he de rezar.

Yo quiero ofrecer la rosa blanca en enero y en junio por igual al amigo y al cruel devorador de corazones. La poesía que brota de mí es suave. La leche de la ternura humana amamantó mi ser, y la delicadeza de las alas de la mariposa de mi alma llega a tanto, que hasta me hago daño al chocar con algunas flores. Antes que fulminar al impío, preferiría el vinagre y la hiel, la lanza y los clavos. Mis brazos se abren muchas veces nostálgicos de tu cruz, y siento en las manos, en los pies y en el costado los estigmas con que enriqueciste la pobreza maravillosa de tu siervo Francisco. Mi amor de paz es tal que en beatitud fraterna viviría, sin decir siquiera con impaciencia, como dijo él ante las impertinencias de Fray Gonzalo, aquel «Sine glosa» que constituye la ola única en su alma de estanque

infinito. Pero tú me has elegido, me has mostrado un pueblo que sucumbe bajo el yugo, y he de rezarte.

He de rezarte, porque sería cobardía y no generosidad desoír las voces que desde los primeros siboneyes a los últimos criollos exterminados en mi isla infeliz, me dicen: «Tolerar el crimen es cometerlo» y «No seas de los que pretenden ir en coche a la libertad». Aquí está mi alma, Señor, inerme a semejanza de Isaac, puesta sobre tu pira. No puede andarse seguro por senda de remordimientos, y aun cuando me duela preciso es confesar que de cada nuevo hervor sale más bello el mundo. Bien lo sabes, Señor: Todas las leyes han sido conculcadas. La guerra es necesaria aun cuando pensarlo solo me agobie. Quedara un resquicio de esperanza; fuera capaz el pueblo opresor de mudar de hábitos por iluminación de conciencia, y yo diría a esas voces: «Calmaos... Esperad.» Pero tú ves desde tu solio de resplandores que ya no hay espacio en las mejillas de los pedigüeños para las bofetadas y que las despóticas manos siguen en alto. Tú sabes que yo quiero a España más que todos esos sus hijos espurios que la deshonran; que sólo concibo la patria como el pedazo de humanidad que nos ha tocado conocer más de cerca; que no olvido que si

españoles son los que han firmado nuestras sentencias de muerte, españoles son los que nos dieron la vida. Comprende cuánto habré resistido y sufrido antes de decidirme a juntar hoy las manos ante Ti.

Acoge mi plegaria, Dios de los Ejércitos, y ayúdame igual que ayudaste a San Yago y a San Jorge, porque mi guerra será aún más justa. A mi alma seráfica le duele declarar que existen tiempos de maravilla en los que, para restablecer el equilibrio interrumpido por la violación de los derechos esenciales, aparece la guerra a modo de ahorro de tiempo y de desdicha. De esa estirpe será mi guerra. Ni aventureros de la espada ni de la tribuna se adueñarán de ella. Desde hoy todas mis horas van a emplearse en conspirar contra la paz. Mi elocuencia va a hacerse ecuestre, y yo mismo, a su hora, montaré a caballo, que en el caballo hay gloria. Cuando los cascos de ese corcel hieran la hierba, con el rocío habrá lágrimas de mi alma; y nunca el martillo de Thor ni la espada de Marte golpearán sin herir en mi propia carne sensible. Por eso, de espaldas a la colina de Asís y a la de Galilea te rezo hoy, ¡oh Dios de las batallas!

Voy a encender voluntades y a caldear rencores

para preparar una república con todos y para todos, digna de ser el Benjamín de América. Antes de rezarte esta oración he meditado mucho y he retorcido, en ánima mía, la cabeza a cien esperanzas inefables. Para fortificarme he ido a sentarme a la sombra del arco que en la plazuela madrileña conmemora la viril resistencia del pueblo ante la invasión napoleónica, y he ido después a ver la portada del cuartel del Conde-Duque, por donde pasara, con uniforme español, aquel que, según amargura propia, fué, con Jesús y con Don Quijote, uno de los tres máximos ilusos del mundo, y es, según el mundo, quien más alto ha puesto la antorcha de la libertad. Desde hoy, Señor, ni un segundo de mi existencia será para servir la esencia prístina de mi alma hecha por tu hijo para el amor. Que mi sacrificio halle gracia a tus ojos; que, expulsado por el deber del Olimpo, donde Apolo tañe su lira y las Musas tejen guirnaldas, saque de la contienda lo que para mí han de ser los triunfos supremos: Patria y Muerte.

Jehová, Dios de los Ejércitos y las violencias, Señor de las tempestades flamígeras, ¡el alma del pobrecito de Asís se desnuda de su hábito pardo para vestirse la coraza, y hace de su cordón honda o tahalí! En torno a mi isla hay otro mar Rojo te-

ñido con sangre inocente. Ábrelo, para que los alistados bajo mi bandera lo pasen a pie enjuto, no en fuga, sino camino de los campos en donde, con tu ayuda, van a descabezar una tiranía de cuatro siglos.

Primer retrato

XISTE en toda vida un punto en el cual las facciones se cuajan y adquieren carácter y proporciones duraderas.

Tales rasgos hállanse tan separados del niño desprovisto aún de la plenitud del alma pensante, como del viejo que la ha perdido ya. Y en los elegidos de los dioses, estas facciones, modificadas apenas por los años y las circunstancias e inconfundibles para quienes las haya visto siquiera una vez, subsisten hasta que la Muerte transforma el cuerpo en materia que los dedos del Tiempo desmenuzan cruelmente.

La devoción ha reunido fotografías de la figura terrena de Martí a partir de su infancia. Una lo muestra con la cadena infamante de cuatro eslabones pendientes de la cintura y sujeta al tobillo. Sin embargo, esa alegoría de su destino de creador de la libertad no es su primer retrato.

De un grupo, para que el símbolo de su aspira-

ción a la solidaridad humana sea visible, ha de salir la imagen cuyas facciones ya trazadas con carne y espíritu sobre la calavera igualitaria, reconoceremos en todas las efigies posteriores.

Cabellera tupida, frente noble sin anchura ni convexidad espectaculares, cejas de trazo firme bajo las cuales el agudo mirar derrama melancólica luz. La nariz, de buen dibujo, ábrese sobre una boca ancha y carnosa que leve bigote sombrea. La barba es redonda. El cuello, implantado firme entre los hombros, ni excesivo ni exiguo: puente o tallo entre la cabeza y el cuerpo. Y éste, sin defectos pero sin rasgos recordables: mero estuche del corazón y sostén de la testa en donde el alma resplandece acendrada.

Por los dos caminos de las pupilas nos adentramos hacia los silos de la conciencia de este ser. Hay en el paralelismo atento de los ojos y de las orejas un claro signo de atención, de atisbo, como si algo mucho más lejano que el horizonte sensible quisiera ser visto y escuchado. Ese algo, ese todo, es la voz y la tierra de una isla sin ventura: arado tendido por Dios sobre las aguas del mar Caribe.

Los labios enérgicos dicen decisión y la atmósfera del rostro inmensa aptitud de cariño. Tiene este retrato, hecho en España, significado singular.

Imagen de destierro, no sólo mira a lo lejos sino también dentro de sí, como si quisiera acariciar la tierra que mucho más tiempo ha de sentir en el recuerdo que bajo las plantas.

Se admiran en él los rasgos arios puros. España, con su eficacia racial, a despecho de las acciones de sus hijos bastardos, así como tuvo a Bolívar en su entraña antes de que en las de él la memoria de la visión aventina se trocase en preñez de naciones libres, lleva por dos veces a Martí a su seno. Lo llevan disciplinariamente los esbirros para quienes la idea de patria y de humanidad son incompatibles; pero lo acoge como a hijo el crisol secular que empieza en el istmo pirenaico y concluye allí donde el Atlántico y el Mediterráneo se hermanan.

En el crisol metropolitano el rebelde se depura. La perspectiva dolorosa de la ausencia le permite abrazar una Cuba íntegra. Su amor nacido en la Habana se agranda y va ahora desde San Antonio a Maisí, desde la cumbre más alta de la Sierra Maestra hasta la más honda de las cuevas de Bellamar. Se franciscaniza y siente fraternidad con el hombre, no importa si blanco o si negro; con los animales, desde el caballo, sobre el cual hay gloria, hasta el sumbete, que casi no parece un pájaro

sino un temblor del aire, hasta la minúscula «santánica» y el mosquito de las ciénagas —la bala más mortífera de los cubanos—, que hasta en la paz iba a transmitir el vómito negro a los usurpadores incapaces hasta de higienizar la tierra explotada. Y el agua amarga del mar y la dulce de los ríos, y el aire y la luz, y la sombra tachonada de estrellas, y los árboles y los arbustos, son acariciados por esos ojos que han aprendido a mirar lo invisible.

De los grandes rebeldes españoles toma la dialéctica y el carácter. La poca flor de su vida rompe su corola en Zaragoza y en Madrid. El azuloso pilar de Padilla y Lanuza y el sitio donde, heroicos, estallaron los arrebatos de independencia un dos de mayo, moldean el alma de este habanero igual que antaño dieran su toque a la del caraqueño sin par. ¡Ay de la raza y de la cultura hispánicas si en el paso del tiempo estas figuras de América no se suman, en perspectiva única, a las magníficas individualidades dadas por Iberia al mundo!

Antes de este retrato la iconografía nos revela que Martí no era del todo él. Después, el paso del tiempo y de los trabajos acentuarán o suavizarán la expresión física sin tocar la expresión anímica del hombre, que en este punto de su vida reúne sus

normas cardinales. Mirándolo se advierte que ya la palabra es para él deidad milagrosa, madre de los actos, nodriza de la civilización, numen divino de la especie aun cuando hombres indignos de serlo, por débiles, codiciosos y vanos, la desacrediten. Por entre esos labios anchos ha de manar, pródiga, la palabra que junta, que alumbra y cimenta. De esta cabeza noble y de la lengua que guardan los labios hechos más para el discurso que para el beso y la nutrición, podrá decirse lo que del progenitor de su alma americana él dijese: Cabeza de milagros, lengua de maravilla. ¡Con cuánta fijeza se prende una y otra vez a este retrato la atención!

En esta primera eminencia de su destino el mozo sacude de sí las superfluidades de tantas juventudes sin objeto. Es éste un retrato de silencio, de acción contenida. El hálito de voluntad que trasciende de la faz es para querer que todo en su vida sea almendra. Él nació en tierra donde la dignidad vilipendiada y contenida ha de desbordarse, y no tiene tiempo para prolongar en la adolescencia los juegos de la corta niñez. Ved la cabeza gallarda y comprenderéis que sin el gran deber entusiasta nacido en ella con la primera luz cerebral, Apolo y Dionisios se disputarían placenteramente esta vida.

El genio, por modo milagroso, trae de un arcano

ayer acumulados conocimientos. Y tal don no es alegre. Ya en esta faz juvenil algo de la amargura de los frutos del Eclesiastes se delata. Diríase que prevé dificultades, incomprensiones, dudas, ignominias, malas resistencias, y que sin el gran imperativo que le hierve en las entrañas cerraría los ojos a gusto. Varón pleno, sabe que la inteligencia no es más que la mitad del hombre, y no la mejor; artista, conoce que el arte no es banal adorno de reyes y pontífices, sino suma divina de almas en las cuales todas las edades se reconocen; pensador, presiente que los pícaros interesados en burlarse de cuantos se niegan a serlo lo herirán con sus befas, y se dispone a no dar el odioso espectáculo ofrecido por tantos talentos serviles y a ser uno de esos seres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la especie humana; esclavo, sabe que la libertad cuesta muy cara y que es necesario resignarse a vivir sin ella o decidirse a pagar su precio. Por la triste experiencia innata del genio, sabe también que el dolor es la sal de la gloria y que si la encarnación terrena de Dios murió un día en la cruz, el hombre capaz de llevar en alto una chispa divina, ha de aprender a ser crucificado diariamente.

De 1872 es este retrato. ¡Fecha memorable para

Cuba! Salvado por la distancia, el joven que fijó su imagen en la gelatina sensibilizada de esta placa, libróse de caer con los estudiantes inmolados por la cobardía a la furia de una chusma deshonradora de su nación. Aparece retratado con el compañero de sus primeros balbuceos rebeldes, escamoteado también por el azar a la tragedia. Y mirándolo, cuantos no pertenezcan a ese menguado linaje que sólo llama verdad a lo percibido por sus ojos, percibirán en el rostro de nobles líneas el olor y el color de una de las más puras almas nacidas en todos los tiempos. Enérgica y dulce, he aquí la faz del que volviendo las espaldas del alma a esos días juveniles propicios a la egolatría y al placer, sólo pensaba ya en sacudir con fuerza el árbol del mundo para que lo podrido cayese.

2. IMÁGENES DE LA VIDA DURA

Carta perdida

ué feliz, amigo mío, el hombre a quien el Destino compensa en puros goces y hasta en buenos sufrimientos de haber seguido su vía sin mirar hacia atrás y sin sentirse atraído por los vergeles y los atajos que a uno y a otro lado del camino ponen mirajes de tentación! Esa es mi felicidad de hoy. La dulce leyenda del ángel custodio rompe la corteza de incredulidad para buscar el nidal de poesía sin cuya tibieza la mejor inteligencia es máquina chirriante que no lubrifica la ilusión humana. Poca ciencia aleja de Dios; mucha, reencamina a Él, se ha dicho. Y aun cuando la mía sea paupérrima, mi amor por ella es tan grande que, en pago, se me ha dado el sentirme guiado hasta esta tierra donde la Virgen morena de Guadalupe me recuerda a la Virgen del Cobre señera, allá en mi Oriente, por el Angel de la Guarda que me sacó de España, paseó mi curiosidad deslumbrada por Francia e Inglaterra y me dió

a elegir país libre desde donde conocer a la madre América, de quien, desde mi primer aliento, soy hijo fervoroso.

¡Madre América! No puede usted figurarse cómo tiembla mi pluma al escribir estas dos palabras. ¡Madre América! Todo yo temblé cuando puse mis plantas en tierra americana libre, cual si la savia de dignidad que los libertadores transfundieron a las venas de nuestro continente, subiese a las mías y suscitase en su hervoroso bullir iras y ejemplos, sonrojos y entusiasmos.

Necesitaba haber venido a este país y no a otro, para sentir desde su inmenso edificio de tres plantas donde todos los cultivos hallan tierra propicia y donde la raza de los conquistadores y una raza que mira a la Muerte con ojos orientales de remotas inmigraciones llegadas por ese Pacífico suplantado en la vida mexicana por el portillo atlántico de Veracruz, se funden en un mestizaje de extraña textura. Necesitaba contemplar desde la altiplanicie norteña, de espaldas a las tierras cercenadas por la primera lucha entre el águila traída en la humilde cubierta del *Mayflower* y esta otra águila que con el nopal es cifra de los descendientes de doña Marina y de Cortés, la América toda, la nuestra, cuya cintura de mujer se estrecha en el

istmo y cuyos pies juntos, a modo de flecha, van a clavarse en el Antártico.

Visión inolvidable, removedora, reveladora... Miles de hombres habían visto caer una manzana del árbol antes que Newton, y sólo él relacionó el hecho vulgar con la ley que hace a todos los cuerpos tributarios del centro de la tierra; así yo, no por superioridad sino por predestinación, por transmigración si usted lo prefiere, he creído ver en mi contacto con la América libre hija de España, leyes misteriosas. ¡Madre América! Si puede usted figurárselo, y por eso se lo escribo, cómo se hinchan los pulmones de orgullo al decir este nombre bajo la noble égida del Popocatepetl y del Itztazihuatl erguidos allá abajo, sobre el valle maravilloso.

Si se lo puede usted figurar, y si puede figurarse asimismo el que, tras mucho tiempo de no escribirle, hoy el nombre de usted me esperase en los umbrales de la conciencia, al salir del sueño, como vestidura del alma quitada al acostarme anoche. Y es que mi alma «pensaba» desde hace días en usted sin que el pensamiento lo sospechase. ¿Contradicción? No. Hay entre ciertos hombres túneles largos y secretos, cuyas puertas se abren de tarde en tarde con llaves de deber o de angustia. Esos hombres, llevados por las circunstancias dispersa-

doras, se alejan y rompen por días y años sus relaciones superficiales. Ni siquiera en el tráfago cotidiano se dan cuenta de que existe entre ellos una corriente, cual la ígnea que bajo los músculos del continente va desde estos dos gigantes de alma de fuego al Chimborazo y el Cotopaxi. Pero cuando la gota decisiva cae de la clepsidra, esos hombres se meten en sí, bucean hasta llegar a la bóveda en donde se ahondan las primeras gradas, y corren con las manos tendidas, seguros de hallar muy en lo hondo otros brazos trémulos.

Así yo hoy. Ni siquiera sé cuál es su dirección exacta. No importa: llegue o no a realizarse en el mismo medio del camino secreto nuestro abrazo, un poco más allá o más acá usted sentirá las palabras que digo porque me desbordan del corazón, mientras voy por la húmeda sombra en su busca.

¡Ah, no, todo no ha sido miel de buen aprendizaje en estos tiempos últimos! La vida, maestra de régimen severo, no emplea siempre la pedagogía suasoria, y, por crueldad o por ceguera, en vez de darnos con la palmeta en la mano nos da a veces en las entrañas. Trágico destino el de que la letra, y el espíritu sobre todo, entren con sangre. Todavía no he hecho más que empezar, y ya le he conocido el interior a algunos de esos seres mil veces más tene-

brosos que este túnel por donde quiero ir hoy hasta usted.

Dejé España, y apenas pisé el Pirineo ya la perspectiva del pasado adquiría nostálgicas brumas. La cuidada feracidad de las campiñas francesas me hizo sentir el dolor de los eriales españoles. Esos yermos me dieron la clave de tantas almas de las que han ido a ocuparse de las cosas de nuestra tierra. Y, sin embargo, ¿querrá usted creer que al comparar los dos campos me consideré un poco español? Misterios, misterios claros del corazón y de la raza. Y lloré esa antinomia extraña del alma española que jalona el estúpido fanatismo de heterodoxos insuperables e inspira a sus juristas aquellas ejemplares leyes de Indias que la novela picaresca, cuando no la intransigencia o la rapacidad, incomprensible en un pueblo ascético para quien las sonrisas de la vida cuentan apenas, habían de trocar en papel nulo. (Algún día yo escribiré del destino dramático de esa picaresca española que avillana ya su epopeya primigenia en el episodio de Don Raquel y Don Vidas, los judíos burlados por el Cid.)

Mi estancia en París y mi estadía en Inglaterra, ya se lo he dicho, fueron de deslumbramiento. Francia es el faro de la libertad. El azul de todas nuestras banderas, de Francia viene; cuando nuestros

caracteres se encrespan, es el oleaje de la Marsellesa el que ritma nuestros ímpetus. Su cultura nos penetra sin deformarnos, su revolución es nuestro espejo, y un poco de resonancias girondinas atruena todas nuestras cabezas. En la declaración de los derechos del hombre, a pesar de ser un eco virginiano, nos reconocemos mejor los latinos. Y con ser tan grandes los Jefferson y los Jay, los Franklin, los Lincoln, los Washington y cuantos firmaron el mesurado y firme mensaje de protesta al Rey Jacobo, el alma se nos va tras de Lafayette porque su sal de salina mediterránea disuélvese en nuestro amor, mientras que mucho del duro carbón de las tres islas, araña inmensa que extiende sus patas sobre todo el haz del planeta, queda pedregoso e inasimilable en los grandes varones rubios. Los admira nuestra inteligencia; nuestra ternura vibra más con los otros.

Esto me ocurrió en mi primer contacto real con el mundo sajón. ¡Formidable país Inglaterra! Voluntad, inteligencia: héroes de Carlyle y masa dúctil. Ser inglés debe saturar el alma de confianza. Si no hubiese más que ingleses en el orbe, yo cantaría con religioso fervor el *God save the King*. De la corona y el cetro británicos baja a sus súbditos la idea confortadora de que Dios los ha elegido para guiar la rotación política de la tierra. Y hasta su conser-

vadorismo está transido de esencias liberales. ¿Qué importa que la inspiración del hábeas corpus, por ejemplo, fuera concebida por un legista hispano, si es Inglaterra la que lo formula y practica? Mas yo nada tengo de inglés; sé lo que las colonias han sido para ellos a pesar de su inmensa sabiduría administrativa. Y como me siento cerca de cuantos padecen porque a ellos la verdad perdurable se les revela mejor, preveo que el secular milagro realizado por estas tres islitas desprendidas del noroeste de Europa, tendrá un perigeo que acaso vean los hijos de nuestros hijos. Por eso, desde sus costas, mi alma entera volaba hacia la madre América, donde, cuando en Europa exhausta al choque de las fuerzas de Oriente o consumida por su propio arder, el fuego se extinga, la civilización occidental tendrá renacimiento.

Madre América, sí. Cuanto estudié y sufrí en España, cuantos baños de libertad tomó mi alma en las tradiciones francesas, a América se dirigían. El plomo diluído en un día de Londres, me hizo añorar con vehemencias de amor físico mi cielo alto, mi luz terrible desnudadora de verdades, y hasta el calor, del cual acaba de decir Pasteur que es un amigo a veces modesto, mas siempre preferible al frío, enemigo eterno de la vida. Pero estas añoran-

zas eran demasiado egoístas. Y subconscientemente, mi alma absorbía la necesidad de realizar ejercicios de merecimiento en el seno nutriz de América. Los zopilotes veracruzanos—nuestras auras tiñosas—tuvieron para mí no presagios fúnebres, sino olvido cordial entre sus picos.

Iba de nuevo a escribir arrastrado por el tópico «que no puede usted figurarse» cuán ricos han sido para mí estos años. Desde México he visto a nuestra Cuba y a toda nuestra América en una perspectiva casi divina. He reducido a formas de razón verdades que apuntaban apenas en el presentimiento. Y he amasado con cada célula de mi ser un amor y una admiración a México que constituirán para siempre la luz de mi vida.

Ya le he hablado de los tres estratos formados por las tierras bajas, por las templadas y por las que lindan de mar a mar con tierra montañosa; y le he hablado también de las dos razas que se funden en una tercera, la criolla, que guarda de sus ancestrales remotos la cortesanía altanera y la impavidez ante los peligros que suelen descomponer al hombre. Recorriendo este gran país, que va a pagar un año u otro el error de Dios de no esculpir el talle de nuestro continente entre los Estados Unidos y la tierra azteca, se admira con mayor pasmo la fuerza racial

de los conquistadores. El Hernán Cortés que «echa de través sus naves» para cortar toda tentación de retirada, apenas si es mayor al que cada día recibe «*vara, piedras y flechas*» de pueblos innúmeros e indómitos; al que armado con arreos cuyo solo peso agotaría hoy la pujanza de un hombre fuerte, guerrea a diario, somete, intriga, se improvisa diplomático, y con las dos lenguas únicas de doña Marina y de Aguilar divide tribus, desprende pueblos de la autoridad de Moctezuma, y llega un día ante la ciudad semilacustre y aprisiona un monarca, para vencer, después de reponerse de la derrota de la noche triste, a su belicoso sucesor.

¡Magna, insuperada epopeya! Mi alma va a Cortés y a Pizarro cuanto se desvía de Colón, y no porque hayan hecho mella en mí los cargos a todas luces parciales de Juan de Aguado, de Francisco de Bobadilla y Francisco Roldán, sino porque, ni aun teniendo en cuenta los imperativos de la época, no puedo perdonar al Almirante que fué el primer hombre que llevó a Europa indios encadenados.

Fuerza era que los descendientes de los teules de acero y los indios de bronce que adoraban a Vichilobos, dieran estos hombres destinados por la Providencia a servir de baluarte a la libertad de nuestra América y de estribación incorruptible al pode-

río invasor del gran país en que el orgullo de la riqueza y del poderío sobre la materia no tardará en engendrar los desmanes de quien olvida los derechos sagrados de cuantos con sangre compraron el derecho a vivir sin ninguna clase de yugos. Así son estos mestizos de inteligencia rápida lo mismo para las especulaciones difíciles de la filosofía que para el cuento lépero del suburbio; así son estos indios que sobrellevan sobre su mutismo siglos y siglos. Y ningún cubano al rememorar a los cadetes heroicos de Chapultepec puede dejar de recordar a los estudiantes habaneros que usted sabe.

Amor y enseñanza han sido estos años para mí. En México he asistido al drama de América. Admirando a Hidalgo y a Morelos y a Juárez, he repasado las vidas ilustres de cuantos desde Bolívar el único a Nariño, a San Martín, a Artigas, a Morazán, a Sarmiento, han gobernado y creado la verdadera América—que gobernante en los pueblos jóvenes quiere decir creador. En mis noches mexicanas he aprendido que si el heroísmo de la paz, por ser menos glorioso y refulgente, es más escaso, también ha madurado bajo el cielo de nuestra América en cosechas tan próvidas que sin ellas la historia del Progreso humano quedaría trunca. He aprendido de los hermanos Cuervo y de Montalvo, de Bello y

del Altamirano profético de *La natividad en las montañas;* he medido mejor las estaturas de nuestros de la Luz, Saco y Varela, y he trabado conocimiento con otro americano insigne, Hostos, hombre de ciencia innumerable y de corazón puro, más querido para mí a causa de haber nacido en esa islita inerte bajo la opresión, en cuyo escudo está el cordero simbólico que para lavar los pecados del mundo hubo de morir crucificado. Días de amistad, de estudio, de gimnasia del alma me ha dado México.

México vive hoy en paz próspera, y, sin embargo, yo preveo que hay en sus entrañas inconformidades que van hilando las hebras rojas del rencor. De aquí mi angustia. Sólo merecen gobernar los pueblos quienes tienen menos flaquezas que ellos. Y hay bajo el grupo aristócrata dirigente demasiada miseria por curar y demasiada ignorancia por esclarecer. El indio, bajo su cobija, bebe su tekila y su pulque y come, sin salir de sí, sus tortillas parcas. Mal ensimismamiento. Si la caridad del pobre es no odiar al rico, la del rico es, en vez de echar el mendrugo ominoso, mostrar el camino de la riqueza. Y aquí hablo de las riquezas del espíritu con predilección. ¡Cuántas potencias antiguas y modernísimas palpitan en México! ¡Ojalá esas fuerzas, pre-

ciosas para la causa de toda América no se desencadenen antes de ser encauzadas y dosificadas! Si la libertad de la tiranía es tremenda, la tiranía de la libertad estremece de espanto. La mano que ha pacificado México es dura; pero los talentos para ser eficaces han de reunir, en maridaje de los dos sexos, al hombre que invade y a la mujer clemente. Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja, y crear intereses equivale a asegurar la paz. Los intereses de México son los de la América que va desde el Cabo de Hornos a la cintura de Panamá.

México es grande y merece por su posición y su actitud la gratitud de América. Tierra como de oro y de plumas, ha sufrido la primera los picotazos del águila sajona. Sobre su rostro cobrizo ha de caer en golpes de sangre y de oro la dualidad irreductible del Continente que va de Polo a Polo. Hace falta a la política la observación de las leyes naturales. Y el hombre vano quiere medir con el compás de su ambición individual espacios que la humanidad tarda generaciones en recorrer, acelerados apenas por circunstancias felices cual son las que han presidido el desenvolvimiento de la gran República del Norte. Sólo los pueblos pequeños perpetúan las guerras civiles. Cierto, ¿mas fué la guerra civil de

Norte contra Sur distinta en demasías y crueldades a todas las guerras fratricidas? Con aire descompuesto hube de decirle esa verdad y otras muchas a un escritor de esos de entendimiento mezquino que desde la superioridad de su bolsillo repleto de dólares y de su país repleto de máquinas, creyó poder juzgar tras una corta estancia en Toluca, Morelia y Patzcuano, a este gran país que, por ser tan grande, no puede vivir perpetuamente en la tragedia ni sin ella. Le dije que más ha hecho México en llegar a donde está, que su Nación en decaer desde la llama espiritual de donde vino al poderío material que hoy la ahita.

¡Madre América! Una y otra vez escribo y saboreo este nombre, para que su eco llegue a usted si nuestros brazos no se encuentran en la oscuridad del túnel. ¡Que los cubanos que viajan por Europa y por los Estados Unidos del Norte, vengan a estos Estados Unidos de México a estudiar americanismo! En México, más aún que en nación alguna, se realiza la organización dolorosa de una gran fuerza: dique para seguridad de lo latino en nuestro Continente. La civilización tiene su testimonio pétreo en las ruinas de Teosticlan y su Pentateuco en los Códices de Cospi y de Borgia, que descubren al reflexivo cuán delicado ha de ser el crisol en donde

nuestros pueblos acaben fusión para plasmar nuevos tipos de humanidad, y con cuánto esmero ha de espumarse la superficie para que la escoria quede fuera en la hora de llenar los moldes. Hoy México está en paz; pero en política lo real es lo que no se ve; y preveo, por misteriosos signos, que los dioses crueles exigirán pronto sacrificios sobre sus aras.

Para cuando esos días rojos sobrevengan, toda nuestra América ha de preparar su corazón y su inteligencia a fin de juzgar los que parecerán desmanes, con egoísta ternura. Porque el drama de México—este México viril, impávido ante la Muerte, que ilustró hace ya cientos de años la imprenta y dió a la cultura hispánica figuras como las de sor Juana Inés y Ventura Ruiz de Alarcón— equivaldrá para todos los países de más allá del istmo, por lejanos que crean hallarse, a un incendio que estallara, en noche de viento, a las puertas de la casa combustible de cada uno.

La niña de Guatemala

No ha habido medio de impedirle renunciar al puesto de profesor de literatura. La intriga encalla en donde el honor sale ileso, y quienes derribaron al cubano que regentaba la Escuela Normal liberalmente, no pudieron retener al que poco tiempo antes se presentara diciéndole sólo estas palabras: «Soy de Cuba, vengo de México con muy pocos recursos, y quisiera un puesto de profesor.» Tampoco ha habido medio de darle a la fiesta carácter de homenaje, pues él opina que así como el pecado lleva la penitencia en sí, el proceder recto premia la conciencia del virtuoso antes de florecer en resultados.

Pero el dueño de la casa, hidalgo de gran sabiduría, lo ha invitado a su mesa, y después desfilarán, en honor del huésped que pronto dejará Guatemala para ir a casarse, cuantos significan en la ciudad prez.

La comida ha transcurrido afable, cortada a veces

por melancólicos silencios: también él teme cuanto pueda tener de despedida total el convite, y acendra en intensas evocaciones sus recuerdos de la tierra maravillosa que ha sido su segundo paso hacia los silos del alma de la madre América.

¡Mágica tierra desde cuyas cumbres volcánicas se ven los dos océanos! ¡Tierra de vegetación fabulosa, cuyas ruinas atestiguan de la milenaria cultura maya y en cuya Biblia laica de Popol-Vu se guardan ecos de cosmogonías siglos y siglos anteriores a los días en que el hijo de un carpintero de Nazareth se puso a incrustar en el tronco leñoso del Antiguo Testamento retoños floridos de amor!

A la hora de la poderosa esencia chapina—ese café sin par que se cultiva a más de tres mil metros de altura—el rostro del invitado, enjuto por las vigilias de trabajo, se aclara, y a sus ojos asoma la euforia.

—Quiero—dice de pronto dirigiéndose al anfitrión—pedirle una merced: que me cambie el regalo ofrecido por otro: he visto en su biblioteca las obras de Milla, y quisiera conservarlas. Pierde y gana usted en el trueque, según se mire. No me lo niegue. El conocimiento de Milla es para mí una de las grandes dádivas de Guatemala. ¡Ah, qué exquisito café! ¡Es como si se saboreara una gotita de selva!

—Pues aquí tiene usted a la coladora—responde el dueño de la casa mostrándole una india muy anciana—. Cuando yo era niño ya era ella vieja, y ahí la tiene más fuerte que nosotros. En Guatemala los centenarios no son raros. Un nieto suyo murió precisamente en Cuba. Balbina, cuéntaselo.

La anciana avanza, vivaracha. Parece un palimpsesto vivo. Es uno de esos ejemplares mayo-kiché, milenarios adoradores del dios Huracán de que hablan Fernández de Oviedo y el fraile Pane. Y el pensar que de su misma raza debieron ser los aborígenes de Cuba, conmueve al invitado y le hace ponerle, con palmaditas de esas que se le dan a los seres débiles, la diestra en el hombro.

—¿De modo que el marido de su hija fué cubano?

—Sí *siñó*. El mío fué de mi *rasa*. Pero ella se *ajuntó* con un negro de nación, un yoroka más alto que esa araucaria, que vino aquí *migrao*. Y mi nieto hizo *toa* la guerra allá, y aluego lo mató un *cheche* en una fiesta de ñáñigos, en Santiago. ¡Maldito aquel día de Reyes que se llevó al mejor negro del mundo, *siñol!* Era más listo que la araña y la jicotea, y...

—Y gran improvisador de cuartetas y décimas, y bailador de rumba y zapateado sobre todo—tercia el anfitrión para poner término a la salmodia.

En ese instante empiezan a llegar los convidados a la reunión que ha de seguir al ágape, y ante un grupo que trasparece por la cancela, el cubano no puede refrenar un gesto de pesar. Es la noble familia de que ha ido alejándose poco a poco, con finísimo tacto. De ella, flor suprema, destaca María: sus ojos de honda y suave negrura, su tez pálida, cuanto hay de afilado, de frágil, de voluptuoso y único en ella, habría hecho flaquear la castidad de los cenobiarcas; pero la tentación de la carne se aplaca en algunos hombres bajo la ducha de la conciencia.

No es él inerte a las seducciones de la mujer: el trópico palpita en sus venas y el arte en todos sus sentidos. Sabe que sin sonrisa femenina no hay gloria completa de hombre; que ellas hacen y deshacen al varón. Pero tampoco ignora que, según ha dicho uno de los cubanos mejores, la mujer ha de ser sol de su casa y luna del mundo; y a ese dictado ilustre sigue el recuerdo de una copla popular: «¿Cómo quieres que una luz—alumbre dos aposentos?—¿Cómo quieres que yo quiera—dos corazones a un tiempo?» Y su lámpara está ya encendida para iluminar la estancia sola donde su corazón va a ser dado.

Conoce que el secreto de tanta vida desviada,

frustrada, se esconde en el desajuste del hogar; recuerda, al recordar a su madre, que la verdadera mujer de su casa no conoce el ocio, es perpetuo arco iris y atesora la raíz única de la vida; y por eso resiste a la seducción mágica de la virgen guatemalteca. Se ha enamorado joven—signo de personalidad—y quiere casarse temprano—signo de nobleza—para tener cuando llegue la hora de pedir a los demás sacrificios, un amor y un hijo tal vez a quienes sacrificar como ha sacrificado ya el hogar paterno declinante allá en la Habana.

De conocer antes a la niña de Guatemala, quizá en ella habría cifrado su predestinación a gozar del privilegio de ser llorado por mujeres. Pero en México, merced a esa ternura recóndita con que se atraen los de una misma tierra fuera de ella, halló a una cubana, y la amó con el amor doble de quien no quiere padecer terribles sueños y aspira a engendrar en mujer de su suelo un hijo a quien entregar la patria conseguida. Ella lo librará de malgastar el jugo de su juventud y refinará su talento. Le ha jurado fidelidad—esa fidelidad que no consiste sólo en no jugar en amor a juegos prohibidos—, y si cuando promete es para toda la vida, cuando jura es para más allá del límite humano.

Sólo así podía ser desdeñada la viva flor guate-

malteca, girasol injerto en sensitiva, que se mustia hacia su corazón. La imposibilidad de confluencia viene de esa falta cruel de sincronismo que plasma en estas dos expresiones trágicas: «Demasiado tarde», «Demasiado pronto».

Tarde ha llegado ella a la existencia de quien está ya enlazado para siempre, y él no puede hurtar con villanía la fruta sabrosa so pretexto de que faltan para cerrar su compromiso una bendición y una firma, y no hay perro de guarda a la libertad anhelosa de inmolarse. ¡Menguada honradez la que necesita cerraduras y sólo deja de tender las manos a las cosas inapetecibles! Mucho se ha de esforzar. Mas ha dado la mano al General, su padre; ha recibido hospitalidad en su casa; deja en Guatemala cien cariños prendidos, y permitir que los sentidos le usurpen la acción de la conciencia no sería digno de él.

En los vaivenes de la fiesta, la muchacha—falena alucinada—gravita hacia la luz de sus ojos. Él la rehuye. ¡Esgrima dolorosa la que sólo puede esquivar! Helo aquí en un grupo. Hablan de la poesía del pueblo, y él se mezcla y toma la palabra en seguida: Tiene miedo al silencio. Pronto traza con pinceladas seguras el cuadro de la poesía campera, y recae en la décima, su molde favorito. De la somera men-

ción de Espinel y Torres Naharro va a la fuente arábiga de los troveros andaluces y después, en rebotes sucesivos, a sus ecos americanos. Sin demasías, luego de halagar la ansiedad de todos, su acento se intensifica al recitar algunas décimas célebres del cura Papacho, del Cucalambé, del Hijo del Damují, de Tejera y de Fornaris. Pídenle más al finalizar cada estrofa, y tras la de «Pensaré en ti, vida mía» y «Besar la cruz es pecado», llegan las anónimas de carretero y esas otras de campamentos en las cuales la firma puesta con sangre exime con creces de cualquier retórica falta. Las décimas de Roa, frescas aún de olor a manigua, obtienen gran triunfo. Él las recita con gracia, imprimiéndoles el dejo popular, acentuando intenciones, borrando ripios, marcando con tenues movimientos de cabeza la garbosa cesura de los versos. Todos los ojos están pendientes de sus labios. Y dos muy tristes, muy negros, muy profundos, cada vez que logran bañarse en el haz de su mirar, quedan en éxtasis, como relámpagos paralíticos.

Sigue la fiesta y sigue el Norte huyéndole a la brújula; pero no hay rápido acero que pueda escapar a un corazón imantado ni audacia que supere a la de una mujer pura enamorada. Temeroso de que se descubra y de que salte de las sombras del

pudor y del recato, con ridículo para él y mengua para ella, el secreto afán, el invitado se dispone a partir. Los ojos cansados de estrangular lágrimas, desde lejos lo imploran.

Para retenerle mejor, la niña de Guatemala se ha sentado al piano. Él sólo ve, a través de la ventana abierta a la tarde primaveral, su cuerpo, su nuca abatida, su negra cabellera y las manos que a uno y otro lado del cuerpo se confunden con el marfil. Las gotas de música salpican exhortadoras la seda del véspero, y él entiende que quieren decirle: «Yo te he oído con el alma cuando tú hablabas de la poesía de tu tierra... ¿Serás capaz de irte ahora que yo voy a hablarte, sin palabras, de mi corazón?»

Y se acerca. El magnetismo de su presencia baja a los dedos, y uno de esos adagios tempestuosos de Beethoven transforma cada cuerda en un nervio que sufre. Todos han quedado allá, en el patio, hasta donde no llega el lamento. El crepúsculo trata en vano de restaurar con brasas el día que va a morir. La música es tan pronto suspiro, protesta, imprecación, eléctrico arder de los sentidos, alma prístina sin contaminación de barro. Y él entiende, entiende la letra múltiple y única que no fué puesta bajo el pentagrama.

Cuando el postrer acorde se devora a sí mismo en el silencio, algo parece que va a romperse entre los dos. Los dedos en un instinto defensivo de la materia vuelven a devanar otra madeja lírica, y ahora la voz, apropiándose de un antiguo dolor, expresa dislaceradamente el suyo. Palabras de pasión fijan el sentido del vago lenguaje de las notas.

Es, apenas, un hilo sonoro que sale de las entrañas y se modula en los labios para no asustar al oído. La patética melodía de Monteverde desarrolla su angustia: «Lasciate mi morire...» ¿Qué quieres que me conforte en esta suerte dura, en este gran martirio? ¡Déjame morir!... ¡Déjame morir!» En su elegíaca sencillez pone la voz esa perfecta llama de amor en la cual es la carne cera y el alma pábilo. El lamento alumbra la sombra. Urge obedecerle y huir: dejarla morir es más caritativo que salvarla para la vileza. Un minuto más, y acaso, como pasó de la música a la palabra pase del cántico a la confesión, destrozando diques. Él da un paso hacia atrás. Algo jactancioso, del macho, le dice al hombre: «¡Cuán infinitamente dulce sería inclinarse y—¡culpable o no!—recoger de esa boca abrasada la caricia común a todos los cariños!» Imposible: ¡Otro paso atrás! Aquel beso sería un crimen, una herida incurable. Sólo cabe huir. El carácter agarrota los

deseos, y los labios truecan el anhelo de beso en apretado rictus merced al castigo de los dientes. ¿No era así como en la Tebaida domaban con cíngulo nudoso sus carnes encabritadas de voluptuosidad los cenobitas? Otro paso hacia atrás. (¡Hombre, hombre!, ¿por qué has de sentir a veces vergüenza del bien y le has de poner motes grotescos para triunfo de la perversidad?) Con voluntad heroica piensa en su prometida, en su patria, en un renuevo de su ser que, cabiéndole en la palma de la diestra, lo cure de todos los males. Y a la mujer que aguarda, y a la patria, y al hijo inexistente todavía, consagra la abstención tantálica. Huir... Huir. ¡Qué valor se necesita para esta fuga!

Cuando entra, de espaldas, en el patio, densa lluvia de sudor sale a su frente. En la habitación, cabellera y piano se funden con la noche, donde lo lunar del teclado y del cuello sigue desgarrándose en sollozos y en música.

María, niña de Guatemala, ¡cómo lo odiaste en la fiebre que siguió a tu sonrojo! ¡Cómo lo volviste a querer en seguida, más mientras más se separaba de ti; cada día con nuevas profundidades según se alejaba de tu casa, según se fué en busca de la otra, según volvió con ella para no pisar más tus umbra-

les ni dirigirte aquella su palabra a cuyo musical magnetismo caían tus pudores como ante el sol la niebla! Le amaste sin eclipses desde el primer encuentro hasta tu estertor último. Tú eras también ser de un único amor. La gran palabra calumniada y falsificada era para ti lo que fueron todas las grandes palabras para él: vaso donde echar el jugo íntegro de la existencia. Por eso prefirió perderte a mancharte.

Y cuando supo de tu mirar al cielo y de tu lento caer hacia la tierra, no tuvo remordimiento sino tristeza noble. Y por no haberte podido estrechar en los brazos te estrechó en el corazón y, vivificándote en él, resucitó tu entierro y dió al arte, para siempre, tu figura romántica en un cuento floral donde al compás de la rima pasa tu cadáver entre jazmines, resedas y lirios, a la sombra de angélica ala.

El cortejo de octosílabos te lleva desde el lecho virginal a la fosa. Moriste de amor, pero el amor te resucita. Van por la poesía tus exequias sin fin: blandones, llanto, acompañamiento de obispos y de embajadores. ¡Entierro incomparable! Y el ritornelo lo detiene de tiempo en tiempo para recordar a los impuros que hay quien muere aún del mal de Julieta y de Isabel la de Marsilla, y que a ti te cupo ese funesto privilegio.

«La niña de Guatemala, la que se murió de amor»—cantan los versos igual que tú cantaste con palabras diferentes y antiguas: «Se entró de tarde en el río,—la sacó muerta el doctor;—dicen que murió de frío,—yo sé que murió de amor.» Sólo la gran consoladora de la guadaña podía acorrerte en tu martirio. Callado, al oscurecer lo llamó el enterrador para que viera por vez última a la muerta del mal divino que no se puede padecer en el Infierno. Todo ello fué mezcla de realidad y ensueño, exacta mentira... Niña de Guatemala: tu entierro pasa sin pasar nunca. Sólo una conciencia y un arte supremos podían haber preferido tu muerte a tu escarnio y haber embalsamado tu suave hazaña de morir de amor con las incorruptibles esencias del verso.

A Historia consigna que, al firmarse la paz del Zanjón, regresa Martí a Cuba. Queda todavía un núcleo exasperado de patriotas renuente al pacto, y el alma del que torna a pisar el suelo con planta apesadumbrada, no halla en la reintegración, por seguir con el anhelo a ese grupo, el disfrute pleno que el relacionar a los seres por donde vino al mundo con la esposa y con el hijo de su amor, debió producirle.

Su pensamiento no consigue retraerse ni una hora al egoísmo individual. Sólo fructifican en la victoria las semillas sembradas en la guerra, y como el laboreo cruento no fué lo intenso y hondo que era menester, parca es la cosecha de beneficios. Su dolor, empero, nada tiene de acusatorio. Si ni siquiera al español moteja con palabras irreparables, irá a caer en el pecado fratricida de llamar viles a los hombres de su misma tierra que aun esperan de la moderación y a los que tras heroica brega depu-

sieron machete y rifle al sentir flaquear a sus hermanos? Porque conoce las fatalidades que entorpecen los lentos partos de la libertad y porque admira el denuedo y el sacrificio puestos en el paso belicoso ahogado por las negociaciones de Martínez Campos, su descontento se orna de gratitudes. Solo los espectadores parasitarios se complacen en la estéril incontinencia del reproche.

Dice Renan que ningún honor iguala al de ocupar, ya hombres, sin mancha, el lugar que ocupamos cuando éramos niños. Así el repatriado todavía sin patria, con el renuevo directo de su estirpe, acude al hogar que bambolean los cierzos de la estrechez. Los consejos y el apoyo prestados desde lejos de poco han valido; de poco valdrá el desprendimiento con que, a partir de entonces, habrá de mermar las escasas ganancias de un trabajo que por ser de esencia divina merecerá escasa moneda acuñada. Pobre ha de ser la casa de sus padres y pobre la suya. No le pesa. Ni los santos ni los héroes ni los sabios, atesoraron nunca. En toda fortuna acumulada la dureza de entrañas, la cautela y el tesón brillan más que el oro. Si se nace pobre y con afán de crear, no hay tiempo para hacerse a la vez sabio y rico.

Restituído a Cuba, el júbilo de ver ablandarse a sus padres con ese dulce desquite de ser abuelos que

da la Naturaleza a los ancianos; la ventura de ver abrirse en su hijo las primeras flores de la maravilla; el goce de respirar el aire patrio y de acariciar con todos los sentidos cien rincones deudos de su alma de poeta, tienen en su subconciencia inequívoco carácter de tregua,—de tregua muy corta. La marcha de su destino impone jornadas enormes, y la sombra fresca del oasis no aparta de su visión intrarretiniana, casi de su deseo, las arenas ardientes que será imprescindible atravesar con sed y fatiga para llegar a los vergeles perdurables.

Trabaja. Toma físicamente todas las medidas que en otras existencias tienden al afincamiento; pero los músculos de su alma se aprestan a no dejarse cubrir por las grasas de la comodidad, a fin de mantenerse elásticos para la hora del salto. En vigilia y en sueño su mente realiza la difícil gimnasia de la protesta. El hábito crea una apariencia de justicia y él no quiere enmohecerse. Cultiva las cicatrices de su pierna y las de su espíritu para que no se cierren por completo. ¡Delicada tarea la de fermentar los recuerdos de sus sufrimientos físicos, de las dos operaciones sufridas, de la sombra ominosa de la ergástula y de la luz triste del éxodo, hasta el punto justo en que vaya a dejar de ser dignidad para convertirse en rencor ávido de vengarse! Pero en el

crisol de su alma jamás nada se impurifica ni se desborda. Ni siquiera se ufana de haber sido señalado por el dedo exigente de la Patria: quiere ser, sólo, un cubano sin mengua. Y por eso escruta el horizonte político para otros lleno de aurorales celajes. Él lo ve oscuro, eléctrico: En donde el optimismo miente olvido, esperanza, pequeñas seguridades recobradas, él percibe provisional alto y ocasión de tomar nuevas fuerzas en las fuentes prístinas del amor a la tierra nutriz.

Lo que ciega a los hombres y les hace llegar demasiado tarde o demasiado pronto a las citas históricas, es la preocupación de sí mismos. Él no la tiene. Está tan ausente de sí en las aspiraciones mezquinas, que pasa con pura incompetencia por entre la abogacía que mana oro, y, apenas repuesto de las fatigas del regreso, olvida a menudo el camino del bufete y sus tareas voluntariamente subalternas, por seguir el de la calzada del Monte, donde, en casa de cierto platero, empieza a juntarse el rescoldo de la conspiración.

El cubano—piensa—ha de ser ferviente como un apóstol y sagaz como un indio. Así trata él de ser; mas no ignora que los ojos del espionaje no se cierran, y que pronto su vida volverá a semejar isla en mar de amenazas. No le importa. Conoce cada

uno de los riesgos. Su imaginación le sirve para amplificar todas las perspectivas. Sabe que las promesas y las risas del triunfo no excluirán, cuando el barniz de generosidades caiga en los primeros choques contra la realidad, las rudas interioridades. Quien manejó la yaya feroz y volteó las campanas para que la voz del bronce apagara quejidos, no ha de avenirse a manejar la magnanimidad. Las almas de querubín no van envueltas en papel de tratados. Mientras más lee, mientras observa más, más se afianza su convicción de que Cuba es apta para la conquista y el mantenimiento de la libertad. Pero su fe no le impide abrir los párpados ni su anhelo le enturbia la vista.

La guerra es menos fácil cada vez. Cada país hermano está en su propia fragua afanándose en consolidar los puntales de su soberanía. Y la hora no es ya propicia a las ofrendas a un Marte justiciero como aquella en que el Continente piafaba aún cubierto de espumas de la carrera en que Bolívar y San Martín pasearon el estandarte del Sol. Algunas libertades se han trocado en libertinajes y las armas se mancharon en algunas repúblicas con sangre de Abel. Cuando, pasada «la hora de los peligros», empezó «la de las dificultades», la codicia y afán de poder asomaron sus fauces por sobre

los osarios insignes. Y hay mucho que reparar en la América no libre aún de lo peor de sí para que pueda dársele ayuda al irredento. Y los bizcos de alma miran sólo al error a fin de mermar las voluntades generosas capaces de ayudar a la liberación del último pedazo del Continente todavía esclavo.

Si el cumplimiento de los deberes cortos bastase a su conciencia, bien podría mantenerse en esa hostilidad discreta del hombre al par descontento y sumiso. El país, pródigo, le daría sustento, y el estudio de que tiene inextinguible sed, consuelo. Pero ninguna transacción con el gran deber le es posible. Nada han podido las debilidades paternales, los incentivos de la esposa, el claro imán de los ojillos del hijo en quien piensa hasta en sueños. La rebeldía oblicua no es para su alma franca. Escribir no le basta, murmurar le repugna. A la lanzada al sesgo de aquella dedicatoria enconada dirigida a Fernando Séptimo por Heredia, prefiere la palabra sin antifaz. No sería Heredia el mismo para él, a pesar del fuerte acento de su musa, si después de haber errado de Estrampes en Agüero y de Plácido en Benavides su inspiración no hubiese tronado en Yara entre cien brazos tendidos al cielo. Riachuelos de poesía pasan por su corazón para afluir al de

su renuevo filial; pero de cuando en cuando el estrépito del Niágara apaga céfiros y suspiros. Se teme a sí mismo. El laborantismo le sale a las pupilas; las cautelas se le desbocan, cual aquella memorable noche del «Liceo de Guanabacoa» en que su palabra esplendió por sobre la pasmada curiosidad del auditorio lo mismo que el penacho de una palmera.

Dondequiera que hay dos conspiradores el tercero es él. Del brazo de un negro se le ve cruzar el parque de la India a pasos seguros; codo a codo con un mulato injerto de carabalí y chino se le ve entrar en una accesoria en cuyo patizuelo una malanga de enormes hojas y savia picante se abre. El mismo ardor de años atrás, cuando los tuertos de espíritu podían achacar su conducta a irreflexión semiinfantil, lo mueve ahora que su cuerpo recuerda todavía los castigos y sabe de los muelles de la sensualidad; ahora que por igual necesitan su apoyo padres y hermanas, mujer e hijo. La húmeda sombra del calabozo y la frialdad trashumante del que ha de vivir desde entonces entre equipajes a medio deshacer, sintiendo en el alma «el peso terrible de la extranjería», se le representa al término de cada jornada. Y una carta de José Antonio Saco, escrita desde Italia, le da una visión tan dolorosa de

este riesgo, que su acción se multiplica y pierde toda prudencia, para merecer el castigo mayor.

Vano intento. Los hados velan sobre su existencia preciosa. No es que rehusan el sacrificio, es que lo difieren hasta que la fruta-alma madure en el árbol-cuerpo para ejemplaridad de humanos cultivos. Cuando la hora suene ya cargarán el arma maldita. Ni su continuo conjurar, ni el público elogio que hace en su casa de huéspedes, ante militares, del militar excepcional que echó sobre sus hombros la tarea noble de defender a los estudiantes de Medicina cuando la consigna era entregárselos a los chacales del populacho, precipitan su caída. Y durante unos meses, como si los dioses quisieran dejarle el tiempo preciso para acendrar los sabores más hondos de la tierra, va entre palabras de fuego y bravos actos, protegido por una suerte de atmósfera impune. Esa atmósfera se rompe un día, y a modo de dramático laberinto se le presenta la vida de súbito. Ha bastado una delación o un atisbo de los pachones de la tiranía para que, de nuevo, vuélvase a ver en la misma encrucijada adversa.

En partida de registro se escribe su nombre, y otra vez sobre el vaivén del oleaje contempla, a proa, el mar ancho tras el dedo enhiesto del Morro y, a popa,

la ciudad calcinada bajo los haces flamígeros de sol.

Va a partir, por última vez inerme, de su tierra, y deja en ella su vivo tronco, el ramaje abrigador de su juventud y su retoño desvalido. Su viaje no será ya un destierro, sino una amputación. Pero no es hombre a quien gusten las anestesias, que si suprimen el dolor suprimen la conciencia también. Sufre, y ninguno de los músculos de su alma ni de su faz se turban: ni la mueca ni la sonrisa, por igual delatoras. Sufrirá lo que sea preciso: ni menos ni más. Lleva la estrella y la paloma en su corazón despedazado de dolores. Corazón-Fénix reconstruído tras cada desgarramiento por la curativa alegría del deber.

Va en silencio: No hablará en Cuba nunca más sino con el bosque de escenario y los estribos de tribuna. Nutre en su voluntad el propósito de escapar de España para dar un mentís a cuantos propalan que en el alma cubana existe un duendecillo empleado en avivar las malas prendas y sofocar la virtud. No tendrá lástima de los suyos ni de sí, que la compasión suele ser a menudo gran obstáculo, y de compadecer se llega a esa especie de frialdad que permite ver lo malo con calma y lo poco bueno con miedo a perderlo. Padecerá sus dolores personales tan pudorosamente que muchos lo creerán insensi-

ble. La misma seguridad del enfermo exige que la sensibilidad del médico y la suya sean distintas.

Siente transmigrada a su ser, sumada a la suya, el alma del suicida sublime que libertó a sus esclavos, empobreciéndose, para enriquecer el primer censo de la república cubana. Esa alma y la de todos los soldados cívicos dispuestos a poner a la espada el genio de hoja y de puño la ley, acrecen la suya.

Porque miles y miles de vidas anónimas constituyen el aceite de la lámpara puesta ante el altar de su patriotismo, se considera un privilegiado: privilegio de acción, privilegio de sufrimientos. Verse otra vez en la misma encrucijada del laberinto no lo exaspera ni le da la sensación deprimente de haber perdido tiempo y esfuerzo. Sabe lo que deja, a lo que va, y cuáles son los guijos agudos de que está empedrada la ruta. Es de los que no menguan con el dolor. Así, más arrogante y alto parece cara a tierra en el instante de levarse el ancla. Cuando la grandeza no puede emplearse en los oficios de la caridad y excelsitud de que se alimenta, devora a quien la posee. El genio y el carácter son préstamos de la Naturaleza, que hay que devolver.

Caridad para su familia tendrá, y familia suya considerará siempre a cada cubano desvalido. En

cuanto a grandeza, la magnitud de la obra que lleva entre las manos del espíritu es tal, que sólo los zahoríes descifradores de destinos pueden con la fe y la imaginación sacarla del área tenebrosa de lo imposible.

Diálogo del enemigo leal

España, halló siempre para hablar de América acento inconfundible con mucho de profeta hebreo, algo de De Walt Whitman y lo demás, lo mejor, tan suyo que nadie antes ni después de él lo ha tenido. En época propicia habría tratado siempre de buscar cauce a la obra revolucionaria para que no violentasen las presas de la previsión. El San Martín que dijo: «Dirección y unidad»; el que tras crear oficiales y fundir cada soldado uno a uno, como joyas, y alzar al rayo de sus ojos tres naciones libres, salió torvo de la entrevista de Guayaquil dejando al héroe máximo en pleno baile, resplandeciente de victoria, para despojarse de su banda blanca y azul e iniciar pobre y grande su destierro, era sagrado a su inteligencia. Conocía y temía los errores del genio por sobrellevar la carga de un lote genial. Su aspiración democrática impelíalo a buscar el consenso de las modestas opiniones sumadas. Había aprendido en Heine que nada irrita tanto a los hombres como ese divino malabarismo con que algunos meten pedazos de mañana en el hoy; pero en el espejo de su conciencia, a solas y sin vanidad, reconocíase las facciones de anticipador de futuro, y en espera de completar la obra del que murió de la ambición de ahorrar un siglo de titubeos dolorosos al continente que se sacó de las entrañas, ponía fre-

nos a todas las potencias no encaminadas a encender esa chispa de generosa cólera sin la cual las tiranías serían eternas.

¡Ah, nadie mejor que él conoce los repliegues más íntimos de los fastos americanos! Preguntadle de Anacaona o de Guahtemoc, de tal obispo oscuro o de tal regidor déspota, y veréis la granada de su memoria abrirse en detalles. Parece que con todos ha vivido; que, testigo oculto, asistió a la gestación de los días aciagos y de los venturosos. Sea de Panamá, la más nueva y artificial de las repúblicas; sea del lusitano Brasil, cuyas selvas vírgenes tardarán aún siglos en ser violadas, o de Costa Rica o de Colombia, la que con más rigor ha guardado la fe y la lengua madres, o de El Salvador o de Honduras, él os dará esos datos cardinales de quien no se deja extraviar por adjetivas apariencias. No es el suyo el conocimiento enumerativo, sino el conocimiento vivo, en constante función al par creadora y crítica. Cuando de lo doctrinal de los prohombres y las efemérides americanos se trate, lo hallaréis infalible. Los Monteverde, los Ricaurte, los Sucre, los O'Higgins, los O'Leary, los Girardot, los Piar, los Páez y cuantos ayudaron a sacar redimida a América de bajo la casulla de Torquemada, adquirían en sus evocaciones palpitación nueva. Preguntadle de las haza-

ñas de Juan Pablo Duarte o de Sánchez, pedidle una silueta del extraño Samuel Robinson, mitad estrafalario mitad iluminado, que sembró en el alma moza de Bolívar y lo llevó a jurar sobre el Aventino en términos que presagian el delirio sobre el Chimborazo, y obtendréis siluetas magníficas movidas en paisajes de una veracidad escultórica y pictórica digna de los modelos. No hay detalle de la flora y de la fauna continentales fuera de su memoria. Sin titubear os dirá cómo San Martín pasó los Andes con la mente y no con el brazo, y qué día concertó con Cochrane la primera expedición náutica interamericana. Si salta en la conversación o en el discurso o viene a los puntos de la pluma, sabréis cuán a fondo conoce la vida de Nariño y la de Artigas o la de Morazan o Villaseñor. Y no sólo conoce los sucesos históricos y sus protagonistas de América, sino que, filósofo de la Historia y artista, detiene su interés en esos episodios de aspecto subalterno que sirven de estribación a los primarios y en esos otros héroes pudorosos del pensamiento, o de la acción, que parecen echarse a un lado cuando pasa el viento sonoro del renombre. Prehistoria e historia, leyenda y realidades comprobadas, saturan su alma. Los sitios de recreo de su espíritu son los campos de Carabobo y Ayacucho. Y puesto que

revivir y privivir es el privilegio no siempre alegre de los hombres divinos, tan pronto tercia de modo imposible en la plática del gran argentino y el gran caraqueño, como asiste a lo que acaeció en Maipú, aconseja a Eloy Alfaro o va, por cuanto tiene de niño y de epígono del genio febril que pasó dos veces la cordillera inaccesible, a saltar una y otra vez sobre la losa musgosa del Tequendama.

Así, en estos dos años de acción suspensa reseñados por sus biógrafos, su alma no cesa de viajar ni una sola hora. Río subterráneo, en las entrañas de América se fertiliza, y cuando renace a superficie, sale más caudaloso y potente, porque el petróleo de México le ha dado presión, brillo los oros peruanos, frígida amargura las sales de Chile, verdura de esperanza las esmeraldas de Colombia y morenez trigal las pampas.

Muchos días de esos dos años al par tumultuosos y recoletos, los habrá pasado en la biblioteca de los hermanos Cuervo o estudiando los *Siete tratados* y las *Mercuriales;* y se ha sentido romántico con la *María,* de Isaac, y ha percibido la expresión genuina de la vida ya desligada del coloniaje en *Facundo* y en *Martín Fierro.*

Sus trabajos son oscuros y sus sueños esplendorosos en estos setecientos treinta días de subterránea

fecundación. Si sufre de saber que, allá en la Habana, su madre haya de vivir en casa ajena, los consuelos de esta insigne familia de creadores lo estimulan y apartan de toda mengua de ánimo basada en reveses individuales. Para el dolor como para el amor tiene figuras tutelares. ¿Qué pueblo al libertarse no deja en el recuerdo una teoría de madres dolorosas con los corazones apuñalados? Y en la misma pasión sexual, tan íntima y tan ciega, la abnegada Mercedes Barego, la de Arizmendi, la hija de Juan de Mena, la brava paraguaya que se quitó el luto para festejar la muerte gloriosa de un patriota, y la de la virgen que fué al cadalso por conquistar a su novio para la rebelión, ponen tras de la cabeza besada un friso de heroínas de América. Precisamente durante ese eclipse adquiere la conciencia cardinal de que el hombre de actos sólo respeta al hombre de actos y de que el mundo no crece por descubrir cómo está hecho, sino por el esfuerzo de cada uno para averiguarlo.

América llega a ser para él piedra de toque a cuyo contacto cada idea descubre su secreto molecular. Y Cuba, al término de cada una de estas meditaciones cordiales, surge a modo de ápice supremo, aislado del núcleo continental por los dioses, a fin de que, distraída por el abrazo estrecho y sonoro

del mar, no tuviese demasiada envidia de tanta independencia lograda.

Si a todas las naciones desgajadas de España las quiere por igual, hacia algunas siente esa preferencia de la simpatía que acerca al padre hacia tal hijo sin apartarlo de los otros. Este magnetismo cordial viene de tres causas: del esfuerzo por conquistar la libertad, de la dignidad de su disfrute y del eco que haya encontrado en su conciencia el debatirse de Cuba contra sus opresores. Adora a México y venera a Venezuela, abuela de la libertad. Siente la compatibilidad de la grandeza espiritual y de la pequeñez geográfica cuando piensa en la República Oriental y en Santo Domingo, corazón indómito de las Antillas, Esparta del Caribe, el pueblo que más veces ha conquistado su independencia y que, pródigo de caudillos, dió a Cuba uno de los grandes obreros de su libertad. Nunca hablará de estos cuatro países sin una suerte de exaltación sagrada.

Por Bolívar tiene culto: semidiós, astro, meteoro, antes de llegar a lo que en otros es el medio de vulgar camino de la vida, realiza en todos los órdenes de la acción hazañas capaces de crear los mitos de cien Hércules. Y Martí, su hijo anímico, pierde la serenidad al hablar de él cual si estuviera en la atmósfera de un fenómeno cósmico. En el crear, en

el batallar, en el amar, en el vaticinar, en el renunciar, hasta en el errar y en el saborear ceniza antes de su muerte temprana, lo halla por igual magno. Bolívar es, con la multiplicación del genio, su Cid; y Sucre, con la multiplicación del talento, su Alvar Fáñez Minaya.

En cuanto a Venezuela, ¿por qué sino por haber dado su savia a la libertad del mundo descubierto por el alma codiciosa y pertinaz de Colón la eligió por segundo asilo en su éxodo? Venezuela, donde los montes plegados parecen más que dobleces de la tierra los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al Cielo de sus batallas, le era ya querida como madre antes de tocar su suelo; y cuando vive su vida de azares políticos piensa que por haber amamantado al rompedor de tantas cadenas, recibirá de las fuerzas del mal, en venganza, las más ominosas tiranías. Al Uruguay lo diputa ejemplo de cómo un país pequeño ha de conducirse para no ser remedo de nación. Tras la figura tutelar de Artigas cuenta estadistas dignos de este nombre, congresos conscientes de la responsabilidad de sus mandatos. Suiza, pacífica y burguesa, atenta a sus vacas, a sus relojes y a su turismo, no puede ser comparada a esta república tan encrespada de pasiones, único país en el mundo donde los gobernantes no

han aguardado a la necesidad gruñona del pueblo para captar al porvenir leyes que sirven de espejo a la civilización. Y a Santo Domingo, hermano siamés del oscuro Haití, hermano separado por el mar de Cuba, se siente unido por una ternura donde al conocimiento de su historia—semillero de héroes—se une, quizás, el presentimiento de que su tierra será el trampolín que le permita saltar, en mortal salto, ¡ay!, hacia Cuba.

No hubo vibración americana al toque de la cual no palpitase esta alma hija de la espada de puño de oro que llamó a la puerta del templo de la gloria para asombrarlo. En él un recuerdo trae a otro, y ditirambos y diatribas brotan con igual brillo. Si piensa en las extensiones sin fin manumitidas por llaneros y negros, por indios de cien razas y por europeos avergonzados del mal hecho en nombre de sus jerarcas a la civilización, las ve bajo el signo de nueva tierra prometida, y llama a ellas a todos los hombres, no importa si de clima boreal o tórrido, capaces de convertirse en raíces por virtud del trabajo; pero cuando piensa en la América de los ignorantes y los logreros, en las Indias «engaño común de muchos y remedio particular de pocos», según se dice en una novela ejemplar, su orgullo se encabrita para pedir que no se dé sitio junto al lar ame-

ricano a los buscavidas y ladrones sin blanca en la bolsa ni blancura de amistad en el corazón. Él, tan modesto, tan tímido, exclama ante los detractores armados de ignorancia y de mala fe: «¡Estudien y respeten!» Y no hay ocasión en que de la boca o de la pluma no le fluyan palabras elocuentes en loor de las tierras, de las instituciones y de los hombres de América toda, hasta de la menos suya: de la próspera del leopardo y del águila que vive entre los hielos de Alaska y las planicies robadas a México.

Cuantos países lo cobijaron recogieron cosecha de gratitud. Ningún venezolano cantó a Venezuela con estrofa tan filial; no hay colombiano que haya dicho de Colombia los loores que él dijo. La juventud de Caracas que lo conoció en la tribuna, en el coloquio íntimo, en la escuela de oratoria y en la preparación del único número de su *Revista Venezolana*, lo recordaba años y años después como se recuerda un Abel de milagro; en México, a los tres lustros de su paso hablábase de él cual de un hermano recién ido. Si quienes no lo conocían no podían admirarlo sólo y lo querían, los que habían estado en la zona divina de su bondad lo evocaban a manera de vivo oasis. La terrible ley humana del olvido quebraba en él: ni olvidaba ni se dejaba olvi-

dar. En medio de problemas de esos ahuyentadores del sueño y de la sonrisa, hallaba paz para escribir la carta férvida al amigo y la apostilla generosa al libro de mérito. ¡Cuán próvido pago de hospitalidad a la tierra de Cecilio Acoste hay en esa necrología, suma de saber y de ternura, que cuenta entre las más bellas páginas salidas de su pluma! Ezquerra, Proaño, Rafael Seijas, Eloy Escobar, Gutiérrez-Nájera, el haitiano Heraux, Domingo Estrada, Marco Aurelio Soto, Juan J. Peoli, Calcaño, Vicente G. Quesada, el anciano Peña y otros cien, obtuvieron sendos comentarios de esos que ensanchan el horizonte de hermosura de la obra que los suscita. No ha habido filántropo en todo el Continente que diese más que él.

América es su obsesión y el *leitmotiv* de su canto, igual que Bolívar era su Hombre-Norte.

Al contar la miríada de los méritos, las hipérboles entraban merced a su genio en los cauces estrictos. Varias veces, en la tribuna, desarrolló enumeraciones que son panorámicas cintas de la grandeza americana. Su discurso en la velada de la Sociedad Literaria Hispano-Americana y el pronunciado en honor de Venezuela contienen maravillas que el gusto mudadizo de los tiempos y las circunstancias en que se produjeron no mustian ni un punto. La

pugna de Chile contra el Perú y de la Argentina aniquilando al Paraguay heroico, que superó en su resistencia a los ejemplos clásicos, lo preocupan y entristecen. De una parte el primer zarpazo dado por el águila sajona y de otra la lección del Callao, le dicen que la América que sola se levantó y peleó, sola ha de salvarse. Atiende a todos los signos y ve la significación de la existencia implícita a las lágrimas derramadas por los aristócratas ante el cadáver de Juárez. ¡Al fin ha fraguado el orgullo de aquel otro gran mexicano que completó su firma, en versos dedicados al borinqueño-cubano Betances, con estas palabras: «indio americano y demócrata»! —Se dice. Y sella sus meditaciones y su admiración de toda la existencia al forjador de diez y siete países libres, en aquella oración de tan cabal hermosura que no es posible reducirla a extractos ni conocer del todo al creador del Nuevo Mundo sin conocerla.

Y si así habló de la América ibera y del hombre divino que vivió entre llamas como otra llama más ardiente, ¡con cuáles acentos de ternura subrayó la evocación histórica de los países que fueron fraternales para su patria y la de los hombres empeñados en la tarea de completar la libertad de América! No sólo su hospitalidad, sino la de sus amigos descono-

cidos, la pagó en moneda de imposible quebranto. Al mismo Bolívar, cuando comenta el frustrársele por primera intromisión de los americanos rubios en los destinos de la América morena el proyecto de ir a plantar en el Caribe el estandarte engendrador de soberanías, algo le añade de más entrañable. ¿Y de Páez? Su esbozo del gran llanero no admite parangón. Son unos trazos y está en ellos íntegro. Dos pormenores adquieren en ellos sentido: Por vengar a su caballo da en La Mata una de sus cargas formidables el que no admitía que ni por la disciplina más estricta pudiera transformarse la espada del soldado en cuchilla de verdugo; por vengar a su negro Canejo soltó las riendas y enristró la lanza en Carabobo. Coincidencia feliz: Así como Lamartine tuvo el águila y Hugo el león, Martí tuvo el caballo. El Gattamelata y el Coleone son sus estatuas favoritas, como sus pinturas los lienzos velazqueños donde los magníficos brutos, también escultóricos, superan la belleza de los jinetes. Y en su afán constante de propugnar la igualdad de las razas, ha sido siempre el negro, el negro expoliado, el negro arrebatado a su Africa y echado a podrir en las sentinas de los barcos, el que le ha dado la medida de la traición de los europeos a la ley de Dios.

No puede sustraerse el hombre de alma activa a la religión. Martí transforma el rosario monótono de los estrados habaneros en laica plegaria. No le hacen falta campanas para sentir el toque de oración, y a su llamada desgrana cuenta a cuenta el rosario. Ningún país, por chico o por extraño a nuestro idioma, como las triples Guayanas y Jamaica, dejaban de tener en este engranaje de complejas preces su estación. No era rito con herrumbre de hábito, sino oración siempre viva, siempre nueva; oración ligada por maceraciones de carne y espíritu a su vida, en vigilia, en ensueños y en sueños. Por corto que sea el crepúsculo, su alma, al arder, lo profundiza, y ni un grano sagrado deja de pasar entre sus dedos: «Por tu crecimiento feliz, Argentina», «Por el mantenimiento de tu gran pequeñez, Uruguay», «Por tu retorno a la cultura luso-hispánica de Gil Vicente, Brasil», «Por tu retorno a la libertad prístina, Venezuela», «Por ti, Colombia; por vosotras, Chile, Perú, Paraguay, Honduras, Nicaragua, Salvador, Panamá, Costa Rica, queridísimo Santo Domingo, sombrío Haití, Puerto Rico condenado a eterna servidumbre...»

Ni un día dejó de rezar su plegaria poemática llena de nombres entrañables y de proezas marciales o cívicas. Todo el flúido heroico y justiciero

de América pasaba por él cual por un cable vivo. Era una electricidad que en lugar de venir de las nubes venía de la tierra y chispeaba en sus ojos y en su frente. Merced a esa electricidad pudo ser el apóstol del último país esclavo del gran imperio de Castilla. Y por ella su isla no fué jamás del todo esclava, porque dondequiera que él pisó fué Cuba libre siempre.

Las páginas blancas

L hombre, menos egoísta por su instinto que por su raciocinio, ha creado obras de mayor duración útil que la necesitada por una sola vida. Desde el modesto utensilio doméstico a la pirámide de piedra o de Espíritu, las criaturas de nuestras manos y de nuestra mente nos sobreviven. El científico trata de descubrir y de movilizar para el disfrute humano los secretos de la Naturaleza, el artista de conservar para el mañana las relaciones armoniosas de su alma con las sensaciones y las ideas. Entre ambos hemisferios del conocer existe un canal que sólo las almas cardinales perciben. Y los valores supremos se dan cuando, por ese lazo invisible, algo de la esencia de uno de esos dos hemisferios, tenidos por el vulgo por diametrales e irreconciliables, pasa al otro.

No ha menester extrema agudeza para comprender la poesía de la Astronomía o del Álgebra ni el sustrato científico de la Arquitectura, de la Música

y de la Poesía. No permitía Platón, el que consideraba al aeda ser alado y sagrado, la entrada en su casa a quien ignorase la Geometría; en defensa del Arte y de la Ciencia iba este veto. Sin la elegancia verbal de «El discurso del método», su valor absoluto bajaría muchos grados; sin la representación de la cultura medioeva infusa en *La divina comedia,* Alighieri, a pesar de *El Convivio* y de *La vida nueva,* no encadenaría aún nuestro interés. La llama de la inspiración siempre, pero dirigida por el soplete de la inteligencia, caracteriza al artista magno. De éstos fué Martí: estudiante perpetuo, que sometió a normas el torrente de un verbo rico en pepitas áureas y en espumas de irisaciones inolvidables. Y, sobre todo, gran amasador de futuro.

La vida obliga al escritor y el oficio también. Prosas y versos de circunstancias salen de su pluma sin haber pasado por su corazón ni haberse detenido en el cerebro el tiempo suficiente. Goethe afirmaba: «Los mejores poemas son los de circunstancias»; pero se refería a otro modo de entronque entre la ambición de eternidad del poeta y esas formas maravillosas y fugitivas que pasan «y no son arte», según dijo Leonardo. Impulsado por la vocación y la aptitud, Martí escribió sin tregua.

A causa de ese imperativo cotidiano, más que la

lista de escritos la de lecturas, y mejor aún la de relecturas, permiten establecer el índice de cada ser pensante. Martí escribió hojas volanderas y rimas ocasionales donde su genialidad y su maestría apenas pueden reconocerse; sin embargo, una atención más honda identifica los rasgos de su alma generosa hasta en las de menor alcance estético o intelectivo. Por igual modo debió de leer miles y miles de hojas impresas; pero sólo sus escritos mayores y sus libros preferidos tienen valor de guías. Releemos aquello cuyo jugo no creíamos extraer íntegro en la lectura anterior, por deber o por deleite. En la lectura rige en cien ocasiones el azar; la relectura es deliberación, insistencia, ganas de calar más hondo donde suponemos que hay vetas ricas.

Con ser tan extensas las relecturas martinianas, unas cuantas sobrenadan y forman núcleos casi homogéneos: El Antiguo y el Nuevo Testamento, los evangelios heterodoxos y los libros sagrados de todas las religiones, los enciclopedistas, los místicos españoles y los orientales, los políticos, los economistas, el agudo secretario de Florencia, Cervantes, Quevedo, Miguel de Molinos, Saavedra, Baltasar Gracián y los poetas líricos ingleses, muestran aquí y allá su influencia. Influencia que no merma la originalidad, pues sabido es que las lecturas aplas-

tan a las inteligencias débiles y sirven de pedestal a las poderosas. Elevar la anécdota a categoría es privativa potestad del escritor de don filosófico. Sobre un versículo edifica Bossuet un sermón soberano; sobre una noticia vulgar escribe Flaubert *Madame Bovary* y Dostoiewski *Crimen y Castigo;* sobre un hecho cualquiera el moralista, el sociólogo, construyen teorías. Valiéndose de un episodio de *El Éxodo,* en Caracas, emocionó Martí hasta las lágrimas a un auditorio, cual si les contase un drama de vicisitudes inmediatas. Relector y meditador de la Historia lo fué cada día; de la Universal, y de la de América sobre todo. Desde los cronistas de Indias a los tratadistas y comentaristas de su tiempo, cuanto sobre «su» continente leyó, quedó para siempre asimilado a su mente.

Pero tanto en esa primera lectura al encararse con un libro desconocido como al sentarse ante la página en blanco con la pluma dispuesta a hilar en negra hebra los vellones de ideas, debió sentir esta verdad ya expresada otra vez por nosotros: «Quien no goza y sufre frente a la cuartilla impoluta el ansia de crear un fruto trascendente, es un ladrón de tiempo.»

En las diversas facetas de su acción de polígrafo tuvo bajo su mano la satinada superficie de papel

muchas veces, y la contempló todas con ansiosa angustia de anverso ambicioso y de reverso humilde. Cuartilla, cuaderno de notas o pliego de carta, igual da. De esas páginas primigenias, reveladas por el jugo de la admiración, hemos visto surgir las meditaciones escritas por el alma, en secreto, con la tinta simpática que transforma en palimpsesto todo escrito de verdadero hombre.

Esta hoja ha sido puesta con cuidado sobre las otras porque su superficie es más lisa y sus bordes siguen mejor las líneas de la escuadra. Bajo la luz de la lámpara, su albura espejea misteriosamente. Y el poeta, antes de tocarla con la pluma, se inclina hacia ella cual si quisiera entresacar de su misterioso espesor el reflejo del poema que ya siente dentro de sí a plasmar en renglones cadenciosos y breves.

¡Maravilla del verso! ¡Istmo entre los continentes de la música y de la palabra! Sólo el poeta puede anunciar y prometer la verdad divina, porque ha sido señalado por la diestra que reparte las almas para servir de vivo cable a la electricidad del verbo; y así como el poeta principió en sacerdote, a él volverá cuando pasen los tiempos ruines, que mucho queda a la poesía por descubrir aún de la Naturaleza y de los sentimientos.

Por eso, quien se sienta impelido a expresar en versos su ansiedad, eche a dormir su inteligencia y llame recio a la puerta del corazón. Así brotaron los versos sencillos; así surgió esa poesía regida por acentos y no por consonantes, en cuya forma gusta la Musa de sentirse walkiria. No necesitaré—piensa Martí—retornar a la rima como el gran Carducci, puesto que nunca me divorcié de ella; pero tampoco cifré en la destreza retórica la obtención de una palma que me ha sido negada o dada por quien me inspiró el anhelo de echar mi suerte con los pobres del mundo.

Ante la hoja sin mancha, ¡qué ambición y, al par, qué recogimiento cobarde!

Cuando baje la pluma va a producirse el hecho vulgar de manchar una página o un milagro igual al de Josué. El poeta que troquela un verso perdurable, detiene el Sol. Si una cosa bella es «una alegría para siempre», un verso feliz es la persistencia de un alma hecha música. Sé que no ha de decirse—sigue pensando—lo raro, sino el momento raro de la emoción; y una voz recóndita me advierte que el arte ha de pasar de lo individual a lo colectivo: por eso sólo estimo el subjetivismo expresado con tal mesura que permite a cada emoción fraterna reconocerse y a cada escena paralela creerse expresada

en él. El poeta es el repetidor, a veces inconsciente, de las vibraciones divinas. Del médium tiene el trance y del santo el estado de gracia; de aquí que llegue a los linderos de la claridad impenetrable. Un solo verso salva del olvido al poeta. Como el busto sobrevive a la ciudad, un renglón o unos renglones cortos son flor que traspasa la paletada de olvido con que unos a otros nos enterramos.

¡Ah, quedar! ¡Permanecer después que la tierra sea tierra sólo! ¡Cantar en alma de mujer y en corazón de hombre mañana, siempre...! ¡Pueril y generosa quimera! ¡Fijar en el centro de esta cuartilla, cuya blancura marginal ha de quedar intacta, un éxtasis, un deliquio, una marejada de pasión, un dolor o un júbilo inmarcesibles!

Ya está la inspiración aquí. Ya no es nuestra, sino nosotros somos suyos. Consonancias, asonancias, ritmos, consejos de los preceptistas, no cuentan. La pluma desciende y traza una inicial a la que luego siguen más letras y tachaduras veloces. Y cuando el poema deja ya de ser nuestro, un cansancio, un desasosiego que a veces parece alegría y a veces descontento, y que es miedo a habernos cerrado una puerta que el destino nos ofreció sin llave.

Así, una vez tuvo ante sí el poeta Martí las páginas en que había de escribir aquellos poemas que

comienzan con estos versos: «¿Del tirano? Del tirano...», «Cultivo la rosa blanca...», «Sí, yo también desnuda la cabeza...», «Cuando nací, sin sol, mi madre dijo...», «Por tus ojos encendidos...», «Yo quiero salir del mundo...», «Cuando me vino el honor...», «Sueño con claustros de mármol...» y otros, escritos unas veces como jugando y otras tajados en sus propias entrañas.

En la lucha de echar del alma sus versos alguna de estas primeras páginas quedó sin huellas negras, porque para sufrir necesita quien está destinado a manejar el rayo haber pasado por la prueba flamígera, y porque unas veces la soberbia y otras la generosidad de no engendrar, con la pintura de los propios, ajenos pesares, contiene la voz del poeta cuando por su garganta respira un hombre de conciencia.

El verso se improvisa, la prosa no: la prosa viene con los años. El poema mejor nace de súbito, es regalo divino, y a veces cabe en una página.

Para la prosa, el trabajo de la inteligencia ha de ser más activo. Los mandamientos de la sociedad, en prosa se redactan; las palabras que mueven a los hombres a la acción, se fraguan en prosa; prosa eficaz son los contratos. El verso tiene siempre

algo de recreo; la prosa es tarea, trabajo. El verso es la excepción, el minuto. Prosa son las horas de la vida cotidiana. Y en prosa vive todo ser capaz de trocar en hechos los ensueños.

Martí vivió poéticamente su prosa y la escribió tan fúlgida y vibrante que es casi toda cántico y, en ocasiones, hasta casi verso. Sus proclamas, sus correspondencias periodísticas para diarios y revistas de América, desde *La Nación* a *La Estrella de Panamá* y de ésta a *The Sun;* las memorandas para sus discursos, sus páginas de revolucionario, de político, de estadista, de historiador y de filósofo; la enorme serie de artículos, desde aquel primero de «La Patria libre», hasta el último de «Patria»—títulos que revelan la identidad del contenido de su vida de un extremo a otro—y hasta sus notas más rápidas, muestran esa fusión venturosa de la llama poética en el crisol lleno de metal noble del prosador.

Y cuando va a escribir prosa, a trabajar sobre el rimero de cuartillas, la primera albea de modo diferente a cuando va a entregarse al juego divino de los versos.

Mucho de cuanto va a fijarse ha sido visto, observado, meditado y troquelado ya en gran parte antes del minuto de aislamiento que media entre el ins-

tante de coger la pluma y el de escribir la primera palabra. Como todo gran escritor, cuando se sienta es un poco a copiar, porque hasta la frase menos cercana al eje de la obra vivió su gestación interna en el cerebro y en el sentimiento. Su don oratorio le impulsa a dirigirse siempre a un interlocutor invisible que a veces es múltiple. Siempre quiere salvar, conducir. De aquí el hechizo singular que da al tono tribunicio esa media voz de las pudorosas intimidades caras al poeta. La de la trompa épica arranca truenos de oro que todo lo intranquilizan; cuando suspira es aún mejor, porque entonces su voz no suena fuerte: suena lejos.

Jamás redujo a oficio el deber de hablar a los hombres. Su confianza en la palabra no decayó ni cuando loros y cotorras la tuvieron entre sus picos. Sabía que hasta las palabras que creemos desde hace siglos muertas, un día salen a volar en una hojita de papel y son polen fecundo más allá del tiempo y la distancia. La liviandad y la vanidad no torcieron su fe de misionero. Cada una de sus páginas fué verdad indudable para él, y obra de conciencia. Con la lente profética puesta por los dioses ante su pupila vió sulfúreos resplandores en el futuro, y se desentendió de las concupiscencias circundantes. Creyó siempre en lo mejor del hombre,

y a ello se dirigió, de tal modo que muchos, por sentir vergüenza de ser malos junto o tanta generosidad, dejaron de serlo.

Nada más lejos de su previsión que el iluminismo fofo. Nunca declamó, que es echar gas al aire: habló. Y ni en lo más arrebatado del discurso olvidó que nada convence y enseña tanto como un hecho concreto. Avergonzábalo que la libertad hubiera de ceñir espada; y, empero, la obra de su vida fué poner espadas en las diestras de los hombres para lograr la libertad de Cuba. Su ingenuidad no era ignorancia: ¡cuán pocos midieron mejor lo que las ideas pierden de pureza y ganan de adherencias inevitables al pasar de la quimera a la realización! Sancho era exacto y no era verdadero; el Hidalgo iba entre mirajes mentirosos, pero con la verdad dentro de sí. Por eso nunca prescindió del fermento de ilusión y justicia inmanentes.

Si el poeta y el patriota decoraban la prosa con la ceiba que por ser cubana amparaba del sol, el análisis o la adivinación cebran en cambio las exaltaciones de fríos cálculos. Caudillo y legislador, cerebro para la chispa y para la luz larga, conseguía que la acción perdiese en la palabra escrita lo menos posible. Por el genio preveía en detalles sucesos que ni en sus líneas primarias columbraban los

otros; y batía el hierro candente, sin dejar que se fatigasen de su persistente vida entre chispas y sin miedo a que lo echasen a la soledad a alimentarse de sí propio. Nada de cuanto escribió para el público deja de contener un rasgo, una explosión lírica, cuando no esa plasticidad, colorido y música propios del arte.

El orden de su ideación revela siempre la mente clara; mas de tiempo en tiempo sobrevienen una de esas oscuridades hondas o una de esas llamas cegadoras, impenetrables sin la iniciación. El filósofo se trasfunde al cronista, el estadista al revolucionario, el meditador al improvisador, el hombre de simplicidad cardinal al de retorcimientos barrocos. Y de esta trasfusión crece el prosista bajo la doble égida del especular y el intuir.

Ante la página blanca la seriedad del rostro se reconcentra y el relampagueo del mirar repercute en los dedos que aprietan la pluma. Toda la responsabilidad del tiempo que va a pedir a los lectores y de las decisiones que va a engendrar con sus frases, media entre él y el haz de páginas vacías.

Escribe en la ciudad, en el tren, en el incómodo intervalo—ni descanso ni acción—entre dos viajes de propaganda. Y antes de cada primer renglón, pone la misma angustia saturada de silencio medi-

tativo. Y cada vez que posa la pluma, se estremece de impaciencia al pensar que alguna vez, por fin, le será dado escribir «con todo al cinto» estas palabras: «Muerte, Muerte generosa, Muerte amiga.»

Sobre de carta en el cual antes de comenzar la epístola se escribió un nombre, apoyado contra unos libros, a un lado de la mesa; y ante el tintero, el pleguecillo en blanco.

Carta para el amigo, transida siempre del anhelo de darse; carta para Blanca o para Rosa, para el amor de ciudad grande, para la pálida andaluza, para la mujer extraña de ojos de mar y cejas negras, para cualquiera de las vampiresas que al despojarse de la túnica con que las vistió el ideal se revuelven y se van tras de otra presa después de haber mordido; carta para la hermana tan querida, para la madre, para el honrado artillero de quien se acordará, olvidando a Rosa y a Blanca, cuando le llegue de la tierra generosa la hora del honor; carta para su asociado en la empresa de fabricar una patria, a quien responderá o solicitará sin retrasar minuto, dejando atrás a amigos y a mujeres, a hermana y a padre.

Imagen anticipada de la carta viajera es el esfuerzo de quien la escribe por acercarse al lejano in-

terlocutor. No sólo pretende acortar la distancia, sino imitar en cierto modo el espíritu de quien ha de recibirla para captar su aquiescencia. Hay en toda carta un principio de adulación y seducción: por eso sobresale tanto la mujer en el estilo epistolar. La correspondencia descubre repliegues del hombre no revelados por su obra. Confía, hasta cuando más presuntuosa es, en que su similitud con la conversación dé al viento sus palabras; y por ello suele ser desenfadada y sincera. ¡Cuánto gran hombre que no borraría ni un párrafo de sus libros, habría querido no haber escrito nunca «aquella carta»! Las de Martí, aun las más íntimas, son espejo de su nobleza donde, con la lupa de la exégesis, puede agrandarse no importa a cuál escala y sin deformaciones, la miniatura trazada por cada hombre de sí mismo en sus escritos.

Muchas cartas escribió y ni una deja de tener interés; algunas conservamos, otras se perdieron o duermen ocultas, en espera para resucitar, de manos dichosas como las que removieron el campo de Milo. El amor puesto en sus cartas es tanto, que deja en puesto secundario los atributos de talento. Al leerlas se añora al hombre, no al escritor. No hay en ellas palabras hábiles ni palabras fofas.

¿Y cómo no había de sentir predilección por este género quien con una carta, la escrita al condiscípulo Castro en compañía de Fermín Valdés Domínguez, hubo de iniciar su acción heroica, y con otra, la escrita a Federico Henríquez Carvajal en Montecristi, legó los bienes de su alma multibillonaria?

Trénzase ternuras, confíase amarguras de esas que crea la penuria para abochornarnos, háblase de las alegrías trabajosas del deber o de los dolores de la ausencia, articúlase el suspiro del amor tantas veces inoportuno; pidiese o agradeciese, concertara o generalizara, al través de las líneas de sus misivas su alma arde. Ni siquiera esas cartas de trámite o fórmula dejan bajo su pluma sitio al lugar común. Para quien sea y en cualquier ocasión, su anhelo de aproximarse en el diálogo, trocado por la distancia en monólogo, no sustituye por las posibles flaquezas o mediocridades de quien había de recibirlas ninguna de sus cualidades excelsas. Precisamente en lo íntimo, en lo destinado a ser invisible para muchos ojos, lucen más los quilates de su grandeza.

Por eso lo evocamos aquí inclinado ante el pleguecillo de papel, suspensa la pluma, el mirar fijo en el sobre donde un nombre puesto hace poco sirve

para traer junto a él la figura del padre, de la madre, de la esposa, del hijo, de la enamorada, del amigo, del compañero de yugo y estrella. Lo evocamos agitado el corazón por la ternura y la mente revuelta de imágenes.

Todas las cartas, incluso las de negativa, tenían en él algo de abrazo; todas, por fútiles que a primer examen se nos antojen, parecen dirigidas a más de un ser; y antes de comenzar hasta la más breve, temblaron su labio y su mano, como ante todo verdadero acto de amor.

Páginas blancas: albura de harina presta a convertirse en alimento!

Las páginas blancas ante Martí fueron tierra que espera la semilla, láminas de materia inerte en el instante de ir a ser vivificadas por el Espíritu.

Lección de estética bajo el ombú

ué sería del forzado a la mesa de trabajo, del que escribe, del que traduce, del que planea y sueña páginas levadas con esencia de viajes, si no dispusiera para desentumecer los miembros de su alma del tapiz mágico al cual basta subir para que Espacio y Tiempo concentren en sólo un minuto, como en los sueños, latitudes inmensas?

El soñador deja a su cuerpo como el caminante intrépido deja un traje de peso excesivo. No ha de olvidarse que De Maistre viajó más y mejor que Marco Polo y que el galope inmóvil de *Clavileño* es la más larga cabalgada del mundo. Por eso cuando este hombre, en su cuarto frígido de New York, se pone a pensar en tierras solares, prepara riendas, estribos y espuelas para montar un corcel invisible.

La asociación de ideas se ha eslabonado lógicamente: Ha leído unos versos magníficos del poeta

en quien él entrevió desde el primer contacto un cantor grande. Después ha sido el recuerdo de una tarde en la Florida, del encuentro fortuito y de la plática insuficiente; luego sus manos pasaron por los lomos de varios libros—*Misterio, Tratado de Lógica, Ramona*—y tras pensar en su versión de Lalah Rook perdida, en tanto chisporroteo y anotación dispersos en rebaño que jamás podrá retornar completo al redil, toca con tacto suave unas cuartillas donde se alinean renglones cortos, y va por último a posarse sobre otro haz de páginas de caligrafía compacta: las del artículo que va a entrar en seguida en el sobre dirigido a uno de los grandes periódicos bonaerenses.

En este instante un sobresalto lo hace erguirse y sus ojos flamean: ha de hablar esa noche en el mitin patriótico del Chikering Hall. Pero... Aun le queda tiempo. Hay ocios fructíferos, y sin el ensueño se acortan las horas de labor. Y de este modo, al arpegiar en el teclado de sus actividades—traducciones, poesía, revolución, periodismo—y al rememorar la charla fugaz con el poeta, por subconsciente maridaje se complace en el deseo de ampliar el coloquio en la ciudad hospitalaria que no conoce: la gran urbe de la América hispana, capital de la gran República de los mares de trigo y de la fabu-

losa riqueza pecuaria; la gran República que, con la del Uruguay, ponen a uno y otro lado del Plata ejemplo feliz para toda la América turbulenta.

Y como por amor y por lecturas la conoce tanto, apenas llega tras el raudo viaje del anhelo siéntese en ella con familiaridad de hijo. Nadie notaría al verlo que acaba de llegar y que no está desde siempre y del todo allí.

Tarde otoñal. La noche, impaciente, precipita en la seda del véspero la anémica segur de la luna y los puntos fúlgidos de la Cruz del Sur. Por el parque pasean dos hombres. Se han rezagado del reflujo dominical. Sus pasos morosos se detienen junto a las fuentes, junto a los boscajes, y, por último, cesan ante un banco, bajo la tutela de un ombú añoso. Ambos son jóvenes aún: de tipo esbelto, ojos tristes y trigueña piel el de más edad; de aristocráticas manos, pero de tez oscura y abultados pómulos como de chorotega o negradano, el otro.

En la tarde peripatética la conversación no ha languidecido ni un momento. Han hablado con elogio del país en cuya vida libre y próspera cuajó primero con caracteres perdurables el fruto de la revolución americana. Sus instituciones, sus hombres desde San Martín a Mitre, han pasado en escorzos perfectos. Y después, en comparación envidiosa,

han evocado a una León de Nicaragua sin apenas vida y a una Habana esclava. Las sombras épicas del Continente, las que hicieron nacer del perro de presa una libertad que de México arriba había de nacer del arado, pasan.

Pero, por misteriosa fuerza centrípeta, la charla gravita de tiempo en tiempo hacia un punto único: la Poesía. El paso de unos italianos que van hablando con sus eles hinchadas un español pintoresco, sirve a uno de los dos amigos para recitar los primeros versos de D'Annunzio, y al otro para rememorar las rimas machos del gran poeta civil de Bolonia. Y cuando la memoria, fatigada, deja de desgranar versos propios y ajenos y las luces primarias y las epigonales se apagan en la generosa evocación, el diálogo adquiere un ritmo confesional y casi didáctico bajo la inquieta fronda, al través de cuyo ramaje el cielo se va sobrecargando de plata.

—¡Qué lástima inmensa para las Musas que no haya nacido usted bajo el signo de la paz! Todo lo que usted toca se hace nuevo. Lo que todos tenemos que buscar, a usted se lo pone Dios en el camino.

—Y también me ha puesto la prudencia de Ulises para desoír a las sirenas. Mis versos y todo mi arte son como la florecilla que, avergonzado de su violencia, coge el guerrero al borde del camino, para apa-

gar con su fulgor suave el brillo bárbaro de su coraza. Cuando el padre muere, en el hogar los niños tienen que hacerse hombres sin tener en cuenta los años. Y poesía es juventud, infancia divina. Poeta nací y de mi numen no puedo desprenderme, como de mi estatura, de mis facciones; pero quisiera que la poesía fuese en mí como el arte en las catedrales: imán para que los sentidos participen de la fiesta de lo Absoluto. Si la Filosofía es sólo el secreto de las relaciones entre las varias formas de la vida, el Arte es el descubrimiento de la fecundación de la materia por el Espíritu. Mi novedad se reduce a poner mi pensamiento en formas llanas y sinceras.

—No: hay en la sencillez de su verso y en el esplendor de su prosa esa marca genial que no logran jamás imitar los zurdos ganosos de singularizarse. Con sólo querer, usted sería la voz de la manumisión del arte americano.

—¡Ay, no! Que su bondad no me adule. La adulación ha causado mayores males que la calumnia. ¡Dulcísimo sería gozar y merecer la paz entre los dioses, mas forzoso es luchar por la luz entre los demonios, amigo mío! El poema de 1810 está incompleto y yo quiero escribir su última estrofa. Soy poeta porque no podría dejar de serlo y porque un país que se dispone a nacer necesita poetas. ¿Quién

es el ignorante que pretende que la poesía no es indispensable a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental, que creen que la fruta acaba en la cáscara. Yo les digo: No hay obra grande si no ha sido antes sueño en la fantasía de un poeta. Figúrese, pues, si me será precisa voluntad para desoír un augurio más halagüeño que el dicho por las brujas a Macbeth. A usted le hicieron la patria y ahora va, en cuanto la efervescencia versallesca se le calme, a cantarla. Albricias: Honrar a la patria es otro modo de pelear por ella. Yo no tengo patria: he de hacérmela. Y si no caigo, ya veremos si canto después. Lo de ahora son vocalizaciones para convencerme a mí mismo de que mis cuerdas vocales —y también las del alma—vibran todavía. Mis versos son, apenas, un poco de pan y de espuma, nada más. ¡Ah, ya oirá usted después cantos alegres, laicas aleluyas! En cuanto a la originalidad, ¿no sabe que ésta, como la virtud, se mancha de vicio apenas se ufana? La originalidad ha de encontrarse, no de buscarse. Todo está dicho, en poesía y en arte, porque poesía y arte no son sino reflejos del alma en su paso por entre las alegrías y los dolores, pero las cosas cada vez que son sinceras son nuevas, y el que se saca de sí lo que ya otro sacó antes, no es por ello menos original.

—Sin duda. Pero cada época trae nuevas nociones, y cada vez se liba en el estudio de las épocas anteriores miel de resurrección y se hallan odres con madre rica capaces de mejorar los vinos verdes.

—Verdad. Salomón pone esplendor nuevo a lo que ya había cantado un remoto rabino; el hijo del Maestre de Santiago remoza una elegía de Abul Feda. ¡Y sin embargo...! La obra de los grandes creadores está hecha de modo que, salvo la pátina oscura que les da el tiempo, parecen de hoy. Y es que el máximo artista es el que más cantidad de eternidad ve en lo efímero. Desconfíe usted del preciosismo y de esas gracias externas que vienen del afeite.

—El verso, tan sutil, tan fácil de quebrar o manchar, no puede dejarse a la torpeza de los ignorantes.

—Ni a la vanidad de los pedantes tampoco. A usted puede decírsele esto, porque su sabiduría no trata de poner un fantasma en la oquedad, sino que le sirve de manto a un poeta verdadero, ungido por el señalamiento de Dios con la misión de cantar para dulcificar las penas de los hombres. Día habrá en que a las rosas de Francia prefiera usted las ramas de este ombú, y al plectro sabio y débil de Gautier, la guitarra de Santos Vega. El mundo nuevo pide nuevos ojos, y no de inmigrante, sino de

nativo, que revelen su único paisaje en su expresión única. ¡Ay de nuestro arte si no sale de ser un suburbio de Europa! Un Ignacio Cervantes hay en mi tierra que ha puesto nuestras danzas en el lenguaje armónico de la última hora y mucho de precursor palpita en él lo mismo que, en otras regiones de la belleza, en varios artistas entre los cuales quiero que retenga el nombre de Julián del Casal. Y, sin embargo, no es en ellos, sino en un novelón titulado *Cecilia Valdés* y en los cantos rapsódicos de los guajiros, donde yo veo las mejores anunciaciones. Y cuando escucho la música libre, aún pegada a la ignorancia del pueblo, como cuando escucho los cantos del payador y el acento autóctono de las sextinas de Hernández, pienso que el retorno de nuestros galeones a Europa con mercancías manufacturadas con sus propios troqueles, no es el flete oportuno. Oro en bruto, como antes, hemos de exportar todavía. Después las manos que modelaron los huacos y los metales del Perú, las piedras de Teotihuacán y las que decoraron las cuevas de la Isla de Pinos, reencarnaron en americanos de nuestros días o de los de nuestros descendientes. De demasiado ignorar y de demasiado saber puede enfermarse un arte. Las demasías todas alteran su equilibrio. Ni la fácil yedra que agrieta los muros, ni la flor de estufa. A

usted, tan enamorado de Francia, he de recordarle las palabras de Jaubert: «Ha de tener el escritor la facilidad natural y la dificultad adquirida», y también la fábula literaria de Iriarte «El eslabón y el pedernal». El verso por dondequiera que se parta ha de dar luz y perfume; el mucho rastrojarlo y sajarlo le quitan la virginal fragancia.

—¿Y no tienes miedo al estancamiento? ¿A la infinita repetición de motivos y formas que concluirán por hacer un lugar común empachoso de la poética?

—De las malas imitaciones cuando más. El artista es el vivificador: cuanto él toca adquiere atributos de eternidad. Para que él hable o esculpa o cante o pinte, millones y millones de coetáneos suyos llevan vida silenciosa. En la planicie humana él es la montaña y el cráter. De aquí su responsabilidad y su aristocracia nativa; de aquí que tantos ambiciosos villanos simulen los blasones mucho más ricos en deberes difíciles que en goces. En torno a cada artista verdadero, a cada renovador verdadero, un coro de eunucos atrae la curiosidad momentánea con gestos y vocinglerías. El tiempo pasa, ellos también, y el artista auténtico queda señero y triste. Él mismo, para crear mejor y para no ser tomado por caricatura, suele serenarse:

¿Cómo vivir en perpetua efervescencia, alumbrado por luces de bengala? ¿No conoce usted la frase de Federico Hebbel? Dice: «Todo el que no tiene bastante metal para llenar los grandes moldes, piensa en romperlos.» Persuadir supera a ensordecer; conmover, a deslumbrar; ahondar un surco donde quepan raíces de grandes árboles, a arañar la tierra con un intento de sendero, que borran un poco de nieve o un poco de lluvia. La novedad no consiste tanto en la invención como en la actitud de conciencia y de sentimiento. Nuevo a secas casi nada dice: necesita de otro adjetivo valorador: nuevo bueno, nuevo penetrante, nuevo bello, nuevo que no envejezca pronto. La inteligencia humana posee sus petimetres que toman a pecho cualquier novedad recién salida de las sastrerías, y sus verdaderos elegantes, cuyos vestidos son y están llevados de tal guisa, que siempre les están bien porque no acatan ninguna exageración y siguen la gracia natural del cuerpo.

—Cierto es. Ver en nuestros imitadores nuestras flaquezas exaltadas, da a veces miedo. Ya otros me han dicho su pena de verme tender los brazos a cuanto es brillo y fausto, gemas, rimas ricas, cortes esplendorosas, jerárquico lujo. La poesía que yo siento es a un tiempo mismo selvática y real. El fragor opaco de las democracias me asquea.

—Por eso es usted poeta y yo soy apenas ese poco de poeta que necesita el hombre de acción para no sucumbir ante la barbarie de sus propios ímpetus.

—Blasfemia. Herejía. Nadie mejor amadrinado por las Musas que usted. Si quisiera dejar el estandarte rojo para enarbolar el azul, todos, hasta los de más insensato orgullo, iríamos a ser subalternos en su hueste. Y si no supiese que no puede creerme por completo, le diría que guardo a Cuba el rencor de que se lo robe a la poesía de América, ensordecida, a pesar de cuanto diga usted, por la garrulería de los sinsontes que no han aprendido a cantar.

—No lo desmiento, ni le digo *vade retro* tampoco, porque, aun sin advertírmelo, sé que ese rencor no puede ser sincero. Byron no escribió poema mejor que su viaje a Grecia, de cruzado de la libertad; y Grecia no era más que la tierra-abuela de su alma, mientras que Cuba es mi madre. Hombre de acción me eligieron las hadas que se doblaron sobre mi cuna. Ojalá hayan puesto en la de usted, según yo creo y deseo, ese granito de poesía que basta para sazonar un siglo. Pero desde mi senda, con los pies ensangrentados, bendigo el no tener la tentación de apartarme de mi cuesta de abrojos, atraído hacia el llano por el caramillo de Pan. *Pegaso* no

es mi corcel, sino un caballo criollo de batalla. Quiero que en mi mano la pluma sea lanza minúscula criada en el astillero de Páez. Si emergen flores y poemas alguna vez de mí, es en horas robadas al reposo: «Por no dormir», según reza la divisa ilustre. Vivir primero, filosofar o cantar después. Sin tener cumplido el deber de hijo, el deber de hombre, ha de sonar a música fofa el canto del poeta. No se envanezca demasiado del madrinazgo de las Musas. El arte de escribir, ¿no es reducir? En el cañón de una pluma no cabe jamás el alma entera. Yo escribo con sangre y con dolores: por eso encuentra usted nueva mi palabra. Día llegará en que usted dejará caer la púrpura constelada de piedras preciosas, y sentirá que un eco del corazón del mundo penetra y conmueve su corazón. Como se habitúan los ojos nictálopes a los matices de la sombra, hallará usted en sentimientos que ahora le parecen informes y oscuros, líneas e insinuaciones de supremo fulgor. ¡Ya sabrá usted del horror de la hora y del prodigio del año, poeta amigo! Verá entonces cuán otra y cuánto más maravillosa es entonces su poesía.

—Amén, amigo y maestro. Pero déjeme ahora sentirme protagonista de las risas y de las refulgencias. Mi musa hace rebrillar al sol sus brazaletes a modo

de antorcha. Déjeme a mí, indio-marqués, pedirle a *Clavileño* que me lleve a Citeres, lugar de buen destierro.

—Y a mí poner la jáquima a mi caballejo y montarlo a pelo, a ver si me conduce al corazón de Cuba: a Bayamo, o, mejor aún, a la sierra del Cobre: necesito pedirle a la Virgen con mi lengua de mal católico y buen cristiano, fuerza para resistir todas las tentaciones sonrientes y todas las flaquezas. Y ahora levantémonos para regresar a la ciudad que ya es faro de nuestra América, antes de que se separen nuestros rumbos.

—¿Un abrazo?

—Un fuerte abrazo, y después el brazo también: los soñadores destinados a la acción nos fatigamos de una plática así como de un placer demasiado intenso. Así iría el florentino apoyado en Virgilio, cuando descendió por la férrea escala de sus tercetos hacia lo más hondo de la vida. ¡Que llegue usted también a ella!

Templadas por el tono jovial, caen las graves palabras votivas. La noche, al par muy negra y transparente, es toda calma, plata de astros y sutiles aromas. El parque yace en una quietud rara: diríase que su vegetal pompa se ha mineralizado para dormir mejor. Y cuando los dos hombres se levantan,

un rumor recorre la fronda del ombú, cual si pájaros invisibles que hubiesen acudido a escucharlos, al verlos marchar recobrasen el vuelo.

Luego sobreviene el despertar, y no hay parque, no hay árbol añoso, no hay ciudad creada en la libertad por hombres de la América que aun reza a Jesús y habla la lengua de Castilla. Detrás del soñador despierto, la pequeña urbe floridana; y detrás la ruda y creciente senda de los creadores de patria que lleva a la alegría del sacrificio. ¡Pero el sueño ha dejado su estela de bien no sólo en el espíritu, sino en la materia que le sirve de incensario!

ocos signos tan ciertos de grandeza como la necesidad de curvar a menudo el esqueleto del entendimiento para acercarse al universo de los niños.

Por lo común en las vidas ilustre sobreviene una prematura pubertad del alma que estrangula la niñez y deja invividas horas añoradas después por el hombre. El ser mediocre tapia la puerta de la infancia con recio muro opaco; el hombre-faro la cierra con pared transparente y, además, labra de una a otra parte de ese muro un camino secreto que recorre cuantas veces la vida le permite empequeñecerse y convivir con cuantos, a la zaga de él, empiezan a descubrir el mundo entre lágrimas alealegres y juegos llenos de sentido.

Siempre amó a los niños Martí. Y siempre a su lado se le descubrió cuanto de infantil habíale quedado intacto en el carácter. No necesitaba esforzarse para hablarles alma a alma y rostro a rostro. El

débil egoísmo elemental lo resarcía con sus graciosas exigencias del egoísmo taimado y fuerte de tantos hombres.

Cuando en Guatemala hubo de dimitir su cargo de profesor, no fué la situación con sus menudas ventajas económicas y sociales lo que sintió perder, sino la dulzura de guiar almas recién abiertas. Y en sus conversaciones como en sus obras, las palabras dedicadas a los niños estuvieron siempre impregnadas de ternura suavísima.

«Ismaelillo» y ese prodigio de pedagogía simpática que se llama *La edad de oro* testifican de esta propensión noble. Si desde la tribuna veía un rostro infantil, en el suyo florecía la sonrisa de las afinidades electivas; si en la tertulia estaba uno de esos pobres niños que se aburren mientras los mayores hablan su práctico y abstruso lenguaje, pronto recibía un cabo áureo de conversación a donde asirse en el naufragio de su tedio; si en la calle hallaba un corro de niñas cantando, o un grupo de escolares en traviesas pláticas, o uno de esos chicos a quienes la momentánea pérdida de sus mayores permite ver, entre lágrimas, la vasta lobreguez del mundo, su paso acortábase y sus preocupaciones personales tenían una tregua.

Conocía sus gustos y soñó con sustituir la mito-

logía creada por los Anderssen, los Grimm, los Perrault y los Basilio por un imaginario americano. El folklore infantil de cada país y las variantes sufridas en sus andanzas entre niños criollos por los cuentos y romances metropolitanos, lo divertían hasta la risa o el enternecimiento. Su potestad de subyugar sin tiranía la atención de los hombres acrecentábase cuando los niños se acercaban a él. Para cada sexo tenía acento peculiar y ambos eran de delicadeza infinita. Los labraba y mimaba con el amor de quien abona y quita malas hierbas del surco en donde ha de crecer la siembra de su perdurabilidad. Y en este instintivo cultivo de la sucesión humana de su gloria, palpitaba, como en todos sus actos, el más claro desinterés.

Elegido de los dioses, no llegó a la muerte por el camino de la vejez, pero en las jornadas postreras de su vida jamás la juventud antojósele usurpación ni la infancia estorbo. Con ambas contó siempre, y camino de una de sus misas cívicas halló en varios pinos nuevos que resistían, doblándose, a la tormenta, alegoría feliz para la generación a que había de legar una patria hecha y miles de ensueños incumplidos.

¡Ay del anciano que no considera a los jóvenes vivos ecos de su acción de años antes! Y en

cuanto a los niños, ha de mirárselos con igual amor y, además, con asombro, porque en ellos el enigma tiene ante sí vasta llanura de esperanzas. Los niños son los padres de los hombres, ha dicho Wordsworth. Así los consideró Martí siempre.

Cuando canta a su reyezuelo se advierte que desborda del sagrado exclusivismo paternal una ternura colectiva. Para él hasta las voces más agrias de la infancia fueron música en bruto. Su dolor era no poder sentirse del todo niño ni poder escribir para niños siempre. Viéndolo con ellos creyérase que no se inclinaba para enseñarles, sino para aprender. Impresión justa, pues ¿quién no puede aprender o, por lo menos, recordar en la frecuentación de un niño algo o mucho? La mayor parte de nuestras demasías o de nuestras insuficiencias vienen, más que de no saber, de haber olvidado.

En su obra de jardinero más atento a no dejar pasar los días propicios que a preservar de arañazos sus manos, sus relaciones con la infancia fueron las únicas rosas sin espinas. He aquí, de ese andar entre enredaderas y arbustos, algunas florecillas sueltas:

¿Quién dice que no ha de escuchar el negrito el cuento? Igual que vosotros, ¡y en primera fila, que

es más pequeño y también necesita ver! Porque ya ha sufrido y llorado de miedo a no oírlo; ahora el cuento va a cambiar y va a ser dedicado a él, que para ser generoso os dejará oírlo. El cuento es suyo y él os da un pedazo, lo mismo que si fuera de mazamorra, o de pan con guayaba o cantua; pero ¡ay, yo no sé hacerlos tan dulces! No será ni el del tomeguín, ni el de los caminantes que entraron de noche en una ciénaga, ni el de cómo nació la estrella de cinco puntas, ni el del temblor de tierra cuando las viejas dicen en voz baja: «¡Misericordia, misericordia!», y las muchachas se empeñan en ver en el fondo del agua cosas del futuro. Tampoco os contaré hoy la historia del mambís herido de diez bayonetazos que se curó con sólo ponerse bajo una yagruma, ni la del bayamés de cabeza más dura que el jiqui que perdió en la valla de gallos treinta centenes por darse el gusto de apostar contra su compadre. Mejor que contaros casi prefiero jugar como el otro día a buscar nombres en el mapa. Puesto que hace mal tiempo en este New York de los ruidos, nos volveremos callandito a nuestra isla del sol. Y así, no habiendo cuento no habrá castigo ni, luego, disputas. ¿Queréis? Vé tú por la Geografía de Pruna y Santa Cruz o, si no, sacaremos nombres de memoria. A ver tú, dime de

prisa dónde está Jatibonico... ¡No lo sabes! Ahora tú... ¡Tampoco! Ni tú... Ni tú... ¿Veis como es el negrito quien lo ha dicho antes? Lo que da el verdadero color de cada vida es el saber, el servir. Por dentro somos todos lo mismo, y lo que queda de los hombres en la memoria de los hombres no es el pigmento de un moreno o la falta de pigmento de un albino. Antes de seguir quiero que sepáis que hay muy cerca de aquí un cubano de alma y piel más blanca que el día, que dice cuando habla de un moreno más prieto que éste: «¡Es mi hijo!», y que uno de los padres de Cuba, Ignacio Agramonte, no olvidéis el nombre, le llamaba hermano en su tienda de campaña al mulato Ramón Agüero. Cuando seáis mayores ya oiréis hablar de un Antonio Maceo, de un José Maceo, de un Flor Crombet. Tú que eres de Guantánamo, ¿no has cantado el romance del que lloraba su amarga pena en lóbrego calabozo de paredes calizas? Pues era un negro, Guillermo Moncada, y su recuerdo es para nosotros tan claro como el de Carlos Manuel de Céspedes.

Como el tono ha sido el mismo con que otras veces les contó cuentos, los niños han escuchado con chispeante interés. Luego uno de ellos despliega el mapa donde el arado de la isla reposa, y sobre las cabecitas de bucles rubios y de azulosas

crenchas entre las cuales descuella la de apretado astracán del lucumí, la mano tutelar va llevándolos por ciudades, por sierras y por ríos soleados, mientras, fuera, el frígido algodón de la nieve va tejiéndole una mortaja a la ciudad.

No le pegues, te haya hecho lo que te haya hecho! El golpe envilece a quien lo da y a quien lo recibe. Poco importa su intensidad ni que sea mano, látigo, cuerda o palo el que lo dé: lo da siempre la ira, lo da siempre el desprecio del derecho del hombre incluso al error. El dolor se olvida; pero hasta los golpes más débiles dejan cicatrices por dentro.

Tú que sabes dibujar, pon en este papel tus recuerdos. El cafetal de tu tío; aquella vega de tabaco donde pasaste unas vacaciones de Semana Santa; el ingenio con sus cuatro chimeneas y sus carros de bueyes cargados de caña, y su batey, y su tienda de gallego, y su bohío cerca del potrero en el que los negros, las noches de fiesta, bailan al son de maraca y tajona ese baile monótono que a ellos les enardecía y te adormecía a ti.

—¿Y para qué, si no vale la pena? ¿Si dicen

que ya aquello no es igual que cuando vivíamos allá?

—No importa. Van pasando las costumbres, los utensilios, los modos de vivir, pero las vidas apenas cambian. Tú pinta según lo viste, y trata de meter detrás de los trazos de tu lápiz y de los colores de tu cajita lo que sentías al verlo. El café es el mismo; idéntico el humo del tabaco; igual el dulzor del azúcar. Y aun cuando también cambien, ¿qué más da? El deseo de lograr y el dolor de perder es lo que hace el Arte. La relación del paisaje con los hombres, de las máquinas con los hombres, del trabajo con los hombres, del amor con los hombres, varía mucho menos de prisa que las apariencias, y para retenerlos todavía más es para lo que Dios creó al artista.

La Historia de todos los países dice que sus enemigos fueron malos siempre. ¿Es verdad?

—Y que ganaron en todas las guerras, y que en todas tuvieron razón.

—No hay más guerras justas que las de defensa. De los soldados sólo pueden librarse los ciudadanos haciéndose soldados, y cuando vosotros seáis mayores habréis de escribir otras Historias que no siembren rencor con mentiras. Los pueblos, como

los individuos, suelen perder muchas veces la razón al ejercitarla. Las buenas Historias de mañana sólo darán importancia a los acontecimientos que han permitido avanzar al hombre hacia el progreso, que no son los inventos materiales, sino el mejoramiento del sentido fraternal. Y cuando vosotros o vuestros hijos escriban esa Historia, la palabra enemigo habrá dejado de ser cueva donde se metan todas las infamias, y la palabra guerra será lo mismo que la palabra crimen.

USTED habla siempre con papá de la patria y yo no entiendo bien qué quiere decir.

—Patria es el sentimiento que une al hombre con la tierra en donde ha nacido del todo o en la parte mejor de su vida, que es el alma. El hombre es un árbol: las raíces el ayer, el tronco y las ramas inferiores el hoy, las ramas más altas el mañana. ¿Entiendes? Las peleas de una patria chica contra otra son en contra de la patria grande. Y cuando dejen, de emplear fuego y calumnia; cuando dejen de deshonrar los militares de oficio los inventos, y en lugar de ayudar a la Muerte ayudemos todos a la Vida, la patria grande habrá completado el censo todavía escaso de sus ciudadanos, y las patrias pequeñas dejarán de existir.

Mi papá es rico.

—Mi papá es médico.

—Mi papá es lector de tabaquería.

—Mi papá se ocupa de negocios—dice el menos orgulloso de todos saliéndose con vanidad del grupo.

Y, al cabo del rato, como en tardía retoñación, la voz suave explica:

—Para ganar la vida, las más honorables son las profesiones más concretas. Los negocios son la guerra del tiempo de paz. En ellos las leyes de la ética padecen un peligroso eclipse. El negociante busca la riqueza: no la que se inventa, sino la que cambia de bolsas, y de ese trasiego saca su ganancia. Y así como la llamada ciencia de la guerra se reduce a estudiar el que dos caigan sobre uno y lo exterminen, en los negocios lo que condena la moral adquiere franquicia. El militar, en la guerra, puede dejar de ser un poco caballero; el negociante, también.

Y para qué sirve un patriota?

—Para lo que sirve esa lluvia que ahora cae. Al pronto para estropear ropas y zapatos o para impedir que salgáis a loquear al parque; después para que medren las cosechas. Lo mismo que sin el velar

nocturno del panadero mientras vosotros dormís no tendrías al despertar por la mañana pan caliente, el patriota amasa en sus vigilias el pan del espíritu. Dice un drama que acabo de leer que Holofernes y Judith, dos patriotas, murieron para que los pequeños labriegos de Betulia pudieran cultivar sus coles en paz. El patriota debe ennegrecer sus horas y exponer su vida sin importarle que los miles y miles de sembradores de coles no sospechen lo que sería de sus pobres hortalizas sin su sacrificio.

En el jardín lo ha cercado un grupo de niñas. Prisión fragante. Una de ellas, nacida en el pueblecillo de Boniato, ha dirigido el asedio con el propósito, oblicuo ya a sus doce años, de que el visitante les cuente una historia que el tremendo librepensador que es su padre no quiere contarle nunca: la de la aparición de la Virgen del Cobre. Y sabedora, también a sus años, del valor de los obstáculos para los hombres verdaderos, ha dicho con su boquita trigueña:

—Papá dice que tampoco usted nos la contará.

—¿Por qué no? Pedida por vosotras, si no la supiera sería capaz de inventarla, y eso que inventar para ti debe ser difícil, porque tus ojos se han abierto en uno de los paisajes más bellos del mundo. Te

contaré la historia, y en pago, si algún día nos encontramos en Cuba libre, tú me llevarás al puerto de Boniato a que vea muy a lo lejos el mar entre colinas cubiertas de palmeras que parecen mujeres jugando a despeinarse. ¿Aceptado? Pues allá va. Pero no olvidéis que lo mejor de los cuentos no es de quien narra, sino de quien escucha, y que las historias relatadas a los niños han de ser para éstos vales que representan una deuda a cobrar años después en moneda real.

»Cuando podáis, leed al padre Navarino, al obispo Artega y a Fray Martín del Castillo, y ellos os referirán el milagro de esa aparición en la que yo veo otro milagro más humilde y no menor por eso: el que con los hermanos Juan y Rodrigo, salidos del hato de Verajagua en busca de sal, fuera también a la bahía de Nipe un negrito. Luego se ha querido ensanchar la significación de este hecho, poniendo en estampas, muy feas dicho sea de paso, un Juan blanco, un Juan indio y un Juan moreno en la barquita ante la cual se apareció «como un bulto blando, y a manera de esos pájaros que vuelan casi tocando con las plumas las olas», la venerada imagen.

»Los tres se acercaron y reconocieron que lo que habían tomado por ave era, según dicen papeles

muy viejos, «la sacratísima Madre de Dios, ave de gracia». No menos simbólico—símbolo es todo cuanto parece referirse a una cosa de poca importancia y se refiere a muchas de importancia grande—es que su primer sueño en tierra cubana lo durmiera la Virgen en una barbacoa y que su primer templo fuera de «cujes embarrados y teja». Según se cuenta y según se dice que vieron las tatarabuelas de nuestras bisabuelas, de cayo Vigía llevaron al Cobre a la Virgen, y allí, por tres columnas de fuego y por una aparición a cierta criollita llamada Apolonia, mostró su deseo de ser vecina y patrona de aquel pueblecillo tan bien abastecido por Satán, que es quien dicen que pone los metales bajo la tierra, a fin de que los hombres, por inclinarse hacia ellos, dejen de mirar al cielo.

»Cuando ya estaba en su primer templo hecho de mampostería, en el cerro llamado del Ermitaño, un intendente de Minas apellidado Lugo y Albarrasín—mal injerto de gallego y andaluz—quiso expulsar a la Virgen porque bajo del santuario había aparecido una vena de cobre; pero después de hacer otra iglesia, al socavar, el cobre se les volvió cristalillo, que es cosa de juego, es decir, de poco valor para los avaros, según su nombre hecho de claridad y de diminutivo os lo indica. Y por eso

comprendieron la voluntad de la Virgen de volver a su iglesia primitiva, en donde está y desde donde...

Aparece en este momento el padre de la boquita trigueña, transformada, igual que sus amigas antes tan bulliciosas, en ojos atentos y en silencio; y hay un palmoteo del que se destaca su voz:

—¿No decías tú que no? Pues nos la está contando. La de Nuestra Señora del Cobre, ¡sí!

Y ante el gesto de sorpresa y casi de reprobación del hombre, el narrador explica antes de continuar hablando para el coro de niñas:

—¿Y por qué no se había de contar? Todo cuento donde la infancia pueda aprender esperanza, caridad y fe, es bueno. Las plegarias acercan siempre a la divinidad, y no hay que reñir por textos de oraciones y por nombres de dioses. Yo no les he contado una historia, sino un cuento. Y no es materia de librepensamiento, sino de gusto artístico, el que alguno prefiramos los de Jacobo de Voragine, el hagiógrafo, a los tallados en oro verde por Micer Bocaccio, para el *Decamerón*.

No. Nacho no es un héroe aun cuando se *faje* con toda la clase. Es un valiente, y hay mucho valor extraviado, inútil y hasta perjudicial en el

mundo. La diferencia entre el valiente y el héroe consiste en que el primero expone su vida «porque sí», sin pensar en las vidas de los demás, y el segundo la arriesga exclusivamente por mejorar o por salvar las existencias de los otros.

Al que me pregunta qué es ser mal cubano, le digo hoy: «No lo sé. No hay malos cubanos: Mal cubano es no ser cubano.» Después sí diré: «Mal cubano es el que confunde la crítica con el negativismo, que es la eterna censura; el que estorba, con sus vanidades, sus codicias, su demasiado moverse sin salir del mismo sitio y su demasiado hablar de todo y de nada, a los cubanos que con su trabajo lleven a Cuba a la consideración de las otras naciones del Mundo.»

Diálogo del amigo inseguro

ADIE sabe como el amasador de ensueños colectivos por cuántas alternativas de dolor y de más dolor pasa toda empresa cuya contribución es de oro y de sangre y cuyo logro es un gran bien a repartir entre todo un pueblo.

En su azarosa peregrinación ejemplar, Martí tuvo muchas veces no enfrente, sino al lado, so capa de consejero cauto, de enfrenador de ensueños, a ese amigo tibio que comparte la aspiración y se esquiva al deber de esforzarse por ella. A los indiferentes, a los enemigos, los venció desde la tribuna con su verbo rutilante tan pronto hilado en razones como desbordado en catarata. La Historia que de continuo estudió y la Lógica que en una de sus penurias tradujo, prestaron siempre a sus discursos ejemplaridad y método. En varios casos, dóciles a su imperativo, españoles ofrendaron óbolos y hasta ofrecieron sus personas a la causa de Cuba. No conoció

el desmayo del alma ni siquiera la fatiga física. El espíritu galvanizaba su materia hasta transformar al hombre casi entero en titán. Con el peso de muchas horas de trabajo o de viaje, escaló una y otra vez la tribuna. Así una vez, en Santo Domingo, llega tras treinta horas de caminata a caballo, y celebra una entrevista, pronuncia un discurso, vuelve a cabalgar casi con la resonancia de la palabra última y toma un barquichuelo para llegar a tiempo a donde le aguarda en vez del reposo otra tarea no menos ruda. Para quien hablar era arder, la tribuna debía ser trabajo terrible. Residenciado por las insidias y hasta por la burla—el tributo que paga al genio la mediocridad—subió más de una vez a ella y la transformó de picota en pedestal de triunfo. Acuciado por estrecheces, y en trance de haber echado por la borda el lastre pingüe de un consulado o de una corresponsalía para abrirle más horizonte a Cuba y no perder agilidad en el gobierno de su conciencia, ocupóse horas y horas en salvar el bien de todos, mientras sus bienes naufragaban.

Ni su voluntad ni su elocuencia conocieron obstáculos inconmovibles. Pero donde le dolieron más los dientes de la lima al tratar de morder su entereza, fué en esos encuentros oscuros, en esos diálo-

gos en que el respeto a la palabra amistad exige que golpe y caricia sean casi simultáneos. Esa amistad de resta que busca las hendiduras de nuestro carácter como busca el muérdago las grietas para disgregar las piedras de los muros, lo acechó en el secreto y en la sombra. El la escuchó sin harta nerviosidad y la repelió siempre con energía y sin violencia. Ningún triunfo público le dejó la sensación de lucha que estas pruebas oscuras donde la prenda de victoria era saber callar después de haber hablado.

¡Cuántas veces hubo de dialogar con el amigo inseguro de este modo!:

—Estimo su consejo, sí. Sé que en todo la prudencia es útil. Sé también que usted no representa su opinión únicamente; por eso me sabrá excusar si alzo el tono: es que quisiera ser oído por todos a la vez. A mí también la palabra guerra me asusta, porque sé por completo su sentido. Guerra es suspensión de leyes, lágrimas, llamas, blasfemias, alteración de los ritmos vitales, crueldad y hasta injusticia momentánea, como en el «Españoles, temblad aunque seáis inocentes» de Bolívar. Sé lo que es guerra. Y no veo una ruina o una palma caída sin pensar en las viudas y en los huérfanos. Guerra... No hay en todo el diccionario una palabra más

opuesta a la inclinación de mi alma. Y sin embargo...

—Otra guerra ahora sería horrenda. Piense que aun hay campos quemados y sangre fresca y ruinas de fortunas que se llevó el vendaval de la otra revolución, tan estéril; porque ya ve que al fin y al cabo ellos se salen siempre con la suya. Riqueza contra pobreza y mil contra uno es demasiado. Esos indios heroicos de que usted habla tanto, sucumbieron al filo de las espadas y al fuego de las culebrinas. Y hoy la desproporción es mayor. Cualquier arreglo vale más que otra sangría inútil. Triunfan por miedo si usted quiere, pero triunfan.

—Nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado. Dice usted: «¡Prudencia!» Ojalá pudiera caber todavía. Saco, al que todos veneramos, varón prudentísimo, escribió hace tiempo: «Nuestra cuestión no es ya de papeles, sino de espadas y balas.» Yara o Madrid: he aquí nuestra disyuntiva reducida a términos geográficos. Sé que ahora ustedes quieren afear la guerra perdida, y cuentan sus errores más que sus sacrificios. Por lo noble se ha de juzgar cada aspiración, y no por esta o aquella verruga que la pasión humana, cuando no la diferencia irreductible entre planear y ejecutar, pone en ellas. Los que se inmolaron ya una y otra vez, los

que tienen en alma y piel cicatrices, están dispuestos; y ustedes, los indemnes...

—Es que tememos la inoportunidad. El pueblo necesita reponerse. Nadie duda de usted, bien lo sabe. Pero ¿y si su vehemencia precipita otra guerra prematura y aumenta, con la derrota, los pretextos de la tiranía? Piense en la posibilidad de su error. Nadie es infalible.

—¿Y si por contentar a los que no han de acompañarnos más que con una simpatía débil o un puñadito de onzas dejamos pasar la hora propicia? La hora es en el árbol del tiempo fruto que si no se coge en sazón se pudre sin servir de regalo para el paladar ni de simiente. Al entusiasta puede parecerle crimen la tardanza misma con que la sensatez pone por obra el entusiasmo. Ya le he dicho que no soy guerrero, los brazos de mi alma no van con amor hacia lo militar; sé que el drama de la sangre tiene siempre más de un acto, ¡y predico la guerra! Cada vida segada tendré que enterrarla en mi corazón. ¡Si he llorado ya tanto a los muertos futuros, que a veces yo mismo me veo algo de Lázaro y pienso haber superado al héroe castellano que ganó una batalla después de muerto! Para llegar al término habré de acostar a dormir muchos muertos, amigo mío. Conozco mi responsabilidad. Y a la

hora de la victoria, si llego a ella, me verán mudo, en un rincón, sin pedir nada. ¡Ojalá hubiera otra solución que me permitiera callar o cantar nada más! Demagogo sólo podrá llamarme cualquier alma alquilona de esas que lucen en las ferias de vanidades donde hay gala y reparto. Perdone si me exalto así. No le diría esto si por usted solo me hablara, que lo conozco. Pero puesto que le comisionaron para venirme a pedir tregua de aguante...

—Todos podemos equivocarnos, maestro. De la confianza y admiración que le tenemos no dudará.

—¿Y qué me importa a mí esa admiración, si se echa atrás cuando suena la llamada a la obra? La confianza sí me importa... Dígales que no cabe honor en dejar morir a aquellos cuya obra nos disponemos, sin embargo, a aprovechar; que Cuba no está postrada. Ha tenido las armas en la mano, y si la fatiga y la hemorragia la abatieron, la dignidad y el interés mismo la volverán a alzar. Los pueblos a quienes el honor obligó una vez a empuñar las armas, no olvidan ya el modo de servirse de ellas. Con nosotros o sin nosotros vendrá esa guerra que ustedes temen tanto. Si faltamos a nuestro deber por amor excesivo de la vida o de la bolsa, otros vendrán, o los caracoles de la playa llamarán a combate a los indios muertos y los montes se uni-

rán falda con falda—ya que los pantalones de los hombres sólo sirven para la gleba—dispuestos a cerrar el paso de una vez al despotismo. En donde ustedes sólo perciben sombras, yo vislumbro albas.

—Sin duda usted ve cosas que nosotros no vemos... Cuando habla no hay modo de oponérsele; y después de oírle da como vergüenza de haber opinado de otro modo.

—Pues a rectificar entonces con el carácter, amigo. Una opinión por la que nada se hace es como una balanza vacía, como un ara sin dios. ¡Ah, si no me creyera yo preciso y pudiera formar en la fila, de soldado raso! Pero ya ve usted, tengo tal plétora de fe y entusiasmo, que no compartirla por modestia sería avaricia. Del mando no veo el lustre, sino la responsabilidad agobiadora. Lo que se vió es lo importante y no quien lo vió. Si ha visto usted la angustia de nuestro sufrimiento y la necesidad de acudir a remediarla del modo único que es posible ya, no demerite su visión atribuyéndome a mí lo que es voz de la patria. Por servirla yo, como usted, como todos, debemos estar dispuestos a ser su víctima. Usted tiene hacienda y yo no. Usted tiene un hijo, ¿verdad? También tengo yo otro. Pues la vida es como todas las cosas, que no debe deshacerlas sino

el que puede volverlas a hacer: ¡Tenemos derecho a la guerra! Nadie puede llamarnos ilusos ni *condotieri* ni suicidas. La guerra va a hacerse con nuestra carne, con nuestras ilusiones, con nuestra paz. La Muerte nos lleva el dedo por sobre el libro de la vida, y de esas relaciones invisibles se va tejiendo el alma de la Patria. Además, ¿qué derecho tienen los débiles a usurpar la herencia de Jeremías? Que callen, siquiera para no contagiar a los otros, y se estén tranquilos en un rincón hasta que volvamos para darles su pedacito de patria ya hecha. Puesto que tanto temen, los demás nos haremos ambidextros para pelear con los dos brazos y que ni enemigos ni amigos noten su deserción. Nadie debe impedir que se haga lo que no tiene medio de hacer. Dígaselo a los que le insinuaron que me hablara.

—Ojalá recuerde sus palabras una a una. Cuando hay sol nadie piensa en el frío. Lo malo es luego, cuando usted no está y hablamos y vemos todo negro, hasta el mismo triunfo; no me da vergüenza confesárselo. Muchos temen casi tanto a la guerra como a los cien problemas que nacen de toda derrota y de toda victoria. Mirar a algunas repúblicas del mismo tamaño que sería la nuestra, nos paraliza el alma.

—¡Ah, no! ¡Alto ahí! ¡No, no y siempre no! ¿Qué

pensaría usted de un niño que se suicidara por miedo a los topetazos de la vida? Monstruosidad. La especie se defiende por igual con la flor del beso que con la resistencia de los dolores. Después de un parto viene otro y cada generación repite la misma aventura. Si dudan de nosotros no tienen derecho a dudar de nuestros hijos. Esas convulsiones americanas a que alude, tienen su enseñanza. A los hijos paridos sin dolor se les quiere menos. ¿Que la República navegará entre turbonadas? ¡Ay de ella si no! ¿Que nos haremos daño unos contra otros en los primeros pasos? ¡Ley de la vida! Niño criado con andadores no se atreve a andar cuando lo sueltan, y pueblo que no ha sido niño de llanto y tropiezo no sabe después ser adulto. El mucho heroísmo saneará el mucho crimen. Cuando la bandera de la estrella nos cobije, será como si el mundo empezase otra vez: no habrá cuentas. Con todos y para el bien de todos flameará. Al través de nuestra historia yo veo la bandera dibujarse, colorearse, y cada color tiene un sentido y cada forma obedece a primordiales causas. Por este símbolo vital se diferencia una bandera de un trapo de colores. Fíjese como la bandera de Calixto López no es la de la Damajagua, como la Bayamesa no es todavía el himno. No la vería yo así con los ojos del anhelo,

hecho según estoy a saber que lo más santo se toma de ganzúa por los logreros de este mundo, si no creyese que entre sus pliegues ha de venir el reconocimiento de la fraternidad. De no ser así, ¿valdría la pena de haber puesto tanto rojo vivo en pintar su triángulo? Preferiría yo que quedase eternamente huérfano el astil si una sola duda me turbara.

Así, con frases inflamadas y al mismo tiempo llenas de precauciones, el hierro en una mano y en la otra el bálsamo, habló cien veces al frío que se acercó en demanda de que le restableciese la sagrada fiebre. Quienes lo escucharon en la asamblea, sobre la embanderada tribuna, contagiados del escalofrío eléctrico de la multitud y de la divina perturbación de su palabra, pudieron decir que les fué dado el privilegio de convivir con otra «cabeza de los milagros», con otra «lengua de las maravillas». La Historia de América pasaba en síntesis fulgurantes por sus períodos hechos de mesura y de arrebato, de lava ígnea y de cristal de diurna transparencia. Pero los que no lo oyeron en la intimidad de la conversación no lo oyeron del todo.

Empezaba pudorosamente, con aquel rubor espiritual que, según su credo, debía mantener el hombre incólume desde la niñez hasta esa otra niñez de los ancianos próxima a la tumba. Y el interlocutor

sentía un júbilo creador, cual si su oído coadyuvara al prodigio. Los malos prejuicios fundíanse al contacto de su voz y quedaba el alma desnuda, pura, apta para no ensuciar con jactancia ni timidez la rica materia vital que se le iba trasmutando en sonidos. Porque amaba a los niños con pasión infinita, todos sentíanse, apenas empezaba a hablar, un poco niños junto a él. Y las reconvenciones y los ejemplos y hasta los apóstrofes, no sobrevenían sino cuando la contumacia del error, domada ya, había cedido el puesto a esa alegría sublime del arrepentimiento presto a rescatarse con acciones.

Nadie que sintió sobre el brazo su brazo y la cálida palabra envolviéndolo, retiróse remiso. Olvidábase el lugar, la ocasión, los preconcebidos propósitos, y una atmósfera paternal y patriótica prestábale la absoluta ingravidez de lo eterno. Los peores y los más cobardes sintieron santidad y arrojo a su lado. Las palabras embalsamadas por la imprenta no pueden tener su flúido ni aquel acento que, borrándoles las adherencias viciosas del uso, restituíale las virtudes prístinas.

El amigo inseguro recibió siempre, en pago a su tibieza, la mejor miel de su panal. Si en las horas trascendentales los cubanos que llevan la carga de Cuba sobre sí atendieran al ayer y se transforma-

ran en antenas para captar los conceptos que, sin duda, quedaron vibrando sutilísimamente en la atmósfera donde él nació y murió, el fardo del gobierno sería leve, y flaquezas y errores trasmutaríanse en acción infalible.

n tierra norteamericana vivió Martí los años últimos de su existencia. New York fué su fragua, y la Florida, el balcón adonde, cuando los torcedores del trabajo y del destierro le oprimían demasiado, se asomaba con la ilusión de ver, al otro lado del mar, las costas de Cuba.

A la sombra de la libertad norteamericana pudo, a pesar de varias vicisitudes diplomáticas, realizar su obra. Contó con la simpatía difusa del vasto país, que ya empezaba a cosechar la siembra de su unión, y con el apoyo de ciertas minorías a las cuales no fué siempre el Poder ajeno. El hombre no pudo dejar de ser sensible a esos apoyos; el artista se interesó también por el áspero surgir de una civilización rica en cuadros, perfiles y mapas; el político discernió cuanto para su acción del momento podía sacar de aquella hospitalidad; pero el estadista temió a los Estados Unidos siempre, con ese

temor instintivo con que los seres de tamaño exiguo ven cerca de sí a los gigantes.

Este temor no le tuerce el juicio. Su alma no es de esas que toman pretextos en miedos justos para incubar injustos pensamientos. Si no se manchó con menospreciar a España por tantos daños innegables, ¿iba a enconarse contra los Estados Unidos por los daños entonces posibles nada más?

Con mirar doloroso de querer ser tan agudo, escudriñó la vida de la gran República del Norte, ejemplar hasta en sus mismos vicios. En su obra, los escritos dedicados a los Estados Unidos forman la parte más orgánica y constituyen cinematográfica visión que a veces retrasa el paso de la cinta para mostrar mejor gestaciones y detalles.

Capacidad de ver y de interpretar revelan estos escritos, a los que el aletazo del arte imprime brillo mágico. A poquísimas zonas no llega el haz luminoso de su interés; poquísimas encadenaciones deja sueltas su poder de coordinación. En la progresión geométrica con que la velocidad se ha adueñado del mundo, cien de los hechos que fueron entonces grandes disminuyeron o se borraron en la perspectiva pretérita; y, empero, la lectura los rescata de la distancia y del olvido, y los trae al primer plano otra

vez. Y algunos adquieren a nuestros ojos valor de premisas.

Por cuanto admiró el poder colectivo de un país en el cual ni siquiera para la virtud puede un hombre subirse sobre su pueblo, y por cuanto supo de la psicología de las multitudes, temió aquella gran fuerza semejante por rasgos comunes bajo diferencias despistadoras a la creada en el corazón de Europa para las armas y por la cultura, bajo la égida de Bismarck. Sus hombres señeros, sus fastos heroicos, sus peripecias magníficamente superadas por un sentido práctico vestido con gasas de idealismo, exaltaban su entusiasmo. Desde sus cimientos conocía al gran pueblo y sin merma comprendía la hermosura de aquella que Gladstone llamó «la obra más poderosa que en un solo arranque haya producido en el gobierno de los hombres el espíritu humano». Por sus páginas, henchidas de admirativo aliento, pasan Washington y Franklin, Madison y Paterson, Sherman y Ruledge, Grant y James Wilson Morris Hamilton—aquel inquieto aristócrata de la democracia que gustaba tan poco de sentarse—, y Jefferson, el que redactó en un escritorio de mujer el documento matriz. Héroes y estadistas, filósofos y poetas, van aureolados de estrella en esta exégesis de la vida angloamericana escrita con

ritmo periodístico, al par de los sucesos, pero observada y rumiada en horas de hondura insondable.

Las correspondencias martinianas acerca de los Estados Unidos pueden compararse a esas crestas de nieve sobresalientes del mar que revelan la existencia de inmensas extensiones de hielo bajo el oleaje. Tras estas crónicas de corta y rutilante superficie, ¡cuánta meditación, cuánto esfuerzo para percibir los imponderables que hay hasta en los hechos de estructura más concreta y simple! A las zonas vitales más diversas atiende el observador y en ningún caso puede reprochársele prejuicio. De tenerlo es de simpatía. Su adjetivo no es jamás corto; su pintura no mengua nunca el esplendor de las escenas. Con rendimiento habla de Tilden el filósofo, del doctor Wood a quien llamaron el gran condensador americano no por la parquedad de sus palabras, sino porque las saturaba de pensamiento; de Morse, de Bancroft el historiador que trató de cercar todas las grandezas, de McGlyn el cura erguido en su justicia contra el pontífice y sus dignatarios. De cien más. Leer estos escritos es repasar el censo de las lumbreras norteamericanas de su tiempo.

No cantaría mejor que él las bellezas de Filadelfia un filadelfiano. Sus esbozos de la figura de Cleveland aúnan la mesura al entusiasmo, sin que la

crítica abdique por éste de sus derechos de exclamar, comentando su flaqueza ante la tentación de ser reelecto: «¿Qué tiene el poder, que envenena las mejores voluntades?», y a explicarse, él tan demócrata, lo legítimo de la autocracia del hombre de genio que ve interpretadas por la malignidad y la pequeñez sus intenciones. Con ternura realza la figura de la hermana de Cleveland, que, mientras él rige desde la Casa Blanca el gran pueblo, enseña desde su pupitre de escuela cómo vivió Washington, cómo ordenó Hamilton, cómo aconsejó Franklin y cómo fué a la muerte John Brown. Una libertad pública en ejercicio, aun con demasías e insuficiencias, no podía dejar inerte a quien ponía el concepto de libertad sobre todos los bienes. Pocas veces se ha resucitado con tanta majestad la visita del salvador de la nación al sabio preparador de ella, ni el cortejo cívico en que todas las grandezas espirituales, industriales y geórgicas, representadas en imágenes o alegorías, iban seguidas de un coche de oro vacío, porque nadie osaba reemplazar la grandeza con que lo ocupó Jorge Washington.

No, nadie puede atribuir su miedo a antipatía desrazonada. El vió todas las grandezas del mosaico de razas, y justipreció la dureza de la amalgama que el descontento, el trabajo, las leyes propicias y

el haber echado al mar todos los lastres, desde el miedo al ridículo al aristocratismo heredado, iba a cuajar en el enorme crisol. La posibilidad de que el centro de gravedad de la civilización creada para Europa se desplazase, no escapó a su presentimiento ni dejó de causarle insomnios de intranquila alegría. Ni en lo amenazante ni en lo pueril repara cuando eleva sus plácemes. Lisonjea a las mujeres que desde los primeros puestos privados hasta las elecciones triunfales de Kansas mostraron las buenas posibilidades de una vía no seguida después; exalta a las escuelas de Humpton y Carlyle de donde salen convertidos en agricultores y artesanos los fieros winebagos y comanches; loa hasta a la vaca Mary Ann, la más maternal de los Estados. Ha visto de cerca muchas maravillas sin consentir al deslumbramiento la paralización del análisis, brazo derecho del estudio. Para reconstruir la tela de araña del puente de Brooklyn donde queda prendida toda admiración, su estilo adquirió rara mezcla de ingravidez y fuerza; para cantar el orto de la estrella eléctrica de Edison, cuya luz ha de beneficiar más al mundo que todas las dempas del rojo cuadrilátero, su prosa se petrifica de pasmo. Cuanto ha visto de bello y de noble, lo expresa. Pero el reverso de ese gran tapiz tiene flecos feos y los muestra también.

Porque llegado al pujante país cuando un siete y medio por ciento de su industria no tenía empleo por falta de consumo, ha visto a Compañías ahitas de dividendos pretender aumentar las horas de trabajo y disminuir el salario. Ha visto en Bovery, el Broadway de los pobres, casi mil policías protegiendo al corro que insultaba con su disfraz de falso obrero las reivindicaciones de los trabajadores expoliados. Oyó a Cleveland en un arrebato de irritada honradez, exclamar: «¡Partidario no quiere decir bribón!»; y aprendió empíricamente, allí y no en otra parte, que en la política no se lucha a lo púgil, sino a lo reptil, y que en la cárcel de New York funcionó mucho tiempo la máquina para suspender de las muñecas, dejándoles como en los tiempos lúgubres un reflejo mortal de la otra vida en la faz, a los culpables de la divina maldad del pensamiento.

Ha visto a la gran ciudad cuando sin brisas ni poesías, en verano, arde en peste. Y mientras la miseria fermentaba esa ira que saca al rostro todo el cieno del alma, la hija de un millonario compraba el vaso de remolido kaolín, lleno de aquella alegría serena de Khang-dy tan distinta al dolor con que los chinos de los Estados del Este piden protección a su Joss de oro.

Ha visto más aún; porque ha visto dos grandes

procesos: el de Jacobo Sharp, comprador de conciencias públicas, y el de los anarquistas de Chicago. En uno escuchó de labios autóctonos que quien dejaba caer un billete de mil pesos en el Ayuntamiento de New York se llevaba un alma, y que el comprador de hombres es agobiado apenas sale, por humillada multitud deseosa de venderse. En el otro, comprobó que los cuerpos míseros son incapaces de sostener el peso enorme de la justicia, y que ésta engendra en sus horas de explosión, según sea el subsuelo de las almas en donde arraiga, apóstoles o criminales. En ese proceso descrito en páginas sangrientas, vió que los mismos obreros que cantaban en funeraria fiesta el himno «¡Manos cansadas, oh, manos cansadas!», aprobaban cual si la bandera nacionalista sacada por Powderby, el jefe de los caballeros del trabajo, importase más que la justicia pura, la condenación a muerte de los anarquistas, entre los cuales era notoria la ausencia del autor material del atentado. Debate horrendo, en cuyo curso se le sentían crecer las alas a la Muerte, y en el que dos madres, la del fiscal y la de uno de los condenados, bajo el fiero desprecio de la mulata de Persons, sonreían con la misma sonrisa de amor a sus hijos.

Pero aun miró más hondamente, para poder ma-

cerarlos después en sus soliloquios, los hechos de entraña política y los susceptibles de anunciar las derivaciones que el alma norteamericana tomaba a impulsos de su emporio. La deformación de las doctrinas hasta convertirse en contrarias a su creador sin perder sin embargo su nombre, y la lenta imposición a las minorías de una muchedumbre para quien el paso de la miseria al bienestar constituye el único índice de progreso, no escaparon a su perspicacia.

Por la repartición de puestos presenció batallas nauseabundas y supo que la política, el arte de mejorar a los pueblos, convertíase en lonja de servicios mutuos. De la deformación de las ideas tuvo testimonios y avisos cada día: ¿No devolvió Grant a Lee rendido en Appomattox su espada? Pues por la devolución de las banderas del Sur, años más tarde, estuvo a punto de retoñar el cruento conflicto. El militarismo engreído frente al Presidente que había sido maestro de escuela, quiso por boca de Logán aumentar sus efectivos en ocasión de las primeras marejadas obreras, teniendo por valedores a la clerecía y a la plutocracia, contumaces en acumular medios de ataque contra los humildes en vez de estudiar la forma de darles algo de lo justo. Sin duda el instinto público que presiente los gran-

des riesgos, porque hay hasta en la sociedad más burda una especie de inteligencia involuntaria, de brújula moral, halló a menudo en su tiempo la voz eficaz: Así cuando un diputado descubrió al Congreso las maquinaciones de aquel Cutting, pirata sajón en tierras mexicanas, el país reaccionó al punto. Pero, ¿el instinto y el oído norteamericanos serían siempre tan rápidos, tan sensibles a lo justo? Por cultivo de la vanidad y por embriaguez de poderío y de técnica, ¿no llegaría ese buen sentido popular a ser embriagado con los eternos alcoholes de la patriotería si los organismos directores caían en manos bastardas y en inteligencias no servidas por las normas del bien?

El endiosamiento de la técnica lo empavorece: el primer utensilio del hombre, la quijada del asno, le sirve de símbolo. Máquina es dureza, es ruido, es velocidad con que aplastar al hombre tierno, con que apagar su queja, con que dejarlo atrás, triturado. Un Estado Mayor ciego, en Francia, fabricó pruebas para mantener incólume su error a costa de la honra y de la juventud de un pobre capitán y del escarnio de una raza; y el dramático equívoco en país de conciencia tan sensible, duró lustros. ¿Qué no podría conseguir una Secretaría de aprendices de Maquiavelos educados a fuerza de oro ante la

adoración de la fuerza, si el águila cuyas alas querían Grant y Sherman extender sobre todas las hermanas latinas del Continente sintiera impulsos de usar sus garras y su pico?

Esto temió Martí y esto le hizo exclamar: «¡Yo he vivido en las entrañas del monstruo, y por eso me sobresalto!» Eso le hizo observar que las nacionalidades de la América morena han desarrollado en próspera paz sus energías en razón directa de la distancia que de la América rubia las separa. Y exclamó y pensó así por haber visto a Boston, la Atenas con armadura en cuyas cercanías pensó Emerson, rimó Longfellow y escribieron Hawthorne y Poe; la Boston que oyera la mágica elocuencia del abolicionista Philipps y en cuyo Fanerril Hall nació la libertad americana, salirse de cauce en bruta alegría para recibir a un boxeador. Signo insuficiente, sin duda, si no fuera sumando de una adición aciaga. Todavía no había llegado la hora máxima; pero es privilegio de ciertos hombres inferir de la almendra la forma de las floraciones futuras.

No es posible prever pormenores, que el futuro sólo se presenta a los videntes en sus formas cardinales. Martí no ve a su América partida en Panamá, no puede comprender que la forma redonda de las punteras de sus zapatos las adoptará el yanqui para

patear sin hacerse daño al mundo entero; no puede medir que el dinero de Mammon será prestado con usura a Marte y aun quedará para pervertir, para conculcar, para separar, para violar; no sabe hasta dónde han de llegar Harvard, Columbia, Yale y sus hermanas, pero atisba que la universidad pragmática de una vida triunfante por sus virtudes más espesas se impondrán a la ciencia suave; le es imposible prever que Lynch acogotará con una mano y arrojará al mundo con la otra, para ennegrecerlo, la música despedazada hecha de frenesí lúbrico, de lamentos y de exasperado dinamismo... La almendra ya es amarga, y ello le basta para su temor. Teme que llegue un día en que todas las fuerzas malignas sean aduladas y todas las invenciones del ingenio prostituídas. Ha conocido de reuniones celebradas en la penumbra por la Liga Anexionista, con cínico anuncio de tener dispuestos diez mil hombres de aventura para aprovechar los primeros disturbios en México, en Cuba o en Centro América y exhibición del vergonzoso y profético mapa de las codicias levantado por Byrne.

¿Cómo no ha de temer que el «¿De qué familia vienes?», de la antigua Filadelfia, y el «¿Qué sabes?», de Boston, sean absorbidos por el brutal «¿Cuánto tienes?», de New York? Completando un concepto

de Comte, piensa que sin la aparición de un nuevo poder espiritual, las democracias revolucionarias con sus máquinas devoradoras y sus terribles juguetes puestos en manos de niños criados sin ley moral en hogares de odios y concupiscencias, producirá una catástrofe. La prensa, que debiera ser veraz espejo del mundo, es, en manos malvadas, encendedora de pasiones y multiplicadora de calumnias. El indocumentado, el mal documentado y el que no quiere documentarse, hallan con facilidad una columna y cien lectores. Por un Arthur Howart Noll, viajero norteamericano en nuestra América capaz de mirarle a la estatua no sus lunares sino su hermosura, cientos Dudley Warner van estableciendo en la conciencia de esa masa cada día más ensoberbecida y cada año menos atenta a otros cuidados que a los de su medro, un conocimiento vicioso, caricatural, del que se aprovecharán los dueños de esas tiendas de compraventa de dinero llamadas Bancos y cuantos han multiplicado por el factor ciencia la barbarie de sus almas. Tiembla, sí, tiembla. Y más temblaría si la obra de forjar la patria no exigiese todo para el presente y no aconsejara ocultar cuanto con el miedo pueda confundirse.

Tiembla porque prevé la falta de sincronismo entre el progreso del ser recién nacido y el adulto a

quien favorecen todas las ventajas de la nutrición. Tiembla porque su isla es la llave de América y tiene llenas las entrañas de cuanto la Esfinge providente de la Naturaleza escatimó a otras tierras. Cuando Cuba empiece a moverse en esas primeras dificultades inherentes a todos los pueblos; cuando al alborear la libertad haya de luchar y vencer todavía, según fatal ley, a parte de los mismos elementos de que se hubo de servir para conquistarla, ¿adónde habrá llegado en su población, en sus necesidades, en sus triunfos, en sus arrogancias y en la involución de los conceptos prístinos de su fe el pueblo que ya conoce el sabor de Nuevo México y las vastas llanadas de Arizona? Al acero le teme menos aún que al oro: de oro se hacen las limas para roer conciencias. Lo asustan hechos y palabras ya graves: A asesinar a los negros de Oak Ridge fué una patrulla armada al mando de un Alcalde. ¿Y quién iba a castigar a ese Alcalde si él era la Ley? Queriendo ser sensato y hasta generoso, uno de los magnos órganos de opinión ha escrito, para condenar el primer brote imperialista, estas palabras: «Porque todas las tierras buenas de esos estados limítrofes —de México—están ya distribuídas y en manos de concesiones americanas gran parte, de modo que su adquisición, aun cuando pudiera lograrse honra-

damente; sólo añadiría una pobre extensión a la tierra pública de los Estados Unidos».

No, nadie que examine los datos con que él contó lo tachará de pusilánime. Sabía que el exceso de fuerza lleva a menospreciar y atropellar la razón y que el maquinismo de Marte ha quitado toda esperanza a la pobre honda de David. Y los imperativos geográficos le decían que jamás su isla podría dejar de vivir en la órbita de la enorme civilización que estaba cuajando a su lado. Política, finanza y comercio, iban en cuanto se soltara la amarras de España a trenzar entre los Estados Unidos y Cuba un cable irrompible.

Si el egoísmo que levanta a los pueblos y después los hunde, se sobreponía al recuerdo y a la fe de los puros inmigrantes de Plymouth, ¿qué podría un país pequeño, empobrecido por la guerra, sin apoyo, mediatizado por la necesidad de echar a andar con recursos ajenos la libertad propia, indefenso entre todas las potencias corruptoras y junto a un juez presto a transformarse en verdugo? ¿Iría él a engendrar una de esas repúblicas, feudo de unos cuantos, erigido sobre la resignación del pueblo? ¿Irían a decidirse los titubeos y aventarse los papeles secretos guardados a la sombra del Capitolio? ¿Podría realizarse la pesadilla de unos cuantos cu-

banos obcecados en el ansia de cambiar de postura, según hace el enfermo creyendo suprimir sus dolores, de mudar de un dueño débil, lejano y de la misma sangre, por otro fuerte y próximo, a quien la codicia de los bienes de Cuba induciría a menospreciar a sus nativos, que eso y no otra cosa significaría la anexión? Estas interrogaciones apesadumbraban su cabeza apenas la dejaban libre las exigencias de lo inmediato. Si la Universidad y la conciencia no podían contra el amontonar dólares y máquinas, Cuba no podría dejar de ser hundida, como en el naufragio de un navío zozobra el bote de débiles remos incapaces de apartarlo del remolino.

Bien preveía él que la república no podía surgir perfecta, sabia, sin esas convulsiones de los apetitos que hasta en los países donde cuenta la soberanía con seculares estratos, turban a menudo el ejercicio de la paz. Pero si la corrupción del pequeño sólo a sí mismo perjudica, la del poderoso es amenaza de la seguridad de los débiles. «Conquistadme esas tierras, que ya hallaré yo jurista pedante que legitime con razones el despojo», decía el mezquino gran Federico de Alemania. Y de este lenguaje cínico se esfuerza en identificar vibraciones Martí en la gran tierra que podría ser monumento multitudinario

donde resplandeciese la arquitectura cuya falta ha impedido ver aún su total grandeza a los tiranos.

«Lo que no puede evitarse no debiera ser castigado», consideró un magistrado a quien sus sentencias granjearon el nombre de «buen juez». Ni en la conducta privada ni en la pública, es posible seguir las normas sin tropezones. Los dioses mismos titubean. Mientras exista un hombre infeliz, es que existe un hombre culpable. ¿Y qué pueblo del mundo puede ufanarse de no tener infelices dentro de sus fronteras?

Mas si el grande pisotea la ley divina, nadie bajo el haz del firmamento puede exigirle cuentas; en tanto que el pequeño, si no tiene para modificar sus errores jueces exorables, está perdido. De nada le sirve el «Haceos duros» del otro germano. Propugnarlo sería añadir a la debilidad grotesca hinchazón. Su salvaguardia no puede prevalecer contra la fuerza: a lo más contra los pretextos de manejarla sin ocultar el exabrupto. Junto a la rapacidad del poderoso la dignidad del chico no es suficiente garantía.

Así entrevé Martí el futuro problema del águila y la estrella. De estrellas se ha nutrido el águila y las que fulgen en su bandera testimonian que sabe lo que es tener luceros en el pico. Contra el zarpa-

zo y el picotazo, la indefensión del avecilla es igual que su heroico erizarse. Otro alemán más providencial para la causa del bien, Lessing, decía: «Si en una mano me ponen la verdad absoluta y en otra los esfuerzos hechos por el hombre para lograrla, me quedo con estos esfuerzos y desdeño la verdad misma.» ¡Ah, no es el final sólo, el final caduco y fatal de todo hombre y de toda obra humana, lo que ha de calcularse! Son la limpieza, la pureza de los caminos de Cuba hacia su destino las que hay que defender de toda inmundicia. Lo demás es de Dios—y de Satán, quizás, también.

No cabe, pues, a Martí otro preventivo que exhortar a esa dignidad y pedir a las potestades celestes que no dejen nunca a la ceguera producida por el poderío del oro y de las armas, desconocer los sacrificios de sangre y de ideal realizados por los pequeños, superiores a los que realizaron ellos mismos para alcanzar la cima. Esperar, confiar, merecer. Esto es todo.

Y eso es lo que hará que su alma ponga muchos años después de su tránsito en otra de las bocas más puras de Cuba, en la de Manuel Sanguily, esta imagen formidable con que, ante la presencia de un Secretario de Estado norteamericano, turbóse el convencionalismo de cierta comida diplomática:

—Nosotros creemos en la buena fe de los Estados Unidos. Pero si contra todo derecho y contra toda esperanza un día el águila tendiera sus garras y su pico hacia nuestra estrella, estamos seguros de que la matrona de Bertholdy erguida sobre el estuario de New York, curvaría su cintura de bronce para apagar con lúgubre chirrido de catástrofe, en las aguas, la antorcha de la libertad.

Funesto milagro el de esa efigie del derecho curvándose movida por el ultraje, para anunciar al mundo otra gran ignominia. Los hijos de Atila han de desencadenar aún muchas catástrofes, y sus caballos no dejan huellas de esterilidad porque son de vapor. Temamos a esa hecatombe que turbó el sueño de Martí, aprestándonos, siquiera, a no haberla acercado con nuestra conducta y a tratar de oponernos a ella, si alguna vez llegase, con todas las fuerzas exasperadas del ser.

Apólogo de Mary González

stá invitado a almorzar, y llama en la cancela de la casa antes de que llegue el sol al meridiano. Ha corrido muchas tierras, ha vivido muchas costumbres, pero el amor a la patria donde tan poco ha estado con el cuerpo, lo mueve cuantas veces le es posible a ajustarse a los horarios de ella. A poco de sonar la campanilla, una muchacha avanza por el jardín. Es ágil; su tez soleada y el ritmo de su paso sugieren ideas de gimnasia y de juego. Luce esa fuerza ágil de los buenos cruzamientos de raza. Debe de ser la hija del anfitrión.

—¿Usted es el señor Martí? Pase. No puede figurarse las ganas que tenía de conocerlo. Al primer mitin que den los cubanos, voy... No he ido antes porque estaba en el colegio, en New Jersey... Pase. Yo le haré compañía hasta que papá venga. Tuvo que ir a la fábrica por no sé qué asunto... Él cuenta y no acaba de usted.

Un poquito turbada, a pesar del aplomo aparente la muchacha guía al invitado, que sonríe. Cuando van a subir los primeros escalones de la casa, él le dice:

—También yo la conocía a usted de nombre... Sé que, aun cuando ha nacido en Valladolid, se ufana de ser americana; que tiene el primer puesto en todas las asignaturas de savia inglesa... Y el acento es yanqui puro. Cuando tengamos confianza le diré que su boca puede reprocharle a su nariz el que se entrometa un poco en su conversación: Su inglés es nasal, y su español suena ya un poquito a falso, como moneda que empieza a partirse.

—¡Vine de tan chica...! Además, mi madre, aun cuando hija de españoles también, nació en Boston. El idioma de mi niñez no ha sido el español, y casi tengo que traducir... ¡Como que cuento y rezo en inglés! Papá querría que hablase como él, pegándome con las *jotas*, las *zetas* y las *erres*. Cuando me da por complacerlo quedo más cansada después de una conversación que tras un partido de *tennis*.

Ríe con su boca fresca de dientes nuevos. El invitado le responde:

—Ni su papá tiene en esto razón... ni usted tampoco. La corriente nos arrastra, mas hay que nadar contra ella Y usted, tan buena deportista sin duda,

hace todo lo contrario: nada a favor. Ya que no hablar, procure, al menos, pensar en algunas cosas como piensa su padre.

—Pues tampoco. Nos reñimos, porque nos queremos tanto que cuando estamos juntos sólo tenemos tiempo de mimarnos el uno al otro. Pero siento que si se pusieran frente a frente nuestras ideas sin que las sujetaran nuestros cariños, nos pelearíamos de firme. El, aunque usted lo ve tan comerciante y aunque le haya ido tan bien en su fábrica de tabacos, es poco práctico. Mientras que yo... Los molinos de Don Quijote le dan vueltas en la cabeza. No creo que haya, no aquí en Tampa, sino en todo el mundo, un español más español que él.

Ya están en el corredor festoneado por una enredadera de hojas brillantes; ya se miran, sentados, frente a frente.

Bajo el ancho bigote la sonrisa buena persiste. La muchacha, para afirmar su desenvoltura, cruza una pierna sobre otra y respira recio, contrayendo e hinchando el busto de curvas magníficas. Media entre ambos un silencio atento. Ella, muy mujer, se desasosiega y lo corta.

—Mire que papá, español tan español, y usted, que es el filibustero más filibustero según dicen, entenderse...

—Y a maravilla. Nuestras almas hablan la misma lengua. Me ha invitado a su mesa, y pienso nada menos que sacarle dinero para nuestra revolución. Usted y yo, en cambio, creo que no nos entenderíamos tan bien. Vamos a ver, ¿quiere que riñamos un poco mientras él llega?

—¡Oh, no!... Ya sé que va a decirme lo que otros me han dicho: Que me he americanizado demasiado, que me siento americana hasta la médula, que admiro esta civilización, esta libertad, estas oportunidades dadas a todo ser libre... No lo niego. Para mí el pueblo más grande y más liberal del mundo, es éste. Pero discutir con usted, ¡Dios me libre! Sé que es un portentoso orador. Me aplastaría con bellas palabras, a la española.

La sonrisa ha comenzado a disolverse bajo el mostacho y todavía, antes de que desaparezca por completo para dejar sitio a un gesto triste, transcurre otro silencio lleno de piar de pájaros y cabecear de rosales. Esta vez no es ella quien lo rompe.

—Ataca usted antes de que la ataquen. Dicen que es la táctica mejor. Y, sin embargo, no siempre es de fuertes. Habla usted de los oradores como de los brujos, con una especie de admiración medrosa, como si el orador fuera un tramposo, un prestidigitador de palabras... A los grandes oradores se les

conoce mejor el mérito cuando tartamudean. Y yo ni siquiera voy a tartamudear ante usted, porque voy a hablarle de cosas que tengo muy pensadas, muy sentidas: que he dicho muchas veces. Mi admiración a este país es también muy viva. Ha tenido y tiene grandes hombres; tiene grandes masas también. Pero adora a Mammon, se está envaneciendo de su fuerza y temo que, convertido en retorta de todos los pobres del mundo, dé un día una raza enriquecida y rapaz que no pueda tener por antepasados a los emigrantes del *Mayflower* ni a los redactores de la protesta ejemplar al rey Jacobo. Nada ayuda a despreciar tanto la razón como la fuerza excesiva, y este país ya la tiene. La meta es ya para cientos de miles de americanos el oro con todas sus concupiscencias sensuales y el poder con todas sus bastardías. Los grandes idealistas, poetas y filósofos, tienen en este pueblo que ama usted tanto, un carácter excepcional que sorprende. No son culminaciones de la masa, sino incrustaciones extrañas a ella. Hoy se amparan con todas las estrellas de su bandera, en el amor a la libertad; mas la libertad es incompatible, y la paz también, con el acaparamiento de la riqueza. El águila no es en vano su Espíritu Santo, y llegará un día en que otras fieras de otros emblemas tengan que luchar contra ella.

¿Que crecen aquí el bienestar y la independencia? En buena hora. ¿Que usted y cien mil *girls* se enorgullecen cada día más de lo de prisa que van hacia las nivelaciones sociales? Albricias. Las muchachas de España, las muchachas de toda nuestra América, son junto a ustedes pacatas e indecisas. Pero cuide usted de que para conquistar esta superioridad del cuerpo y del alma no haya sido menester sacrificar algo sustantivo del sexo. Yo le temo al dólar como a algo perturbador. En el nuevo Paraíso la serpiente llevará un dólar de oro en vez de silbido y de veneno. Admiro a esta gran nación en sí, pero no quiero parecerme a ella, ni quiero que la nación a la cual he dado ya mi vida dependa de ella nunca. Con los españoles como su padre y aun con los otros, me entiendo. Con los norteamericanos, no. Aunque a veces queramos las mismas cosas, las queremos con palpitaciones diferentes. Y usted fundiéndose en esta raza es algo que se me pierde y me da ganas de llorar... Porque usted se casará con un americano, y sus hijos no mirarán nunca más con ojos puros hacia nuestros países; antes bien, se servirán de su heredado conocimiento de nuestras flaquezas para mejor perdernos. De un Smith aun puedo fiarme. De un González norteamericano no me fiaré jamás. De la transfusión de sangre que no

es afín, mueren los enfermos. Aun cuando se injerte en el tronco de nuestras repúblicas el mundo, el tronco ha de brotar de cada tierra, nutrido de su sangre, de sus sacrificios, de sus tradiciones. Cada país necesita vivir con todos, pero de sí. Ni con limosneros de derecho se fundan naciones ni con parásitos o mulatos de civilización se sostienen. Es más fácil invadir a un país que nos tiende los brazos que a uno que nos vuelve la espalda. Y en el futuro, cuando se rompan los lazos inmediatos de la estupidez y la maldad, de España tiene que venirnos la sangre afín: de esa España grande cuya esencia está usted cambiando poco a poco por *confort* y por libertad falsificada. Libertad, María—¡no Mary!—, es el derecho que cada ser tiene a hablar sin hipocresías y a ser honrado. A España, hoy enemiga, todos debemos, después de combatirla y de reformarla por nuestra victoria, sentirla en lo hondo de nuestras entrañas, porque de ella vino nuestra vida, de ella viene nuestro indómito temple y han de venir las resistencias del mañana. Si unificamos la cultura, de posible diversidad, la raza, de imposible separación, nos abrirá nueva plaza en la Historia. Un indio educado puede ser Benito Juárez, ¡pero a condición de que Cortés fecunde a la Malinche! España caída, empobrecida en manos de

torpes gobernantes, tiene, empero, esa grandeza que anhelo yo para todas las naciones de mi América, porque pueblo mayor no es aquel en el que una riqueza desigual produce hombres crudos y mujeres venales: pueblos grande, no importa su tamaño, es el que da hombres generosos y mujeres puras. Todavía está expuesto a ser esclavo el que mantiene esclavos a su lado, y este pueblo tiene dos amos déspotas: el dinero y la prisa. Yo digo a los míos: El vino de plátano, y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Y así le digo a usted, María—¡no Mary!—, María González, hija de español, nieta de españoles, acepte usted sólo de este emporio lo que pueda ser fronda de su árbol sin alterar el jugo vital que por el tronco hispánico viene de muy hondo, de muy lejos. La vida espiritual es una ciencia como la vida física; cultive usted su españolismo y, corrigiendo el viejo proverbio, piense que, por desgracia, aquí todo lo que reluce es oro. De la raza, como de la religión, el que reniega es siempre sospechoso hasta para las mismas raza y religión por que deja las suyas. Recuerde usted sus años de colegio, y alguna aventura habrá en la que su españolismo le haya servido de coraza o de arma. Usted dice con Séneca: «La Patria es donde bien se está» y además, en el idioma perentorio de hoy: «¡Quiero vivir mi vida!»

Y la vida, la más nuestra, María—¡no Mary!—, no es nuestra sólo: hay sepulcros y hay cunas. Hay voces en la sombra, manos invisibles que impulsan y piden... ¿Se le aguan los ojos? ¡Buenas lágrimas! ¿Ve usted como el orador no es el abrillantador de mentiras, sino el desnudador de verdades?

Una mano ha ido a refugiarse en otra mano y una cabecita de rizos color de caoba ha buscado el cobijo del pecho varonil. Sin duda todas las palabras no fueron entendidas, pero hay el tono, la atmósfera... Y las que dieron en el blanco del corazón bastaron. Al través de las insinuaciones de lágrimas que no llegan a llanto, ella sonríe. Y una marejada dulce los envuelve. Por esa sonrisa veteada de emoción se siente pagado de su larga plática. El mito de Orfeo ha vuelto a realizarse. Una palabra más, una insinuación suya, y el premio supremo sería para él a pesar de toda la diferencia de edad. La certeza subconsciente de que su vida está cercana al fin lo embriaga cual si fuera a llenársele en raudal la copa a medio vaciar de la existencia. La tentación dura un tiempo mínimo: ¿No venció otra más fuerte, allá en Guatemala? En la mañana rubia, ante la belleza rubia rendida, siente otra vez que del mismo germen son la miel, la luz y el beso. Ya la conciencia se ha impuesto en fácil triunfo. Si la

mujer al ser conmovida necesita besar, Mary González no será harto defraudada: Besará; pero el beso que reciba no tendrá el aguijón sabroso y ponzoñoso que suele enconar los besos febriles. Dos manos cogen su cabecita y la guían. El beso no es ruidoso: es largo, de alma, en la frente. Y, al separarse, él murmura:

—Vamos a ver si el discurso sirvió de algo: ¿Cómo se llama usted?

—María González—responde ella comprendiendo rápida.

En ese instante se abre la cancela, y entra el dueño de la casa. Es corpulento, jovial, áspero de facciones, y de ojos blandos. Desde lejos bromea con su huésped:

—¿Me está usted dando lecciones de filibusterismo a mi princesa, señor cabecilla?

—No, señor. Se las he dado de españolismo, que no es lo contrario aunque algunos se lo figuren.

Ya están juntos los tres; y hay otro beso entre padre e hija, y un apretón de manos entre los dos hombres. Los rosales cabecean en el jardín cual si quisieran otorgar fragante aquiescencia a las palabras. Una brisa que viene de bañarse en el mar, que viene de Cuba tal vez, lleva hasta el fondo de los pulmones ecos de sal y yodo.

Elogio de las ortigas

UIÉN es ese que plañe por dentellada de perro al borde del camino, por arañazo de insidia, por obstáculo de envidia cuajada en negaciones, por salpicadura de cieno o por aguijón de avispa disfrazada de abeja? ¿Es que no ha leído el cuento traído de Asia por Puchkine a la literatura occidental, o que no sabe aplicar a su caso la alegoría? Si pierde en quejarse el tiempo que se le otorgó para otra cosa, sáquenlo de la vanguardia de los dígitos, donde no merece estar, y échenlo a la masa anónima e hirviente. No cuadra con tan poca fortaleza tanta ambición: Quería la grandeza de ser señero sin ninguna de sus servidumbres.

Muchas suertes de grandezas hay: la óptima viene del concepto vivo del bien, y no puede ejercerse en soledad. Gobernar entelequias o ideas es pastoreo sin duda difícil. Gobernar hombres y mantener el alma sin tacha, sólo es dado a los herederos de Jesús.

Cada individuo de la muchedumbre es estría de una inmensa lima que muerde lentamente a sus dueños; y entre su estático ondular y el anhelo de acción fecunda suele poner, a modo de pésimos intermediarios, esos entendimientos sietemesinos hábiles en parodiar el arte con el artificio, la nobleza con la dorada falsía, y en reducir a cubileteo de tahur todos los tratos humanos. Seudobuenos, seudocultos, nada deja de estar pautado en ellos sobre la cuadrícula utilitaria. Sin su impotencia serían demiurgos. Viborillas o insectos de virulencia aguada reptan o vuelan causando un poquito de ruido y unas cuantas ronchas nada más. En las bocas de estos abortos, que ni son pueblo anónimo ni excepción, oiréis rebajarse cuantas frases troqueló para expresarse la humana dignidad. Como van a gatas o de rodillas, a los pobres anónimos les parecen altos, y a veces aplauden su afán de reducir a los de divina estatura a su empinada pequeñez.

Listos son sin duda, no inteligentes. Aprovechan, como en la artera esgrima japonesa llamada *jiu-jitsu*, las fuerzas del contrario. Sobresalen en esos vicios fronterizos de ciertas virtudes, y son groseros diciéndose francos, hipócritas diciéndose cautos, temerarios llamándose valientes, avaros

teniéndose por económicos, estrechadores de porvenir so capa de la previsión.

Viven en el envés de la filantropía, y en vez de aumentar con su esfuerzo las grandes corrientes del mundo, quieren que todo el progreso del alma y de la materia sean afluentes beneficiosos de su persona.

El verdadero filántropo, el verdadero sabio, suele conducir mal sus asuntos personales, porque alza sobre sí su inteligencia para iluminar el mayor área de oscuridad humana; el falso grande aplica la pequeñez de su capacidad a la pequeñez de su existencia, y logra los mezquinos auges.

Para el hombre que no es nada, el dinero lo es todo; después vienen los honores, las prebendas, los cintajos, la hojalatería áurea y esmaltada de las Cancillerías, los diplomas y los colores para pintar las paredes de las oquedades. Si un hombre con talento y sin carácter es cual navío de potentes calderas privado de timón, un cerebro de cuya función sólo su dueño y los de su sangre pueden sacar fruto, es específicamente antisocial, es decir antiheroico.

De aquí el largo vía crucis sin cirineos del héroe que no muere momentánea y espectacularmente a consecuencia de su heroicidad. Quien se da a los hombres es devorado por ellos. Martí lo sabe desde hora temprana y tampoco ignora el riesgo fatal de

perderse a sí mismo si no tasca el freno de su pasión. Para su obra necesita de la masa y también de esos jefes de grupo en continuo peligro de caer en la lisonja de los de abajo por despecho contra el de arriba. Alma de esencia aristocrática, busca en la democracia la materia de sus esculturas. Y a veces entre la arcilla dúctil, cuando más confiados modelan los dedos, surgen piedras.

El problema de los subalternos, uno de los más arduos de la vida, él lo resuelve con esta palabra mágica: amor. Mahoma tuvo a Omar, Rodrigo a Minaya, Bolívar a Sucre. Él tiene un manojo de almas generosas de sí, entre las cuales es deuda de honor para estímulo de los pocos segundos que no han tenido envidia a sus primeros, destacar las de Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Martí paga a los préstamos de adhesión intereses de inmenso cariño. Actúa él en esa época de la patria en que ésta no puede utilizarse de pedestal, exige sacrificios constantes y apenas da espacio a la tentación de servirse de ella por la necesidad de servirla hora a hora. Sin embargo, la envidia es tal que hasta de los dolores toma celo. Los que fueron sojuzgados en la discusión, desenmascarados sin violento ademán, babearán palabras en lo oscuro. Al genio, además, sólo puede admirarlo el talento. La

nada no puede comprender al todo, y de los más maravillosos deslumbramientos queda siempre un poco de dolor debajo de los párpados.

Las ortigas herirán cien veces antes de la bala postrera a este caminante del ideal, sin economizarle, en pago de sus luchas colectivas, las personales. Quiere, a ejemplo de su sosias espiritual, que sus enemigos digan según dijo del padre de América un general hispano, que si temible es en la victoria más lo es en la derrota, pues donde otros hallan apocamiento él concibe y realiza hazañas quiméricas. No obstante, su destino no es militar. Alma angélica, ha de sucumbir en su primer contacto físico con Marte. De la guerra, por caridad divina, sólo ha de saber los vítores, la deuda de entusiasmo pagada entusiásticamente, y el milagro del cariño y del yodo. No obstante, ninguna de las expediciones frustradas, de las perdidas prédicas, de las picadas menudas y viles, lo desmayó. De cada incineración resurgió el ave fénix de su fe. Sufrió con entereza el dolor de su tierra y el dolor de la tierra de que fué hecha su carne. Como el arte afinó sus cinco sentidos, la vida estrecha y los horizontes sin belleza lo afligen más que a cualquier otro. Supo el precio y no el premio de sus sacrificios. El arte-recreo se le convirtió a diario en arte-deber. Vivió en el

tumulto horrísono, él tan buen gustador de silencios. Cuando necesitaba un retiro campesino donde reponer en el seno de la Naturaleza las fuerzas perdidas en luchar contra ella, la ciudad los exprimió con su angostura de hierro y cemento, y no pudo pensar siquiera en la campiña como escenario de paz ni concebirla sin rocío de sangre.

Tampoco Eva lo consoló siempre de la traición de Eva. A la sirena cuyo rostro y cuyo busto humanos incitan a lo que hace imposible la cola de pez injertada a su talle, opónese a menudo en la vida la contrasirena, en la cual, a pesar de su total traza de mujer, sólo el sexo vampiro, de monstruo, es verdadero. Tal día que hubiese querido detenerse a evocar el pasado o a escrutar el futuro, hubo de consumirlo en el torbellino del hoy. El dolor de que su madre haya de vivir en casa ajena habrá de dejar sitio a dolores menos y más suyos. Por venir de todas partes e ir a todas partes, pasará sin desconfianza por esas encrucijadas donde el mérito de una larga caminata aborta en un mal paso. El joyero a quien se le ha pagado en moneda perfecta su mejor joya dará en vez del oro de la amistad el dublé de las falsas simpatías. Cuando mayor sea su necesidad de recogimiento, habrá de dispersarse; cuando más necesite atender a la

melodía interna, voces de eutrapelia o de maldad cotorrearán o tramarán en derredor suyo. Sueños reparadores y ensueños silenciosos le serán por igual estorbados. Penurias más que suyas de sus seres queridos, lo obligarán a escribir números menudos al margen de las cuartillas en donde escribe frases luminosas. Y en medio de ese trajín, cada vez que su paso necesite ser más elástico, el pinchazo de una ortiga, de una tuna brava, de un ínfimo *guisaso,* pretenderá detenerlo o retrasar su marcha.

Designio inútil, pero útil dolor. Sin él quizás el orgullo del alma al acercarse en su vuelo libre a los dioses degeneraría en soberbia. La grandeza no consiste en desentenderse de la pequeñez, sino en sobreponérsele. La mejor prueba de que al espíritu debemos pedirle nuestros mejores goces, es que en muy pocas partes del cuerpo podemos experimentar un placer verdadero y en cualquiera podemos sentir, en cambio, un dolor grande. Pero, a veces, por hiperestesia, el daño inferido a uno pasa al otro elemento del ser. Para el hombre de Ciencia o de Arte, esta convicción puede ser preservadora; no así para el creador de pueblos, en cuya vida especular ha de tomar tantísima parte la materia. Martí, lejos de odiar a las ortigas, las aparta de sí procurando no

romperlas: las considera diezmo debido al privilegio del Espíritu, benéfico daño.

Sutiles son los matices de la actitud ante el dolor, y frente a la protesta no está la resignación nada más: hay la alegría próxima a la jactancia y la voluptuosidad cercana al masoquismo. Martí se resigna o se alegra en la medida que los dolores puedan prestar efectividad a su misión. Por el aliento religioso palpitante en todo filántropo y en todo héroe, ha de buscar en sus heredadas creencias la necesidad de ese tributo. Puestas una sobre otra las religiones no se llevan ni un punto, ha dicho él ya. Empero, hay una tradición paternal, y fiel a ella, más que la sonrisa búdica y la anestesia obtenida con la voluntad por los fakires, sentirá Martí la acomodación de Cristo a su destino humano y el inflamado desasimiento de los místicos que lograron domeñar su materia saturándola de alma. Sin duda en el Huerto de los Olivos hubo espinas y sin duda no fueron las de la corona postrera las primeras clavadas en la carne suave del Rabí.

Agudeza de pincho tenía la voz de Judas. Y esa voz de leñosas resonancias habrá de oírla todo hombre en quien la llama de una Pentecostés de sacrificio en pro del linaje humano venga a posarse. Martí se ha sentido punzado muchas veces y ha es-

cuchado los ecos de esa voz sin sorpresa. Por sentido teológico y filosófico comprende que la traición y los treinta dineros son imprescindibles en toda redención. No dicen los evangelistas en su escueta reseña que las palabras del apóstol de Kariot salieran al encuentro de una impaciencia del alma divina ganosa de desprenderse del lastre humano. Las que decidieron a Martí a abandonar el seguro relativo de la organización guerrera por el campo, sí salieron al encuentro de su deseo.

¡Con cuánta rapidez sintióse lleno de la resolución de dejar en otras manos lo hecho por las suyas para ser un soldado más en la contienda! Lo mismo que grita el aeronauta al cortar las amarras: «¡Fuera todo!», gritó a cuantos pretendieron disuadirle, su ser ávido de sentirse en alto y rodeado de azul. ¡Benditas ortigas que le habían hecho desde niño recobrar una carne de la que tan a menudo se ausentaba! Ortiga manejada por mano de hombre o por rama de planta, espuela del ideal, además de la tierra para retener a quien se siente de estirpe de dioses, ¡bendita seas!

Por ese generoso anhelo de bendición sufrió Martí sin que jamás se le enconaran vuestros rasguños. Y cuando se aprestaba a cortar las amarras, no sólo recordaba con grata melancolía cien aguijones, sino

que se apretó contra todas las aristas y zarzas que fué hallando desde su salida de New York hasta su cita con la muerte en Dos Ríos, para sentir en su sabor más cierto la vida que mereció y cantó con palabras y actos.

Segundo retrato

Se repasan con emoción los recuerdos iconográficos del hombre luminoso sin que los dedos logren mecanizar el ritmo de pasar las páginas. Los testimonios directos de la fotografía, los grabados, las reproducciones de pinturas y esculturas, se detienen largo rato ante un mirar en que todo el ser tiene presencia. Y a partir de un punto el gusto titubea, porque las imágenes adquieren valor cíclico y cada una incita el interés con motivos plurales.

Hay un vano de evolución física entre el retrato de 1872, aún de adolescencia, y el primero de su madurez, donde aparece en la actitud de presentar al hijo de quien espera tanto, con júbilo tan mal reprimido por la continencia, que se advierte que de tardar el fotógrafo un instante más, los brazos habrían ido a ceñir el pedacito de carne florida. ¡Bello y emocionante retrato éste, donde la plenitud paternal se entronca con el testimonio de que un

vigor ahora todo carne blanda y sonrisa reemplazará al suyo cuando todavía hay ingenuidades infantiles rezagadas en sus ojos. Los dos retratos intermedios apenas si desenvuelven las facciones juveniles, que en el lapso de un quinquenio se intensifican y adquieren fuerza y dulzura máximas.

He aquí, murmuramos, un rostro que no es máscara y que no exige el entrar a traición por sus pupilas para llegar al silo donde las entrañas y el alma se sueldan. Clara y transparente la faz de Martí es la imagen carnal de su espíritu. No lo querríamos con otra apariencia; no se atrevería el anhelo de la admiración a corregir ninguna de sus facciones. Por eso el gusto titubea tanto para escoger una efigie y decir: «Esta es la más representativa.» Y, en ocasiones, los párpados se cierran para dejar que un prejuicio o una elucubración ajena a lo sensorial determinen la preferencia. En uno de esos momentos ya el retrato de 1885 ha estado a punto de destacarse. ¿Por qué, si no es más bello ni más expresivo que otros? Así como en la maldad, según dijo él, se crean virtudes relativas, en la bondad de la admiración pueden crecer vicios parásitos: en 1885 nació quien escribe esta ofrenda, e iba a dejarse llevar por el halago de sincronizar la fecha del retrato y la de su natalicio.

Ese retrato de mirar penetrante, de frente poderosa, de bigote ya caído sobre los labios, de garganta descubierta y de brazos cruzados en actitud de misteriosa espera, aventaja en valor representativo al óleo de Herman Norman y a todos los obtenidos en el año 1891—el más rico en testimonios fotográficos—, de uno de los cuales, a pesar de tener la cabeza apoyada en la diestra, en vez de petulancia efluye modestia y fatigada dulzura. Y, sin embargo, no será todavía éste el retrato elegido. Tampoco lo serán, entre los del año siguiente, el simbólico que tiene intrincado fondo de boscaje ni el que lo muestra, en grupo, tocando con leve tangencia la bandera que cubre la tribuna, cual si quisiera tomar de ella la esencia de su peroración.

Habrá que circunscribir la duda a los retratos del año 1894, víspera del año siniestro. Y entre ellos la excogitación será ardua. ¿Aislaremos la figura sobre cuyo hombro la mano filial de Mantilla se apoya, o retendremos por su valor de alegoría al que perpetúa en enlace de brazos la amistad que a Fermín Valdés Domínguez lo uniera desde el primer albor de la mente al latido último de las arterias? ¿Ampliaremos con la fantasía la casa de Teodoro Pérez, engalanada con los sinónimos de la bandera y de su nombre, para percibir mejor el cuer-

po enjuto y la testa un poco inclinada sobre el pecho? No. Todavía permanecerá el ánimo indeciso ante el grupo donde él y Valdés Domínguez están sentados en primer término, y tienen detrás, en pie, a modo de alegórica posición de la juventud, a Panchito Gómez, el que había de morir en Punta Brava sobre el cuerpo del héroe de tez de bronce y de conciencia más clara que todas las pieles rubias del mundo. Puesto que es preciso resolver, colocaremos encima de todas esta fotografía en que aparece solo, con el saco cerrado y la cabeza apenas erguida. Ya está. En ninguno es más él; y además este retrato fué hecho en tierra que casi no era de exilio: la querida tierra de México, generosa para su memoria como lo fué para sus plantas.

¡Qué patética ajenidad tienen en esta imagen los ojos! Ni siquiera el bigote, tan de la época, ni el rígido cuello de la camisa, ni el traje, impurifican el hálito de la eternidad que lo circunda. El pelo, claro ya en la cúspide, deja presentir la calavera. Una espiritualidad infinita quema su postrer resplandor en las pupilas. ¿Es triste esa luz? Al primer examen lo parece. Empero, si nos bañamos en ella, si meditamos en ella, advertimos que tomamos por melancolía esa seriedad mitad serena, mitad atenta, hija del largo vivir con las calderas del es-

píritu en presión. Retrato inefable, retrato inolvidable... Todo en el rostro rima con el mirar, y bajo la sedosidad del mostacho percíbese en los labios cierta voluntad de silencio. Ya todas las palabras están dichas: La hora decisiva de los actos se acerca. Y no puede esta hora, para quien tan ahincado afán puso en adelantar las agujas del reloj de la Historia, ser hora triste. Ilumine su mente el fuego fatuo de los presentimientos o no, la depresión no puede disminuir su alma. Artista tocado por la simpatía de los dioses, no tuvo jamás la alegría ordinaria ni el dolor gesticulante y grotesco. Morir joven es don, y morir de su obra destino feliz. La adversidad lo halló siempre con una sonrisa serenísima diluída en todas las facciones, porque no dejó de contar con ella jamás. No gustó empinarse, ni siquiera en las horas torrenciales de la oratoria, porque recordaba que nada ofende tanto a quienes en vano aspiraron a la grandeza, como el espectáculo del hombre grande. Cuando lo sustantivo es cabal lo adjetivo sobra.

Pero de ese esfuerzo de nivelación surge engrandecido. Parece la montaña menor cuando está rodeada de colinas; sólo el nivel del mar marca la altura verdadera. Ante la lente del fotógrafo autor de este retrato, se ofrece un hombre en vísperas del gran

logro a que encaminó todas sus horas. Frisa en los cuarenta y dos años; sus facultades mentales y corporales llegan al ápice. Porque conoce el precio de todas las cosas no se hace ilusión de recibir de la Naturaleza el regalo del genio, y está dispuesto a pagar a los desposeídos en monedas de atención, de contemporización, de amor y de sacrificio su privilegio, a fin de enfrentarse con los dioses, sin deudas. La tarea ha sido enorme. Hasta de cíclope físico hubo de dar prueba su naturaleza delicada para no rendirse a las fatigas. No todos fueron Judas, no; pero aun entre los apóstoles fieles uno negó tres veces y otros se disgregaron amedrentados. ¿Que la obra del bien fué siempre de los menos y a pesar de los más? Sin duda. La miel de los adictos lo compensó de las amarguras y las indiferencias. Manos fieles repitieron los ademanes de la suya —¡benditas sean las de Gonzalo de Quesada, las de Tomás Estrada Palma, las de Enrique José Varona, las de Manuel Sanguily, las de Benjamín Guerra y cuantas tejieron a su lado, hilo a hilo, la bandera de Cuba!—; pero otras manos, por torpeza o miseria, realizaron cien veces, a favor de la viscosa sombra, la tarea de Penélopes sin esposo. Entre pinchazos, entre dudas, entre cobardías disfrazadas, entre entusiasmos de peligroso brillo, ha llevado

hasta allí la hebra de la revolución, y por su gran conocimiento del mundo espera que la voz de Iscariote, fea y necesaria para el cumplimiento de las profecías, lo moteje de «Capitán Araña», a fin de tomar los remos de la barca de Caronte sin volverse a echar melancolías en la estela. Para ese minuto ha de estar dispuesto, ágil, sin lastre de gratitudes ni de resentimientos. Olvido de los besos dados y de las ofensas recibidas. Aun cuando las piedras del odio apenas les da el sol se desmoronan con fetidez, pesan al cabo. Al ponerse ante la cámara fotográfica su gran Libro Mayor de la conciencia tiene todos los saldos al día. Por eso hasta la materia muestra tan rara ingravidez, cual si pudiera sin conculcar las leyes físicas seguir a la mirada.

Cuando se está dispuesto a morir apenas si se piensa en la muerte, ni en la ajena ni en la propia. Siempre consideró que si la vida no tenía tras el minuto angustioso y secreto en donde el cuerpo y el alma se dicen adiós una nueva perspectiva, era repugnante crueldad de los dioses. Quiere su tumba en Cuba: tumba de camino para las nuevas fecundaciones, no término inútil; quiere sacudirse bajo el sol patrio el frío de los largos éxodos, y probar a echar con un caballo verdadero, sin tropos, de una pechada cara al mar a los déspotas mal seguros

Él no hubiera anhelado que ello fuese así; pero la justicia manchada pide que un acto de violencia sea el postrero de su vida, como un acto de violencia y un llanto es el primero en la de todos.

Y en el instante en que el fotógrafo le dice: «Un momento... Póngase un momento bien natural... Así», extraña somnolencia vela sus ojos. No es el embrutecimiento con que la fatiga nos entorna los párpados: es la bruma de viaje remoto que a veces nos queda en los lagos que bordean las pestañas al volver del ensueño.

¿Vislumbran acaso los párpados la sombra anterior al resurgir cercano, después del gran misterio? Tal vez. Pero en esta anticipación del sueño definitivo de la materia, cien ensueños dilatan el radio visual del espíritu. La expresión ensimismada imprime a la fisonomía un halo vagaroso. Si ningún gesto parodia mejor el de pensar mucho que el de no estar pensando en nada, ninguna alegría más intensa que la que, prescindiendo de toda marca externa, barrena el centro del ser. Maduro por el genio y por la acción, para la Muerte, Martí ofrece aquí su imagen desasida ya de todo vínculo tributario.

Cubriendo con la palma de la mano el cuello y el traje—lo circunstancial—, percíbese la belleza

inmarcesible de la cabeza. La gloria ha pasado su pulidora por cada uno de los poros de la faz, y vida y escultura se unifican. Es suave pensar que él piensa detrás de esas pupilas extáticas y de esas facciones de las que todos las apetitos han sido expulsados: «Si la montaña acaba en pico y en cresta la ola, en vértice ha de acabar también la vida humana»; y ensueña: «Oh patria, raíz de la vida que hasta a quienes te niegan por el amor más vasto de la Humanidad, acudes y confortas como aire y como luz, por mil medios sutiles: aquí me tienes, presto estoy!»

Cuando se impresionó este retrato bello entre todos, escasos meses faltaban para que sonara el grito de Baire. En esta fotografía Martí lo escucha ya, y escucha también que en una fábrica de Toledo o de Asturias están fundiendo la bala de plomo que ha de dispararse en Dos Ríos. Por eso una sonrisa que no llega a abrirse, inefable, libertadora, prometedora del ámbito posterior a la muerte, unge desde la alta frente a la barbilla.

3. GRABADOS DE MUERTE Y RESURRECCIÓN

Montecristi

3. GRABADOS DE MUERTE Y RESURRECCIÓN

Montecristi

os hombres justos se reconocen cuando la injusticia les favorece; los hombre bravos, cuando la adversidad quiebra sus esfuerzos. Hay muchos buenos denostadores de la injusticia de que no han podido todavía beneficiarse, y muchos cobardes temerarios. El conocedor de hombres desconfía de los héroes invictos. (¡Mísero Napoleón en Santa Elena, misérrimo Guillermo II en Holanda!)

Cuando a comienzos del año 1895 las autoridades norteamericanas embargaron los tres buques donde, a costa de perseverancia, habíase encerrado la mayor parte de la lava del volcán pronto a estallar en Cuba, Martí se puso aún otra vez bajo la advocación del que sembró de repúblicas la artesa de los Andes, y se dispuso a partir para Santo Domingo.

Porque nunca confundió las contrariedades con las desgracias ni abdicó del poder de plegar las contingencias al esquema de sus previsiones, se hizo

cargo de que no le era posible dejar de ser en la expedición siguiente a la abortada hombre y pertrecho al par: Puesto que el alma de la revolución no fué embargada con los tres buques, había que echarla delante para que nadie titubease al verse sin enseña. Su ejemplo y su elocuencia podrían únicamente compensar a la revolución no nacida, de las armas y bastimentos que acababa la diplomacia española de arrebatarle.

La decisión le brota de esa parte intrínseca del ser que ni circunstancias ni reflexiones ni cambios de estado, deforman. Es el Martí de los diez y seis años, es el Martí de los veinticinco, es el Martí de ahora el que pide un fusil y un puesto en la fila. Si Cuba le hubiese exigido el sacrificio de quedarse a fin de seguir sirviendo de catapulta para lanzar a sus costas vivos proyectiles, habría sabido plegarse a la necesidad del deber. Pero la coincidencia de creerse necesario allí donde lo guía el cumplimiento de un destino que jamás repudió, lo contenta a tal extremo que todo se trueca para él desde entonces en juego feliz. «¡Voy a ir a la guerra!», susurra alegre; y cuando piensa en las fatigas de la guerra, en el polvo, en las hambres, en las caminatas, en los espectáculos lancinantes del débil, del herido, del muerto, vuelve a susurrar con ale-

gría, con una especie de alegría mate: «¡Voy a ir a la guerra!»

Al salir de New York abandona para siempre las playas de la prudencia. Otro instinto de conservación se apodera de él: el de su obra, el de su gloria, el de su ansia de dejar pragmáticamente explicado, ya que no lo pudo escribir, aquel libro *El sentido de la vida,* de que pensó hacer el exponente de la suya. «Virtud secundaria la de dar consejos», decía Séneca. ¡Cuánta teoría luminosa no fué más que ejemplo abortado! Lo mismo que, viviendo, explicó: «¡Así se vive!», va a explicar cómo se muere ahora:

De Norteamérica a Santo Domingo va ya ingrávido. Y en Santo Domingo se siente en vísperas nupciales con la Muerte. Pero no en ese lapso nervioso del suicida; no en esa postración o en esa excitación, por igual sintomáticas, de quien por mal cobro de la sociedad se apresta a entregar la vida al verdadero verdugo. No vuelto con rabia hacia todas las gracias del ayer, sino hacia otra vida empírica aparece desde que toca tierra antillana. Y cuanto habla y escribe desde entonces hasta su ascensión, ostenta por sobre el chispear del talento luz serena. A esas palabras ya nada puede añadirle ni quitarle el tiempo, porque fueron habladas y escritas fuera de su área.

La divinización queda por debajo de lo divino. No se dora el oro ni la fantasía posee poder de aumento cuando realidad y mito se besan. Un punto de excelsitud humana existe por debajo del cual están las nubes de la hipérbole y del énfasis. Quien llega a él borró todos los puntos de referencia: con nadie puede chocar ya, y el Dolor y la Muerte, los grandes centinelas del miedo, parecen fantoches vistos desde esa cúspide. La palabra temor se vacía en absoluto y la reemplaza un estado de divina espera. Hasta a quien fué una de las representaciones más cabales del valor humano, Máximo Gómez, sorprende y seduce aquella su entereza sonriente.

Él, que hubiese querido acercarse con Renan al mar por oír emerger el son de las campanas de Is, oye al través del Caribe, el 24 de febrero, el grito lanzado por los patriotas en Baire, y al percibir ese grito—el suyo—piensa en el de Yara—el de Carlos Manuel de Céspedes—, y se dispone a escribir el manifiesto al pueblo cubano. Cada uno de los conceptos de ese documento fué pesado palabra a palabra en una balanza sutil. Ni un insulto, ni un desgarro de tono lo turban. Después de ese documento cartas nada más: a su madre, a sus amigos. Adioses bañados de claridad estelar, junto a los cuales las frases últimas de tantos mártires y las estrofas de

sus hermanos Plácido y Aguinaldo tienen ese brillo demasiado intenso de las luces que no son para siempre.

A partir de las primeras líneas escritas en Santo Domingo hasta las últimas trazadas en Cuba, ninguna deja de estar impregnada de esa luz. Palabras del postrer lote de un alma pura, recobran de tal modo la pureza, que ningún aditamento de retórica ni ninguna destreza de orfebre las modifica. Son palabras libres de pecado original. Si una exaltación las agita, viene de tan hondo, que el largo filtrarse a través de las entrañas las clarifica. Transidas de absoluto nivelan en su ápice a la patria, a la madre y a los hermanos de empresa redentora.

¡Cómo fulge con su hondura eterna la palabra *madre* en esta despedida! Dijérase escrita por primera vez en el mundo. Para poder consolarla, Martí cae, acaso por vez única, en contrasentido. Ha pasado un mes y un día más desde que los primeros hombres se echaron a la manigua en tierras de Oriente, y él está en víspera de ir a aumentar el majá de fuego que ha de recorrer la isla toda. «En vísperas de un largo viaje», le escribe a la viejecita para justificar el tono de su carta. Y el eufemismo apenas pierde su terrible diafanidad porque unas líneas después la pluma exprese el voto de verla

alguna vez, con sus demás hijos, en torno suyo, y por prometerle para esa cita imposible los mimos que su ternura ha podido tan pocas veces prodigarle.

«Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida»—dice en la certidumbre de ir a perderla. Y pregunta en seguida, con sencillez: «¿Y por qué nací de usted con vida que ama el sacrificio? «Palabras, no puedo»—añade en contracción sintáctica sugerida por las presas que la emoción pone a su elocuencia, para añadir éstas: «El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.»

Esta madre tratada de usted; esta madre, igual que la otra por quien va a morir, vista con el mirar intrarretiniano al través de tan largas ausencias; esta madre a la que ha de decirle que no son inútiles la verdad y la ternura, que no padezca, que parte contento, leería con plenitud de comprensión las líneas escritas sólo para ella con placentera angustia. Entre frase y frase, la mirada gastada de años y de llantos abrazaría entre sus párpados al hijo que se le fué cargado de cadenas, niño aún; que vivió casi siempre lejos, en sonambulismo sagrado, y que, sin embargo, ella no querría de otro modo, porque

allí donde su inteligencia no llega y en donde su egoísmo se rebela, el molde misterioso de las entrañas siente orgullo. «¡Hijo mío!» es el grito que corresponde al *madre mía* que encabeza la carta recibida ya cuando la Muerte estaba entre los dos. Y no llora, suspira apenas: quiere parecer que «no padece» por esa subversión sublime que, en ciertos casos, mueve a las madres a obedecer lo que mandan los hijos.

Ancianita curvada de penas, por ser madre y por ser también nativa de otra isla, comprendió mejor que el esposo aquel trajín sublime de su José. Y cuando lo llora, lo llora de dos modos: con el dolor materno y con la gratitud de deberle una aureola de que, sin mengua de su humildad, se siente ufana. Si él hubiera seguido sus consejos ahora vivirían con oscuro bienestar o con penuria inútil, y ella sería la abuela de un nieto nada más. Por no seguirlos, al hijo del hijo de su carne se añade una hermana grande y tierna, nieta difusa y concreta en cada paso de su vida, pero siempre sensible: Cuba.

Con la misma pluma que el manifiesto y que el materno adiós, escribe Martí en Montecristi otra carta tan bella de todas las bellezas, que inmortalizan el sitio en donde se redactó y la persona a quien fué encaminada. Carta que no consiente ex-

tracto. Trenza de previsiones y de emoción, de razones y de sentimientos, en ella adquiere lo mítico esa superlógica sencillez de los sueños. Al escribirla Martí no es ya por completo de la Vida, por lo menos de nuestra vida, ni tampoco todavía de la Muerte.

Tiempo, Espacio, instintos, subconscientes defensas de la carne contra todo cuanto pueda lacerarla, temores, convicciones, han sido anulados. La llama del espíritu ha devorado al mundo físico. En premio a haber consagrado todas sus horas desde la infancia a luchar contra la tiranía, le es otorgado el vivir las últimas ajeno a la gravitación de cuantas fuerzas merman la acción del hombre. Conmovido pero sin turbación, se sienta a escribir la misiva magnífica. «Señor Federico Henríquez y Carvajal»—pone primero. Y el papel se trueca en mármol y la pluma en cincel.

Como su estado escapa a los modos naturales de estar, la comprensión de los últimos resplandores de su alma exige el escape hacia una dimensión desconocida para la Geometría ortodoxa del entendimiento. El hombre contento no puede estar triste, y él lo está; no puede estar rodeado de niebla y ver muy lejos; no puede sentirse en un círculo de silencio y escuchar las cadencias tan pronto espirituales como

lascivas de los cantos que la Europa expatriada y el Africa secuestrada crearon en América. «Amigo y hermano» ha puesto en la parte alta del papel; y después, lentamente, con ritmo seguro, sin contracción de músculos, antes bien, sonriendo, mas no con la sonrisa que pone en los labios el vocablo específico o la frase que pretendió un instante resistir y se aplasta en seguida bajo la pluma dándonos suave sensación de victoria, sino con un bienestar ajeno a lo finito.

Con ese bienestar heterogéneo ya de todas las sugestiones humanas, escribe así:

«Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombros que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora al contrastar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que no las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior

limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque usted me la adivina entera, no le hablo de propósito. Escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud, puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos y el respeto de la propia suya y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como fuera—cuando creí que en tamaño riesgo pudieran llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida.

»Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir antes. Acaso pue-

da contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república.

»La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácticas y personas de la guerra.

»La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno, que, sin descontar a la inteligencia primada del país, contengan y permitan el desarrollo natural y ascendente a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía.

»Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la

sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable al sacrificio; hay que hacer viable e inexpugnable la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren *como yo sabía morir,* también tendré ese valor. Quien piensa en sí no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua.

»Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir callado. *Para mí, ya es hora.* Pero aun puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, usted con sus canas juveniles y yo a rastras con mi corazón roto.

»De Santo Domingo ¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo?

¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

»Me arranco de usted, y le dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que mi nombre, que sólo vale por ser el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama le digo en un gran grito: ¡Hermano! Y no tengo más hermanos que los que me la aman.

»Adiós y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a usted un goce de altura y de limpieza en lo áspero y feo de este universo humano. Levante también la voz; que si caigo, será también por la independencia de su patria.»

Páginas son éstas ungidas de emoción tan real, que apenas leídas las primeras líneas el alma se retrae del sitio y el tiempo en donde está para infundirse íntegra en el pueblecillo dominicano y

representarse a Martí con la diestra sobre el papel, cual si por la pluma exhalase, en muerte ejemplar, el aliento último.

Testamento político se suele llamar a esta epístola, y en verdad cuantas líneas trazó después, ya en tierra de Cuba, sobre tablero de palma sostenido por cuatro horquetas, unas veces, o sobre el jolongo puesto sobre las piernas, otras, si no le son inferiores en ternura y en dignidad carecen del anhelo de mirada cíclica que aquí campea.

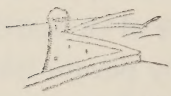
El niño perenne percibe cuanto de juego tiene la guerra en sus alarmas, en sus peligros, en sus correrías, en su escondite, y lo entresaca con vivacidad deliciosa. Al juego asoman de tanto en tanto atisbos de pensador. «Van con nosotros un asturiano y un vizcaíno», dice como al desgaire, afirmando hasta lo último su hispanismo fundamental. A sus más fieles de New York cuenta las peripecias del embarque, las asechanzas de que triunfa su elocuencia seduciendo sin otro premio que el de haber faltado a un pequeño deber por cumplir otro grande a los aduaneros renuentes, la deserción de los marinos de la goleta destinada a llevarlos cuando la dificultad peor estaba obviada, y la lealtad de uno llamado David. Su emoción no le mueve a olvidar a ninguno de cuantos va encontrando. César

Salas y Félix Ruenes quedan rescatados del olvido en sendas frases. Él es quien quisiera posponerse para destacar a los compañeros de cruzada. Los sinsabores del arribo, su primer discurso, la jerarquía discernida con nombramiento tácito por los soldados de la República y confirmada generosamente por el General en Jefe. Todo cubano indiferente a la cosa pública o descontento de su manejo debiera llevar escrito con tinta de ilusión en su memoria, cual se lleva al pecho un escapulario, algo de estas cartas donde los vislumbres serios se juntan a los rasgos sonrientes: «Vamos a dar forma y significación a la guerra», dice el estadista; y poco después, el hombre, el niño, cuenta cómo le brindan a porfía el boniato amarillo, el agua hervida con naranja, la miel; y cómo con la carga del rifle y de la canana se sube a los repechos y se cae riendo, para enseriarse de nuevo, pedir que no se paren los trabajos puestos por él en marcha, y asegurar que con mil armas más y parque para un año se completa la libertad de América.

De la misma pluma y de la misma entraña son estas cartas, que la gran luz de la escrita en Montecristi eclipsa. Es más: todas parecen posdatas rezagadas de ellas. Cuanto toca su vida desde la primera línea del manifiesto hasta su caída en Dos Ríos,

está tocado de inmaterialidad. La Muerte, persuadida, permite al cuerpo astral seguir infundido en el otro para que la tarea termine de modo que hasta los ciegos puedan decir que vieron morir a quien de otro modo no habría mostrado soldadura entre las dos porciones de su existencia: la finita y la ilimitada.

Si algún día la ciencia avanza hasta descubrir las rutas inmateriales, se comprobará que desde Montecristi a Dos Ríos va un camino recto orlado de auroras. Camino antípoda del de la «selva oscura», en el cual, cuando se logran poner las plantas, ya no es posible extraviarse.



Recuento sobre la Estigia

NA orden en la noche, un descenso difícil a la barquichuela, unos sacos de provisiones que caen, y el bote que se aleja dejándolos solos con su destino en el vaivén del oleaje. El cielo es sombra, la costa es sombra. Y como toda guerra, hasta la más justa, es un trasunto del infierno, no es raro que al sentir salpicarle la boca el hervor fosfórico del mar, el viajero piense un instante en la laguna Estigia.

Cada hombre cumple callado su tarea. A él le ha correspondido llevar el remo de proa, y helo ahí de espaldas a la meta, sin ver siquiera que ahora sus puños, igual que antes su mente, van acortando trabajosas distancias. De tiempo en tiempo no puede reprimir la impaciencia y vuelve la cabeza para avizorar si puntean luces en la playa. Nada se ve aún. El esfuerzo rítmico perla su carne de gotitas tibias. Sólo se oye el aliento del mar y el de los hombres. Impelida por los aletazos de la deter-

minación, la barca es, entre las negruras, saeta crujiente.

De tiempo en tiempo alguna frase breve rasga el silencio. La excitación no se muestra en el tono de ninguna pregunta de miedo a ser tomada por cobarde. Los pechos se inclinan, los pies se apoyan contra las bancadas, y los bustos vuelven a echarse hacia atrás para impeler la embarcación entre las revueltas espumas. Tiempo brujo, tiempo en el cual la mente, oreada por el viento, alcanza una acuidad cercana a la omnisciencia.

Y en ella su vida se le aparece ajena a sí mismo para que la juzgue. Nada puede ya modificar de ella, mas tampoco siente tal deseo. Dió a su fe cuanto darle pudo. Pasó por la juventud y cerca de la riqueza sin mancharse, allegó voluntades, formó un haz flamígero de lo que eran esparcidas pajuelas, nació pobre e ignorante y está en la barca fatal sin moneda impura y con un universo acentrado por el estudio dentro de sí. Ha subordinado a un deber no impuesto sus sentidos finísimos, sus potencias creadoras. Volvería a pasar lo mismo por todas las horas aciagas y por todos los minutos dulces. No, no ha estafado a los dioses. Paga su vida. Si los hombres a quienes tomó de ejemplo lo vigilan desde la sombra o si los precursores de la república cuba-

na lo aguardan en la ribera, podrá mirarlos cara a cara.

A medida que se acercan, su visión se intensifica y sólo piensa en Cuba, en la Cuba de ayer y en la de hoy. En pelotón insigne aparécensele Ignacio Agramonte «el brillante con alma de beso», Joaquín de Agüero, Francisco Vicente Aguilera, Isidoro de Armenteros, Morales Lemus, Gaspar Betancourt, Honorato del Castillo, Carlos Manuel de Céspedes, Pedro Figueredo «el Rouget de Lisle bayamés», Vicente González, Domingo de Goicuria, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Heredia, el venezolano que para lavarse de la afrenta de haber peleado contra los suyos fué a Cuba para realizar en ella el incumplido sueño de su paisano insigne, Antonio Lorda, don José de la Luz, Saco, Varela, Rafael González, Ramón Pintó, Manuel de Quesada, otros más. Y ve sus vidas y muertes, ya gloriosas, ya tristes. Y siente que la herencia espiritual recibida de ellos, ahora en sus manos y en las de otros varones a uno de los cuales conoce y a otros que no ha visto jamás, y que sin embargo como a hermanos quiere, va a ser transmitida ante el gran Notario que da fe de las intenciones de los hombres.

Tras esa falange de estrellas ve también, una a una, las estrellas secundarias y la nebulosa del

pueblo, compuesta por los héroes anónimos, por los peldaños oscuros de la escalera por donde el mundo asciende, por los miles y miles de seres a quienes la desgracia no dispensó siquiera el funesto honor de señalarles. Piensa en sus amigos de New York, en los que, para bien del mañana, conviene economizar. Los dos Maceo, luminosos y oscuros, le sonríen. Calixto García con su carta de nobleza hecha cicatriz en la ancha frente; Máximo Gómez, injerto de acero y de austeridad generosa que va allí a su lado; Varona, frío, exacto y sabio, en quien ni los sueños se salen de la lógica nunca; Manuel Sanguily, gran caballero de la inteligencia y de las acciones; Lanuza, que gusta de vestir de sonriente escepticismo su fe; Salvador Cisneros, grandeza antigua que ha cambiado por una ciudadanía incierta un marquesado...

La lista se alarga, y caracteres y méritos trénzanse en arco iris. Hasta aquellos siempre separados de él por la contumaz esperanza en los emolientes, los ve a luz nueva: Montoro, mezcla de hidalgo español y de personaje de Dickens, orador insigne formado por las mejores disciplinas, caballero sin tacha, pero con algo infortificablemente blando en las vértebras; Giberga, híspido selvático casi en todas las expresiones, y otros, cruzan. Pien-

sa en cuán difícil será la aclimatación de los desterrados de tanto tiempo: Zambrana, Estrada Palma, varios aún.

Y no le inquietan—tal es la nobleza que percibe en sus rostros—la actitud de los militares que dejando tempranos estudios van a adquirir de la fuerza idea idolátrica. La distancia que lo separa del logro es larga todavía y ha de sembrarse de cadáveres. Con penetración instantánea, ve caer a los dos Maceo y a Flor Crombet—los que señalan los cizañeros como futuros peligros, por su raza—, y los ve caer puros. Ve caer a otros también y ve levantarse, en cambio, fuerzas nuevas. Tras de ellas, una masa confusa, luminosa, presta a ser materia dúctil bajo buenas manos: el pueblo.

Y, de súbito, ya no ve más. Atento, como siempre, a los otros, no ha podido, al mirar por esa grieta instantánea abierta en el pasado y en el porvenir, verse a sí mismo. La gloria de Finlay, la de Casal, la de Manuel de la Cruz, la caída casi al trasponer el umbral de la paz de los dos grandes caudillos supervivientes, son entrevistas en esa iluminación honda y breve del milagro óptico. Pero de sí nada miró y nada sabe, porque nada le importa. Se ha dado, y no es hombre de retirar la puesta del gran juego.

Cuando la sal amarga de una ola le toca los labios y la frente y oye sofocados gritos de júbilo, sus pupilas tornan a la finita realidad y perciben, ya muy cerca, en la playa, luces. Unas brazadas más y la proa del bote besará tierra inmersa. ¡Ah, con qué vigor aprieta contra el remo sus manos doloridas!

Ya está: he aquí el premio. Este choque ha sido el esperado beso brusco en la sombra. ¡A tierra! Dos brazos recios lo alzan mientras dos piernas se sumergen. Él quiere mojarse también, desembarcar igual que todos, pero no lo dejan. Puesto que a su mandato la isla se enciende, ha de mostrar que sabe obedecer también. La llama no debe tocar el agua. Es imperativo superior que llegue a Cuba sobre humano pedestal. Ya lo sueltan sobre la playa. Ya ha estrechado el pecho fornido sobre el cual se sintió un poco niño en el desembarco. De la aventura, como del recuento, le ha quedado un regusto jubilar.

En torno todo son negruras, silencio; y él siente albas y voces en el corazón. Las voces no son las conocidas, sino otras, infinitas, de ayer y de mañana: las de los hombres y las multitudes que hace poco viera al asomarse a la fisura hecha en el muro del tiempo por los dioses para permitirle ver a uno y otro lado de los lindes del hoy. Vienen del ayer consumido y del mañana no creado aún, y son

tantas, que parecen una ebullición de la arena. Brazos y almas lo buscan. Y la sensación es tan exacta, que sus labios responden:

—Aquí estoy... Aquí.

Entonces una mano ase su diestra y lo lleva isla adentro. Y nunca pudo saber si aquel lazarillo, en la noche, era un espectro o uno de sus compañeros de aventura.

No es propio de buenos obreros detenerse en plena labor para considerar las jornadas que faltan ni el trabajo ya hecho. Los que se ponen a vivir imaginativamente la casa no edificada todavía o a gozar mentidos anticipos de la fiesta triunfal en que puede culminar la faena, son parientes de esos que piensan en la posibilidad de hallar un tesoro y van con la mirada flotante, sin posarla siquiera en la tierra.

Martí pensó a menudo en la república ya dueña de sí, por cuanto la nueva era de obligaciones aún más difíciles que las creadoras suponía esa anticipación. Pero una vez única el sueño adquirió relumbres de apoteosis y tuvo en él representación personal.

Fué a favor de un crepúsculo. El día había sido duro. Abrazos, palabras, conocimiento de hermanos nuevos, conocimiento de los cien modos de expresarse en flores y en frutos de la tierra amada de lejos, pero vista en real convivencia tan pocas veces,

exigían de su resistencia pruebas, que por ser tan cordiales y estar hechas de pasos y exclamaciones gozosas no fatigaban menos. ¡Consume tanto la alegría en quien no está acostumbrado a disfrutarla! La tarde llena de rojos en el confín y de cendales diáfanos entre los árboles, es un escenario de ensueño. Y él, en vez de amortiguar la potencia de su vida en la extática sedosidad, la siente intensificarse, agudizarse, y se dispone a dejar que el molino de la fantasia gire. Poco a poco, ideas y tiempo caen y se truecan en polvillo impalpable que va a aumentar el gris en la bruma. En esa nube viaja el espíritu, y horas, lugares, peripecias, van quedando detrás.

¡Que se calle esa voz, que cese de puntear esa guitarra! Cuando el sueño llega al máximum de delgadez, hasta la música parece espesa y causa enojo. ¡Que se apaguen todas las luces y dejen parpadear, único, a aquel lucero al cual pretende en vano contarle las puntas para comprobar que son cinco!

Así, con la cabeza apoyada en el tronco de un cedro, sintiendo una vibración semejante a la que al apoyar el oído en los postes telegráficos nos llena, la somnolencia lo va lentamente ganando. Pero no la somnolencia bruta, antesala de la atrofia mental,

sino esa otra que echa abajo el peso de la carne y convierte el ser en enorme cirio de llama tan sensible que oscila antes de ser tocada por el viento. La agudeza del oído es tal, que oye ascender la savia por el tronco; y la del entendimiento tanta, que comprende que aquella savia es el jugo de Cuba. Y en esa ancha frontera entre el dormir y el meditar, la celebración de la obra elaborada con tantos sacrificios y tanta sangre, se le muestra tangible, en una escena de la cual ha de ser, otra vez aún, protagonista.

Es en la Habana. Sobre el castillo del Morro, tres franjas bajan a dar azul al agua y dos a darle blanco a las espumas, mientras que, junto al astil, dentro del triángulo escarlata, fulge la estrella que estaba hace un rato en el cielo. Un júbilo de colmena feliz llena la ciudad bajo clamor de campanas y galleo de clarines. Hombres curtidos por las privaciones y las violencias de la guerra sonríen con infantiles sonrisas. Las madres alzan a los niños sobre el espectáculo. El himno envuelve en sus giros sonoros la alegría. Hay abrazos, lágrimas jubilosas. Hasta los de entrañas menos blandas se sienten en una atmósfera de amor. Ningún niño llora ni ningún viejo deja de alegrarse de haber soportado sus achaques hasta ese día. Hay una expla-

nada inmensa, a uno de cuyos términos se alza una tribuna. De todas las calles afluye gente, y la explanada se va ensanchando, llenando, desbordando. Hasta el caserío más chico de la isla está representado en la asamblea. Negros de todas las tribus del Africa, amarillos, hombres de color canela, rubios del norte, españoles desde el Cantábrico a Tarifa y desde Levante a la raya portuguesa, cubanos de todas las alcurnias, de todas las mezclas, de todas las ideas, se unen fraternalmente. La multitud ondula como otro mar. La impaciencia es eléctrica... Y él, que está en un rincón, que quisiera ser impersonal átomo en aquel concurso, se ve señalado por millones de dedos. Resiste; pero una frase brota en un labio y la repiten todos: «¡Es un deber!» Y al oírla, la humildad se trueca casi en fiereza, y con pasos resueltos avanza hasta los tres peldaños que encumbran la tribuna.

Cuando ya siente el barandal bajo sus manos, sus ojos y su cerebro se disocian, y en un solo instante de capacidad divina ve la explanada íntegra y piensa en lo que ha de decir. Nada más fácil que dejar extravasar la plétora del corazón por los labios. ¡Lo hizo triunfalmente tantas veces! Pero hoy eso no basta. Ve, tras las primeras filas de la muchedumbre, rostros desaparecidos ha mucho de

sobre la tierra, y percibe en los niños una lenta evolución que les va prestando las facciones y la comprensión que no han de tener hasta años después. Y una voz profunda le dice:

—Vas a hablar al pasado y al porvenir en esta primera hora plena de la República. He aquí, cuajada al cabo, la patria donde prometiste que podrían vivir en paz hasta los mismos opresores de ayer, y ejercerse sin mengua todas las dignidades. Cuida tu discurso, porque ciertas alegrías embastecen un poco y a fecha lejana las ofertas son tan fáciles cuan difícil es después realizarlas. Tu arrebatada elocuencia ha de cambiar hoy. No es el mismo auditorio que te escuchó en el *Masonic Hall,* en *Hardam Hall,* en el *Chikering Hall,* en el salón «Jaeger's» y en tantas improvisadas tribunas de Tampa y Cayo Hueso. Tampoco, a pesar de ser cubano, es el mismo que oyese la eclosión de tu alma en el liceo de Guanabacoa, ni el que machete al cinto y el alma en fuego gozó de tu palabra en los días felices que has vivido entre cañaverales con los soldados cívicos. Al mazazo con que el tribuno clava de golpe su credo en la voluntad de quienes le escuchan, ha de suceder el tornillo lento y más seguro de esas persuasiones destinadas a resistir la vibración de muchos choques. Difieren los mismos

hombres con los cambios de la ocasión, y de nada servirían ya las imágenes de meteoro, la sintética pompa con que, desde la época precolombina hasta los sangrientos albores de la liberación, evocaste tantas veces los fastos de América en cuadros jamás superados. Antes podrías repetir y sobrepujar aquellas dos oraciones elevadas en la *Sociedad Literaria Hispano-Americana* el 19 de diciembre de 1869, en las cuales el continente íntegro y el más luminoso de sus hijos fueron esculpidos en bronce verbal, que hallar el tono sencillo y firme que hoy te hace falta.

Comprende que la razón ha de descender del caballo apenas terminada la pelea, y se esfuerza por hallar un acento que sin disminuir su alegría infunda a sus palabras el valor de avisos. Y su voz tarda un momento en afirmarse y en llenar el inmenso ámbito.

—Día de júbilo es éste y tal vez debisteis elegir para celebrarlo a uno menos obsesionado que yo por escapar del presente hacia el porvenir. Día de júbilo el que reúne en la ciudad ya suya, bajo la bandera tejida hilo a hilo y teñida gota a gota, a cuantos en el campo pagaron en tres guerras el precio de ser libres. Día de júbilo al cual han de seguir noches de insomnio, porque nuestro batallar no ha acabado, porque quedan la tierra abrasada, la

hacienda rota, las codicias en alto y, acaso, perdido por el rudo trabajo bélico el hábito de los trabajos de la paz. Sobre esa tierra y sobre nuestra conciencia, hay que edificar sin demora, sin detenernos siquiera en este día de inmenso júbilo, porque vientos ásperos vendrán en seguida, y hasta lo que tenga cimientos hondos ha de bambolearse.

»Los pueblos que se quieren salvar han de preparar a sus hijos contra el crimen. Y en los pueblos pequeños el ejercicio de la dignidad ha de revestir caracteres de ejemplo en todos los minutos. No es fácil crear sobre una mala colonia una buena república: el concepto de la riqueza y la provisionalidad de las instituciones que nos dejan, son más propicios al error. El primer trabajo del hombre es reconquistarse y nosotros nacemos hoy—porque el hombre que fuimos hasta ayer no nos sirve y el que sobresalió en la contienda del machete y de la tea puede no ser apto para la del arado. Un pueblo pequeño no tiene ya otra justificación de existencia que una aportación grande al acervo del Universo. Hemos de demostrar que nuestra tierra no fué tras de sombras, que la merecemos; hemos de recordar al redactar la carta fundamental de la República que sólo echan raíces en los pueblos los códigos nacidos de su entraña. Todos los cubanos

iguales, pero a condición de que el más bajo trate de alcanzar al más alto y no de rebajarle hasta él. Cuanto español siga creyendo que nos desprendemos de su dominio por un azar de la fuerza, sigue siendo enemigo; cuantos sean capaces de comprender la necesidad de un proceso fatal en lo político como en lo biológico, amigo forzoso es por la raza y amigo dilecto si coincide con nosotros en la aspiración a una común altura. De los norteamericanos diré casi igual, con más restricciones, porque la sangre nos separa de ellos y su pujante emporio al lado de nosotros es inmenso peligro para nuestras virtudes. Cierto que un santo sin tentaciones produce la misma decepcionadora impresión que un mar sin olas; pero las virtudes colectivas son millones de veces más difíciles de ejercer que las individuales. Pueblo recién nacido, tendremos al salir de la cuna esas mismas vendas tejidas por la religión, por la filosofía, por las malas pasiones de nuestros padres, por las nuestras que van a despertar a favor de esa herencia y de la amalgama de elementos suspicaces que forman nuestro estrato étnico. Habremos de prevenirnos contra los malos improvisadores, contra los usureros de la patria que intentaran cobrar intereses exorbitantes a los servicios prestados, contra los pescadores de río revuelto

que luego de ser parásitos de la colonia quieran serlo de la independencia. No ha de permitirse que con el santo nombre de patria se defienda a religiones ventrudas y a oligarquías y plutocracias soeces y a políticas descaradas y hambronas. El problema inmediato será encajar los elementos desordenados en normas nobles; el otro, el eterno, el sacar de la ignorancia a las clases que tienen de su lado a la justicia. Cada ciudad que no sea una escuela, será culpable. La educación suaviza más que la prosperidad, y los pueblos chicos, libres de la tentación de la fuerza, han de cifrar en una suavidad firme su orgullo. Fabriquemos con todos nuestros elementos hombres, sin olvidar que hombre es más que negro y que blanco, que asiático y que europeo. Mantener vivo en la paz el entusiasmo de la guerra constituirá la obra mejor. Pocas leyes y buenas, pocos técnicos y buenos, poquísimos abogados, muchos obreros, mientras más mejor, del campo y de las fábricas. Todo antes que una generación de filoclastas se vista con trajes de cinismo o de desilusión por esclavitud a la moda. Sencillez y mesura en lo moral, variedad y cautela en lo material. Ni soñar con una hegemonía grotesca, que el sueño de la razón produce monstruos según dijo aquel aragonés que bajó envuelto en su capa oscura a las entra-

ñas del ser humano y con los colores de ella contó el viaje a su vuelta, ni abandonarse a los laureles de oro en una Capua destinada a perecer. ¡Prevengámonos contra nuestra riqueza como debe prevenirse la mujer contra su hermosura! Un solo cultivo y un solo mercado equivalen a otro coloniaje más duro, regido por la ley sin vértebras del dinero. El pueblo que compra manda, el que vende sirve. Y el pueblo mejor, como el hombre mejor, es aquel que por sí satisface el mayor número de sus propias necesidades. Hasta hoy nos acompañó la simpatía; desde hoy esa simpatía se estimará defraudada y se trocará en reprobación a cada uno de nuestros errores. El último ciudadano libre tiene que rendir cuentas a cien héroes, a cien mil víctimas inmoladas para que él sea verdadero hombre. En torno de cada uno de nosotros almas descarnadas vigilan y esperan. Todo cuanto de la colonia pase a la república, es venenoso. En nuestro Diccionario hay palabras de sentido terrible: despilfarro, venalidad, tibieza, codicia, burla, agio. Seamos alegres, no chocarreros; optimistas, no ilusos. Los hombres que se encogen de hombros, en nombre del escepticismo, no debieran tener sobre ellos cabezas libres. Puesto que conocemos lo bello y lo moral que de la belleza dimana, no nos avengamos a vivir bajo el signo de

lo feo y lo malo. Dios es el bien, y la belleza, su rastro. El negocio de vender el alma al demonio sigue practicándose a diario, y a veces colectivamente. Y olvidar todo esto equivale a que el repique alborozado de esas campanas se transforme, sin que nos demos cuenta de ello, en toque funeral.

Al llegar aquí su frase flaquea. ¿Por qué? ¿Es nada más su frase o es también su vista? A la claridad inicial que le permitió ver uno a uno los millares de rostros e identificar en ojos y facciones el efecto de sus palabras, sucede dolorosa penumbra. Nunca, desde aquella vez, en la «logia Armonía» de Madrid, un auditorio se le ha escapado. Y hoy, cuando más necesitaba imponerse, he aquí que esta inhibición lo aísla, y que no sólo titubean su palabra y su mirar, sino también su mente. Vertiginosa oquedad le obliga a sujetarse a la tribuna, que ya nadie mira en medio de la inmensa planicie. Y esta sensación de soledad es tan aguda, que le hace dudar de las realidades anteriores e interrogarse: «¿Cuando empecé a hablar había alguien ante mí o es que he predicado en desierto?»

Al reintegrarse a la vida circundante siente la garganta y el alma resecas. La sensación dura un momento sólo: el que tarda en pasar una nube negra por entre las altas palmeras y el lucero altísimo

Domingo de Resurrección

uy temprano, en cuanto el sol enciende el paisaje, está Martí de pie.

Apenas ha dormido: hechos, ensueños, versos y aspiraciones que por lo lejanos creyérase para siempre ausentes, vinieron a anidar en la mente desvelada. Pastoreando al minucioso rebaño destacábanse algunas figuras tutelares, borrosas en la niebla de las evocaciones, pero nítidas, cual grabadas a diamantina punta apenas el corazón las meció en sus latidos. Sus padres, su hijo y él mismo, pero muy extraño y como un poco ajeno a sí mismo, cual si misterioso espejo hecho con oscuro azogue de futuro reflejase su imagen, forman la nervatura de esta teoría patética.

Se siente muy en alto, por encima del tiempo, y ve toda Cuba: desde su entronque con la tierra en el fondo del mar hasta el lejano fondo de los siglos. En repentinos cambios de puntos de vista, parécele estar tan pronto en una hondura ignota

de las Cuevas de Bella Mar, como empinado por sobre la Sierra Maestra para mirar más lejos. A la vez melancólico y contento, sonríe al alba. Ese signo de la Muerte que apunta en las aciagas vísperas sella invisible sus acciones; pero en vez de apocarse siente que se le ensancha la vida rompiendo las lindes naturales. Acaso, hasta en las horas de menos razonado entusiasmo, la palabra esperanza ¿no venció en él a la palabra sacrificio? Y ahora, rodeado de serenidad y exento de error, ve que su instinto de optimismo era instinto certero.

Desde las doce de la noche celebra con el alma el domingo. Y algo de cruenta anunciación hay en los caracteres rojos con que está impresa en el calendario la fecha. Todos los días, a partir de su desembarco, han sido de fiesta. Con prisa ha recorrido desde la infancia hasta la hora grave en que, bajo el cielo fraterno de Santo Domingo, escribió a don Federico Henríquez Carvajal la carta dirigida desde su alma a cada cubano, a cada americano, a cada hombre capaz de sentir como patrimonio propio la dignidad y la libertad ultrajadas; mas desde este punto toman las remembranzas un ritmo lento. Y hay en el recordar una suerte de complacencia trémula: la de quien recuenta las últimas monedas de su fortuna.

Viven de nuevo las luces de la costa vistas desde el mar, las primeras angustias hasta encontrar brazos amigos, las cartas escritas a sus discípulos de New York, el sabor de aquella jutía asada, los saludos de las palmeras y el frescor dentro del bohío, el verde crujiente de la manigua bajo el sol, y los rostros transfigurados por su palabra bajo los sombreros de yarey.

Una piedra, un sendero, una frase, adquieren en esta rememoración valores sorprendentes. Se ve escalando las lomas y cayendo con risa en las anfractuosidades de los repechos; revive la hora óptima en que el Generalísimo, de un abrazo, igualó su rango al conquistado por él en la guerra de los Diez Años; le resuena el recortado acento del pobre bayamés que ha de dar a la columna española noticia de su paradero... Se levanta y aspira, cual si quisiera llenar su pecho de todo el paisaje. Una lucidez mágica dirige su pensamiento; pero el alma y aun la materia mantienen la brumosa vaguedad del sueño. ¡Ha vivido ya unos días en Cuba fuera del dominio secular: premio insuperable! Y se siente por primera vez hombre absoluto y por única pisa satisfecho sobre su tierra...

Ha visto hace unos días, reunidos en conjunción, a dos astros de la libertad cubana, y la palabra

flameó en su boca como si la savia de Cuba ascendiese por su cuerpo: árbol nacido de mujer. Hoy también hablará para que otro astro escuche cómo se propaga a los pechos la voz henchida de determinaciones.

No necesita él prepararse para hablar de la patria; y, sin embargo, los proyectos de frases se cuajan lentos en la fantasía para ser incrustados después en la improvisación: «Quiero que conste que por la causa de Cuba me dejo clavar en la cruz.» Al proponerse esta afirmación, otras, lejanas ya en el agolpamiento de sucesos, le vuelven a la mente. Y para ornar estas remembranzas, recuerdos menores vuelven a ensartarse: la dulzura de aquel mamey amarillo, el color de aquella naranja agria, la frescura balsámica de aquella agua hervida con hojas de azahar... Respira, mira al cielo y a la tierra, y sonríe. En las horas que lo separan de la decisiva, que hable o que calle, que esté quieto o vaya a reconocer su imagen por vez última en las aguas del río Contramaestre, reminiscencias de pasado y anticipaciones de porvenir relampaguearán en su conciencia. Facciones de rostros y de cosas queridas renacerán efímeros. Ya ha partido por última vez el pan y la sal con los suyos. Y en lugar de verter el vino simbólico, la sangre misma servirá de trasunto al vino que faltó

en la mesa. Unas horas más, y el destino habrá de cumplirse.

Por la cercanía de ese destino los hábitos de su alma fallan. Ya hace poco no le inspiró horror las manchas de sangre en el camino ni le movió a excesiva lástima la lívida cabeza a la cual puso un jinete criollo dura almohada postrera. ¿Es que desde el dominio de la Muerte ésta no tiene ya efectos pavorosos? Antes que la repugnancia experimenta ante cada huella de la guadaña una divina claridad de espíritu que le aligera el cuerpo y le hace comprender el júbilo y la constancia con que los hombres se ofrecen al sacrificio. El tiempo transcurre. Sus ojos brillan con la impaciencia de los niños pendientes de una gran promesa.

Y la guerra no promete en vano.

Suenan de súbito varios tiros, y almas y cuerpos se levantan. ¿Por qué dicen de dejarlo a un lado, a salvo? ¡No! Y, además, dejarlo sería igual: la bala que han tenido los dioses en sus manos antes de entregarla a la cólera humana, vendría a cumplir no importa en qué apartamiento la cita con su carne. Hay, pues, que salirle al encuentro. ¡A caballo, que en el caballo hay gloria! (Caballito chico y nervioso, caballito criollo de clara piel, comprende el honor y sé primero bruto de combate y después

corcel solemne propio para plasmar en el tiempo el recuerdo heroico de un caudillo.) ¡Adelante! Ya la muerte teje con sus agujas de plomo invisible red; pero aun vibran en sus gestos de arrojo los que dentro de unos minutos van a caer en sus mallas.

Trepida la tierra, chispean los matorrales, tienen todas las voces algo de clarín. Arriba el cielo extiende su azul blanquecino, impasible.

Y el héroe franciscano, sin pensar en matar, sin tascar las riendas, jinete inseguro, avanza en la oleada flamígera. Para él batallar no es dar la muerte: es recibirla. Su mano ha de caer impoluta. Es su primero y último combate. Y él, que hasta en las horas más coléricas sintió una fuerza dulce, persuasiva, amorosa; él, cuya palabra posee una potencia de convicción capaz de transformar a los enemigos en adictos, aprieta la boca y no habla. Comprende que la voz nada puede ya para este trance. Mas su pensamiento, prodigiosamente activo, prevé el triunfo, y las horas difíciles de después del triunfo, y los mares de fondo, y las sirtes, y los ciclones, y los arrecifes que han de amenazar el primer viaje de la República.

Cada brazada del caballo es en la idea años y años. Va a la cabeza de un grupo; pero ya las leyes humanas no rigen para él. Está cara al sol, henchi-

da de luz la genitora frente. En el tropel de hombres excitados él es todo serenidad. Tanta es esa serenidad que ya no es humana. En la cólera ciega del ataque sólo sus claros ojos pueden ver el milagro.

¿Qué ocurre? ¿Por qué el río detiene su rumorosa marcha, y paralizan su tenue vaivén las palmeras, y se pasman los árboles, y las espinas de una cerca de maya crecen y se organizan en corona, ofreciéndosele? Todo el paisaje se ha quedado suspenso y atónito: tierra, plantas, brisas, nubes, aguas. Jinete y caballo salen de lo oscuro de unos matorrales y siguen cara al sol, que los dora maravillosamente. Toda Cuba se infunde, para que la vea él, en el breve círculo de paisaje que lo rodea: ciudades, pueblos, bohíos, montañas, sabanas, manigual, guardarrayas solemnes en la tarde, flamboyanes encendidos de flores, quibrahachas, cedros y guasimas: cadalsos de la revolución... Todas las perspectivas, todos los sabores, todos los perfumes, todos los sones patrios, se concentran en su retina, en su paladar, en su olfato, en su oído... Y él sigue a galope, dichoso, siempre cara al sol.

Y sin detenerse en su carrera, percibe al otro lado del vallecillo un ojo sombrío que lo mira. ¿Es una mirada? Sí, el destino lo contempla con aquella pu-

pila negra. Pero no es una pupila, no: Es, quizás, un extraño nido, pues un insecto acaba de partir de su breve tiniebla y viene a buscarle. En toda la inmovilidad del paisaje aquel lentísimo volar es la única nota viva, y es nota de muerte. Tábano fatal no creado por la Naturaleza, sino fundido con plomo y ponzoña por el hombre, el insecto avanza hacia él. ¡Es que en su pecho hay otro nido! Y a pesar de la transgresión de las leyes físicas, él comprende.

En el deliquio pupila y nido se confunden; pero la razón dice con sus últimos datos que apariencia de nido y de insecto son en realidad fusil y bala. No importa. Razón y éxtasis se amalgamarán en este minuto supremo igual que tantas veces. Si palmeras, río, árboles, brisas y nubes están narcotizados; y si el moscardón funesto finge venir tan despacio a su encuentro, su imaginación, en cambio, ha rescatado para sí todos los movimientos de las cosas y toda la velocidad a que renunció el proyectil. Ya está éste muy cerca. Una fracción infinitesimal más de quietud suya, y todo será luego inútil.

Los dioses sus hermanos y las hadas sus amigas le prestan un poder de prodigio, y quieren que él sea el árbitro de su destino último. Nadie lo ve, ni siquiera la naturaleza dormida con sueño de piedra. Nadie podrá saber que no cayó porque una potes-

tad máxima, en premio a los méritos de su vida, le permitió diferir su fin. Le bastaría un esguince para que el insecto siguiese su curso y fuera a picar a otro patriota. La carne va a encogerse ya, instintiva, pero el alma le impone su ley. Y en el momento de mandarle: «Quédate... No te hurtes... Ofrécete», se siente poseído hacia ella de indulgencia: ¿Otra carne, también, en tremenda hora, no dictó a la boca impregnada de hiel el «Eli, Eli, lama sabachtani?» El no es hijo de Dios: discípulo sólo; él no entró con palmeras en su tierra prometida: por eso tal vez se le precipitan en ese domingo resurrección y muerte.

Es preciso morir; es preciso dar realidad a los presentimientos de las cartas, y ejemplo a todos—se repite. La muerte ahora, en medio de la batalla de entusiasmos unánimes, será merced. Luego podrán sobrevenir los desmayos, las apostasías, las escisiones, la burla del puro, el baldón de la caricatura y del choteo, las rapiñas, las malas pasiones y los exclusivismos en la que él quiso con todos y para todos, las tentaciones de ira al ver disfrazarse de patriotas a los logreros y convertirse a algunos patriotas en lastre de la patria. «Es preciso morir..., es mejor morir... Mi hora es ésta»—se dice. Y con la diestra del pensamiento, domina al caballo y al

cuerpo reacios. Y sonríe cuando el insecto de plomo lo pica y lo derriba.

Está caído, cara al sol, y su sangre empapa en sagrado riego la tierra. Ha habido desde Maisí a San Antonio un estremecimiento, pero los hombres no lo han sentido. La Naturaleza vuelve a ser indiferente y móvil: El río corre otra vez, se mecen las palmas y las brisas gimen.

Vació su espíritu y puede dejar ya el polvo al polvo. La púrpura que esponjó un pedazo de suelo cubano fecundará toda la patria, y el espíritu del que completa ya la libertad plena de América, se diluirá en la atmósfera haciendo por sobre los mares lo que a fuerza de lava hace por debajo la cordillera andina, para que toda América sienta que acaba de perder y recobrar al mismo tiempo algo de sí.

No sobrevino el eclipse ni el velo se rasgó en el templo. Y, sin embargo, acababa de ser otra vez crucificado algo de Cristo. En el cuerpo huellas de cadenas humanas y no de divinos estigmas se identificaron. Y, sin embargo, algo del pobrecito de Asís acababa de rendir el aliento.

La mano que lanzó la piedra de la revolución cae segada; pero la piedra sigue su órbita y herirá al coloso en la frente. Muerte necesaria; resurrec-

ción necesaria. ¿Al tercer día? No: el mismo día, en el mismo instante del tránsito, y para siempre ya. Que el menor colapso de este espíritu traería la muerte eterna de cuanto es en Cuba razón de ser libre.

Ultimo retrato

UANDO una mujer entregó al Mayor General Máximo Gómez el papel donde, bajo los signos de la francmasonería, aparecían enlazados el nombre de Martí y el del Coronel español Ximénez de Sandoval, el rostro de éste mostrábase horadado de penas, y su sarmentoso cuerpo curvado, cual si un solo día pesase más sobre sus hombros que los innumerables vividos heroicamente por la libertad, en equilibrio maravilloso entre las incomodidades y el peligro.

No se puede detener, porque al dolor del hombre de acción no le es permitido remansarse en desesperaciones ni al martillo del forjador desertar del yunque si le salta una chispa aciaga. Pero en su sensibilidad hay el pasmo de un gélido silencio, y en su cerebro la resonancia de aquella voz ya imposible, que el día antes no más dió forma, entre vivas incontenidos y lágrimas de hombres que acaso no lloraban desde la niñez, a los ideales de su vida

entera. ¡Ya estaba allí la cruz sobre la cual había querido Martí hacer constar que estaba dispuesto a dejarse clavar por la patria!

Sin aguardar a subir la primera montaña para transformarla en Gólgota, en pleno llano, habíasela deparado el destino. Aquel ademán de abrir los brazos al sentirse herido, ¿qué significaba sino la entrega de las manos a los clavos de invisibles sicarios? Y era preciso dejar su cadáver detrás, y seguir, Cuba adelante, sembrando el reguero de la guerra. Cerca de un mes de delantera le llevan Antonio Maceo y Flor Crombet, y ahora más que nunca era menester secundar su acción invasora. Sin duda el alma de Martí estaba ya también con ellos.

Ni siquiera pudieron rescatarse los despojos queridos. En su poder optimista de someter hasta las desgracias a su fe, el gran dominicano se dice:

—Mejor quizás. Todos estamos habituados a ver muertos; pero ese muerto podría causarnos repentina parálisis, y es necesario que la elasticidad de nuestros espíritus nos dé ese golpetazo semejante al olvido, sin el cual la primera gran pérdida marcaría el fin de la batalla.

Y para amordazar su pena piensa en la de Maceo, en la de Masó a quien el apóstol había conquistado

para su ternura con sólo un abrazo, en la de Borrero y Miró, en la de Félix Renés, en las de cuantos lo vieron y oyeron en los pocos e inmensos días que había de vivir en Cuba libre.

Mientras Máximo Gómez sigue hacia Occidente, hacia Oriente va, como en un retroceso de sol, el cuerpo de Martí. Un hombre de honor lo custodia: el mismo que mandaba la columna frente a la cual halló la muerte. Para este hombre, igual que para el hidalgo de Calderón, la milicia era una religión de hombres honrados. Conocía la autoridad moral del apóstol y conocía, sobre todo, su propio deber. Quién sabe si por endósmosis misteriosa el jugo espiritual secado en los despojos por la muerte penetraba en él, representación de «la otra España», de la que Martí había querido, moviéndolo a acoger aquel cadáver glorioso como a hermano de raza, ilustre entre los más.

Este jugo martiniano le hace comprender que honrar honra. Mientras va el grupo de guerreros camino de Santiago de Cuba, el militar quizás lamenta haber hallado en su camino al débil bayamés de prosodia salmantina que lo puso en la pista de aquel combate. Porque habiéndose encarado mil veces con la muerte hasta conocerle la hermosura, no podía acatar la ley evasiva de quienes la temen;

y porque nada hay más peligroso que los apetitos y las cóleras de los ignorantes, no cedió al impulso de inacción al oír al confidente, ni da ahora suelta a los pensamientos ajenos que fortifican sus meditaciones ni a los impulsos de dolor que turban su alma. La victoria, si la hubo, no le alegra el ánimo. Combatió con valor porque tomó de profesión el deber de todo hijo a defender su patria, y no puede sin perjurio desacatar las órdenes de quienes gobiernan su pueblo. Pero, por primera vez, ante aquel hombre muerto sobre quien halló los signos de una fraternidad liberal, se pregunta si esos gobiernos que así disponen del dolor y de la sangre no yerran. Detrás de su barba vellida y de la autoridad de su grado, oculta a su tropa estos sentimientos raros por sencillos.

¿Podrían comprenderlos los pobres soldados, carne de pueblo arrancada del seguro de sus hogares para arrojarlos entre las balas y la fiebre amarilla? No. Por eso calla y por eso depone su conciencia ciudadana ante sus deberes de militar. Pero en el camino, los mismos pensamientos extraños a su cerebración, emanados quizás del cerebro que lleva ya inerte bajo el arca de un cráneo ya frío, lo intranquilizan. Y se dice sin saber que repite palabras proferidas ya por los labios mudos que reposan de

tanta elocuencia: ¿Por qué quien castiga crímenes aun probados, no ha de tener en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan y el móvil con que se cometen? ¿Y por qué, sobre todo, los Gobiernos han de poner a toda diferencia de criterio el sambenito de las acciones nefandas?

En un alto, mientras la tropa reposa, se ha acercado al cadáver y percibido el noble dibujo de la testa. La frente magnífica, las mejillas huecas ya, los labios cerrados sin envaramiento, dan al sueño una conformidad augusta. El militar piensa: «No es sólo la nobleza de su muerte, sino la de su vida, la que se asoma a este rostro que va a disgregarse bajo las húmedas germinaciones.» Y al dictado de una voz recóndita, cual si pudiera verlo la mariposa que al escapar de su oruga ha acostado su muerto a dormir y se apresta a disolver en la atmósfera el polvillo fecundador de sus alas, el buen militar, con la unción de quien toca al entrar en el templo la pila de agua bendita, pone dos dedos sobre la frente augusta.

Fué la mañana del día 24 de mayo de 1895, sin que la ciudad de Santiago de Cuba casi lo supiese, cuando se celebró la inhumación. Las autoridades que junto a sus «por nuestra parte sin novedad»

habían menospreciado a aquel «cabecilla», entrevieron la importancia de su muerte y, acaso por adivinatoria precaución, le dieron sepultura en un nicho, temerosas de que en contacto directo con la tierra congregara los venenos de sus plantas, los relentes de sus ciénagas y los cadáveres muertos desde Hatuey hasta él a alzarse para el combate último. El Coronel Ximénez de Sandoval pronunció ante el ataúd abierto estas palabras dignas de memoria:

—Cuando pelean los hombres de hidalga condición, como nosotros, desaparecen los odios y rencores. Nadie que se sienta inspirado en nobles sentimientos debe ver en estos yertos despojos un enemigo, sino un cadáver. Los militares españoles luchan hasta morir, pero tienen consideración para el vencido y honor para los muertos.

No decían exactamente los conceptos lo que decir querían. La emoción no halla siempre la forma exacta y, además, los convencionalismos la cohiben. En verdad allí el vencido era el Gobierno lejano de la metrópoli y el muerto el imperio colonial. Un día, como hoy se alzan sobre las de sus verdugos las cabezas de Lanuza y de los Comuneros, el «cabecilla» mostraría en mármoles, en bronce y sobre todo en páginas inmortales y en una nación hecha, que su cabeza no admitía diminutivos y fué una de

las mejor nutridas y más creadoras de cuantas la España mayor haya producido jamás.

(Unos muchachos habían seguido de lejos, ignorando obedecer a patriótico imán, al piquete de soldados que iba a realizar el enterramiento tras de la tapia de tres puertas alzada al fondo de la bahía de Santiago de Cuba. Entre ellos iba el mismo que años después había de pasar hacia el campamento de Dos Caminos del Cobre para llevarle las primeras vituallas de la paz al único varón de su familia que por estar en edad aun cuando no en salud, se fué al campo al sonar el grito de Baire, recorrió dos veces la isla de punta a punta y fué dejado a acabar su tuberculosis en una hamaca, con bejucos encendidos por postrer viático, sin que la Muerte se atreviera a acercarse a él.

Con ese muchacho que había de enterrar en ese mismo cementerio, cerca de la tumba definitiva de Martí, a sus padres—militar español él, hija ella de una patriota fusilado en Baracoa después de haberle confiscado sus bienes por mantener su cubanismo—, iban otros dos: Joaquín Blez y Enrique Setién, amigos inseparables entonces. La amistad ha seguido sin eclipses entre los dos primeros, que muchas veces se han preguntado, sin obtener respuestas, que habrá hecho la dispersadora vida del otro.

Los tres se acercaron sin darse cuenta de que con sus ojos infantiles presenciaban una de las pocas escenas históricas de aquel período dignas de inmaculada recordación, y luego volvieron a sus juegos de merodeo por los muelles, de baños interminables ya a la sombra de la fortaleza de la Socapa o de la playa de «El farol colorado».

Pero uno de ellos, el mayor del grupo, el autor de estas páginas, siguió muchos años más tarde en una calle de Valencia, con emoción ya del todo consciente, la figura del entonces General Ximénez de Sandoval, y guarda entre sus papeles queridos no las fotografías necrofílicas donde la calavera igualitaria apenas diferencia a Yorik del magnate y al magnate del hombre anónimo, sino la reproducción del dibujo representando el entierro de Martí, publicado en cierta revista madrileña. Dibujo torpe de técnica, trazado a pluma, en el cual el artista supo infundir al cadáver y a los militares y paisanos que escucharon las palabras del coronel de negra barba y blanca conciencia, penetrante emoción.

Y por ella este último retrato hecho por mano que por haber ilustrado el *Quijote* llegó adonde las placas fotográficas más sensibles no podían llegar, es ya todo alma.)

Ecos

l ruido simbólico que el cuerpo de José Martí produjo al dar en tierra, tardó algún tiempo en propagarse. En Europa lo ignoraban o lo desconocían, y en América—una de cuyas contumacias consiste en aumentar con la ignorancia la separación de sus países—la noticia se propaló muy lentamente. Para unos había caído un «cabecilla», para otros un general. Para los pocos que tirando del peso ratardatario de las mayorías llevan el mundo hacia adelante, el abatirse Martí en Dos Ríos determinó más que un luto, un deber de conciencia: el de poner su nombre en el árbol genealógico de la familia americana vinculada con la doble nobleza de la libertad y la cultura.

—Ha muerto Martí: se acaba la guerra—auguraron los miopes. Necia profecía, que hubiese dejado de merecer menosprecio a ser consciente su contenido verdadero: La guerra no se acababa porque Martí no había muerto; porque hay seres de tan inten-

sa vida, que la Muerte no logra cortar por completo en ellos la vena de recuerdo y fertilización que une al hombre con sus hermanos. Por la falta de ese canal comunicante, muchos vivos son objetos de carne; y por su persistencia algunos muertos hace años y siglos siguen siendo hombres.

La noticia de la inmolación completó su figura. Y esa figura empezó a sembrarse con simiente de palabras en los surcos del corazón de América. Poetas, estadistas, filósofos, hombres de conciencia histórica, iniciaron con labios y plumas la letanía laica. Pero no movidos por esa precipitación casi venal, equivalente a otra paletada de tierra, con que se suele enterrar a tantos cadáveres. Poco a poco, con más honda y acendrada reflexión cada vez, celebráronse sus exequias y su renacimiento. Se le rememoraba al hablar de las grandes capacidades de cariño, al enumerar las víctimas de la tiranía, las lumbreras de la política, las vidas capaces de ejemplarizar el concepto vida sin mermarlo, los crisóstomos para quienes la oratoria es belleza sin afeites y verdad sin engaños. Si de estadistas se trataba, acudía su nombre; si a precursores de arte se aludía, imposible olvidarle. Y siempre el mismo dolor de su fin prematuro ponía en las voces una sordina que con el paso del tiempo iba adquiriendo claro vibrar de gloria.

—Ha muerto Martí: ya no azotarán las caras de los opresores sus fieras palabras—dijo uno. Y aquí y allá, fueron respondiendo otras voces:—Tenía el fuego de los antiguos profetas en su mirar y también el temple preciso para forzar sus propias profecías con sus actos.—Se ha cegado tras un borbotón de sangre una de las grandes fuentes del Espíritu.—Una mujer anciana y un país recién nacido pueden suspirar por igual: ¡Hijo mío!—Cuando voló tenía limpias las alas.—Quien se acercó a él se retiró queriéndole.—Su cultura era proverbial, su honra intacta.—Ha caído el más raro y divino de los hombres: un romántico y un estoico a la vez.—El rayo ha fulminado la palmera más alta de Cuba.—Nadie se aproximó a él que no se apartase mejorado.—El mal a su lado se avergonzaba, y cuando no podía ganar miel perdía siquiera veneno.—Su elocuencia fué la del corazón.—Ni su alma ni su imaginación le faltaron nunca.—Tanto como él, quizás algunos; más que él, nadie.—Cuando el fuego de la pasión lo poseía, era una fuerza de la Naturaleza desencadenada.—Dios tendrá remordimiento de no haber hecho todos los hombres como ése.—Quien no lo oyó en la intimidad no puede darse cuenta de todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana.—Poseía la originali-

dad que da la absoluta libertad de espíritu.—En aquel corazón de luz no había un punto oscuro, en aquella alma tersa no había el menor doblez.—Lo oí una vez sola, de lejos, y si el día del juicio volviera a oír aquella voz, me iría tras ella.—Su elocuencia no venía del arte de coordinar las palabras, sino de su acento de verdad, de una elevación transparente que dejaba ver su espíritu.—El cielo está de fiesta y la tierra de duelo.—¡Oh ira de los lugares comunes que no permite decir hoy por primera vez que ha muerto un justo!—Nadie tuvo en lengua española esa arrogancia verbal, esa lucidez en el delirio, ese amor comunicante del hombre nacido para evangelizar y redimir.—Todo salía embellecido y purificado de su pluma.—¿Quién que lo oyó no conservó para siempre un rayo de su amor, que era el de la libertad?—De él puede decirse lo que del Cósimo de D'Annunzio dice el escultor Gadi: Perteneció a la más noble de las castas humanas: Fué un animador.—Vivió pobre y aislado, con austera y laboriosa vida, trabajando en labores inferiores a su talento hermoso, vendiendo, como el héroe del cuento de Daudet, algunas migajas de su cerebro de oro a fin de obtener el pan que necesitaba para sí y para los hijos errantes de la madre Cuba.—Amaba infinitamente la belleza y poseía el don magno de ana-

lizarla y comprenderla.—¡Ábrase el sagrario de América para recibirle!—Poeta por la estrofa blanca y alada como Psiquis; poeta por la prosa, urdimbre de seda joyante; poeta por el ideal, que era generoso; poeta por la mirada, que era triste; poeta por el corazón, que era grande.—Hay cosas que no se pueden decir sino como él las dijo.—Su verso es de los que despiertan, no de los que hacen cabecear.—Pudo poner la planta en el muelle cojín y la mano en el hombro de la patricia veneciana; pudo pisar la gradería color rosa del palacio o subir por la escala de áurea seda; pudo sentarse en el sitial de cuero junto al doméstico fogón, y, errante caballero de la libertad, prefirió poner el pie en la nube que partía.—La naturaleza tardará siglos en hacer un amigo igual.—La vehemencia era el alma de su oratoria.—Su gloria consiste en haber destruído la depresión moral en que vivía su pueblo, siendo el despertador, la imagen viva del apóstol y del caudillo que enseña y organiza, que impulsa y disciplina, que predica cuando la predicación es precisa y que muere por el credo cuando el sacrificio lo demanda.—La patria soñada por él hubiera sido demasiado bella para ser cosa de la tierra.—Pocas veces he escuchado un lenguaje más flúido salpicado de conceptos más novedosos.—Cuando hablaba de la liber-

tad sus ojos tenían fulguraciones de relámpago.—Quien no podía sostenerle la mirada es que era impuro.—Jamás exigió a nadie la mitad que a sí mismo.—Al través de su cutis fino se veían ir y venir, rápidas, las corrientes nerviosas, ya del corazón a la cabeza, ya de la cabeza al corazón.—Sólo el deber era capaz de sacarle de su gran modestia.—Oírle hablar de su patria y de su madre dejaba siempre esta pregunta bochornosa: ¿Será que yo no he sabido querer?—Su fama ha de durar tanto como la nación que fundó, y ha de ser tan grande como el mundo de que fué ornamento.

Cien lances más podrían transcribirse. A intervalos irregulares, de las más ilustres fuentes de pensamiento y sensibilidad y de los más entrelejanos países, van surgiendo los panegíricos. Cada día, según lo que en su arte fueron relámpagos se trueca en luz plena para iluminar el camino de la belleza; según sus sueños incubados con renunciaciones y regados con sangre plasman, su fama se extiende, y comentarios a su obra llenan páginas, folletos, libros.

Al recuerdo personal, al comentario de los evangelistas que recogieron de sus labios las palabras, se suman otros. Su nombre sube al rótulo de calles, su efigie se alza en el centro de una plaza, su apellido

pasa a ser nombre de un pueblecito. Por bandera, a veces abusiva, se le toma ya; por motivo de estudio se le escoge. Mientras más menudean las exégesis mejor se advierte la densidad de su pensamiento y la gama riquísima de blancos, azules y púrpuras de que estaba iluminada su alma.

De España misma llegan a su gloria reparaciones. Y es don Miguel de Unamuno, ciudadano de aquella otra España extraoficial que tanto él quiso, quien con amorosa penetración comenta sus versos. De España, editadas por Rufino Blanco-Fombona, por Alberto Ghiraldo y por quien esto escribe, parten hacia todo el mundo ediciones de sus libros. Un buen español, Isidro Méndez, escribe con fervor una biografía admirable. A los ecos individuales se unen los colectivos, y he aquí que, en Mensaje inmarcesible, el Gobierno de aquella su segunda patria que fué el Uruguay, para obtener del Congreso, por unanimidad, la autorización de tributarle un homenaje público «en atención a sus méritos y virtudes republicanas y a sus honrosos servicios y vinculaciones con nuestro país», toma el tono emotivo tan poco frecuente en los documentos oficiales, y hasta exhuma de los archivos diplomáticos papeles del que fué su cónsul durante cinco años y preparó en su nombre el infor-

me sobre la moneda que dió al traste con el proyecto de los Estados Unidos del Norte. Documento es éste que enaltece a la República Oriental y que brillará siempre sobre todos los que América ha de consagrar al último hermano de los Bolívar, los Artigas y los San Martín nacidos de su entraña.

En progresión geométrica crecen los ecos de ese renombre. La juventud cubana en noble pugilato de exaltación incorpora a Martí a su obra, y a más de los estudios particulares de aspectos de su creación estética y política; a más de los monumentos iconográficos y de las ediciones fragmentarias de sus obras, adviértese un afán de asimilarlo, de contraponerlo a todos los espurios. Sociedades y revistas nacen y crecen bajo su advocación. Los ingenios más altos se esfuerzan en definirlo. Y acaso la definición mejor venga de él mismo, pues las frases grandes refluyen sobre quienes las conciben y, según dijo el benedictino burlón de apellido Thibault en su defensa del subjetivismo, nuestro drama peor consiste en no podernos salir de nosotros y en referirnos a nosotros cuando creemos estar hablando de Milton o de Shakespeare. Por lo que tuvo de su tiempo y de otro tiempo que no ha llegado aún, que acaso no llegue por completo jamás, fué Martí sólo comprensible en parte. Cuando no es meridiano

y elemental, muestra una suerte de brillo tenebroso y de laberíntico barroquismo que la pequeña lógica repugna; y entonces es cuando alcanza su estatura mayor, y cuando han de aplicársele las palabras que, refiriéndose a Cecilio Acosta, dijo él sin sospechar que trazaba el mejor retrato de su espíritu:

«Trozos suyos parecen como flotantes y no escritos en el papel en que se lee; o como escritos en las nubes, porque es fuerza subir a ellas para entenderlos, y sólo allí están claros. Y es que quien desde ellas ve, entre ellas tiene que hablar. Hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida como señal de altura y fuerza a una legítima superioridad.»

Hay, pues, que interpretarlo, que decantarlo. Sin el lento hilar del huso y el paciente devanar de la madeja enredada, la hebra con que se cose después sería muy corta.

Pedestal y estatua

No siempre la confrontación del hombre providencial con su pueblo muestra esa correspondencia sin la cual no hay monumento completo por bellos que sean sus componentes.

Materia y espíritu homogéneos han de tener los monumentos vivos aun cuando la colectividad no pueda discernir las excelsitudes cuajadas en el héroe sino por modo confuso y siempre retardatario. No importa que aparezcan diferentes ni han menester para acentuar las similitudes de equivalentes a esas falsas ventanas pintadas por amor a la simetría de que habla Blas Pascal. A los imperativos geográficos y étnicos añádese una suerte de galvanoplastia espiritual que va recamando al superhombre de las partículas áureas o argénteas apenas visibles en el agregado colectivo. Para que el genio florezca, mil lentísimas combinaciones crujen en lo oscuro del subsuelo de las entrañas y del pensa-

miento. Y aun cuando, por su esplendor, parezca extraño a la tosca masa de donde sobresale, sin la existencia de ésta la suya no habría podido ser igual.

Cuba da en Martí uno de los hombres más finos, más sensibles de la Historia. Soñador y metódico, ajeno por completo al humorismo desenfadado que la menor observación delata en su pueblo, tenaz en contraposición con ese facilísimo voluble hijo pródigo de la abundancia del trópico, sensual pero con todos los sentidos afinados con gasas de alma, previsor, meditador, idealista, delicado hasta la hiperestesia, pudoroso, audaz únicamente para las empresas confluentes a su predestinación, Martí luce de pronto distinto a todo pueblo, al suyo más que a otros aún. No, no es posible hallar otro cubano igual, decretamos. Y sin embargo...

De Cuba son todas sus cualidades. Acendradas en él hasta lo sublime; dispersas en el alma colectiva y ahogadas a veces por el ejemplo desmoralizador de un coloniaje sólo atento a las explotaciones y por la era de materialismo triunfal en que le ha tocado desenvolver sus primeros años de independencia. De la pujanza de la flora participa la fauna cubana: el niño precoz, la mujer temprana, las imaginaciones veloces, la facilidad de comprender, de

improvisar, más la pereza y una suerte de fatalismo heredado de la andalucía arábiga, hacen del criollo un ser en quien ciertas capas de civilización se adhieren con rapidez de prodigio. Trasplantadlo, llevadlo a los medios de refinamiento mayor, y jamás dará la sensación de advenedizo. Animal atrevido y adaptable, se pliega al ambiente y no tarda en destacarse en él. Esto no sería posible sin cualidades raciales profundas.

Martí, magnetizado por un gran ideal, precipita esas cualidades y elimina la incuria, la confianza en los hados propicios, el materialismo, el goce epicúreo de blanduras buenas para el momento y el premio, mas funestas si invaden el área mayor de la vida.

No encontraréis en Cuba el hombre lento y embotado. El último guajiro analfabeto no se deja envolver. Sus dichos, sus cautelas, sus suspicacias, su verbalismo ingenioso, acusan ineducación, mas nunca torpeza. Y apenas el cultivo interviene, estos dones adquieren categoría en el dominio de la inteligencia y, algunas veces, en el todavía superior a éste, de la Ética.

En pueblo tan reacio a asimilar extranjeros a su caudal anímico como Francia, hallaréis un mariscal, un académico de la lengua, un alcalde de

París y un poeta de creciente cotización, Augusto de Armas, nativos de Cuba; en Sudamérica descollaron muchos cubanos, y en la remota Australia surge de pronto un Sanguily desprendido del tronco ilustre que había de florecer en Cuba, rigiendo con plena justicia una gran urbe. En la vida española abundan los cubanos destacados por méritos antes y después de la emancipación. Y de hoy son los casos de José Raúl Capablanca, eminentísimo casi a pesar de su desinterés por el estudio científico del ajedrez, y el del hércules de ébano que acaba de abrirse paso con los puños desde un cajón de limpiabotas hasta la riqueza y la celebridad.

Martí posee esta fragancia veraz hija de la tierra y del sol, más la brújula que le marca un norte ideológico y el poder heroico de apartar de sí cuantas gracias equívocas retrasen su marcha hacia ese norte.

Tras la mala crianza y la jactancia, a veces sólo palabrera, de despreocupaciones y materialismos, hay en Cuba raras virtudes. Ese gusto por la chacota, ¿no será un drástico, una sangría del alma para evitar la cólera congestiva, una equivalencia de la brisa que impide al sol poner en ebullición la sangre y las pasiones? Pueblo que pasó de las vejaciones de la esclavitud a las tentaciones de la

independencia; pueblo que se ve esquilmado o adulado exclusivamente por la caña de su suelo y por el cultivo lujoso de sus vegas, ha de adquirir de la riqueza material un sentido engañoso. Sentido contra el cual reaccionan un instinto secreto y una experiencia cada día más rica en axiomas. Cierto que en lo económico lo inmediato triunfó de lo mediato, que de todos los presidentes uno solo ha mostrado anhelos de estadista, y que de todos los políticos apenas si unos cuantos han tratado de ennoblecer en vez de prostituir la democracia. Mas, ¿es esta historia excepcional? Y sí lo es, en cambio que Cuba es el país único donde tras una guerra fratricida no hubo ni un solo caso de individual represalia al lograrse el triunfo.

Martí, pedagogo de sí mismo, muestra en su desasimiento de las ambiciones materiales, en su visión de fundador y conservador de independencias y en el amor que practicó y propugnó siempre hacia España, el compendio esplendoroso de esas virtudes.

Al «choteo» desmoralizador, al encogimiento de hombros, a cierta informalidad y superficialidad que a veces parecen culpables, se contraponen cualidades que observadas de súbito parecen milagrosas. Una ley tan lata como la del divorcio, de la cual

esperaban los malos augures el relajamiento de las costumbres, casi el fin del hogar, ha sido administrada por jueces y cónyuges con tino que no habría sido superado en pueblos de temperamento frío y alma religiosa. Al facilismo que nada consigue saber bien ni ignorar nada por completo, sucede en todas las disciplinas la conciencia profesional. Y por ella, a empuje de la generación que pudiérase llamar de la república, el estudio y el método entran en la vida espiritual cubana. Y su influjo mejorador empieza a sentirse.

Martí vivió aislado en su ensueño y en su obra, casi sin participar del desconcierto general, y cayendo antes de que fermentasen los estratos sociales de un pueblo que acababa de ser removido en todos sus posos tras de una vida de sobresaltos y soluciones provisionales. Por su genio y por la necesidad de su empresa, anticipó en sí virtudes que han de tardar aún en desligarse de malas adherencias, y que en ningún pueblo han sido comunes todavía. Pero la homogeneidad de materia entre el pedestal y la estatua se revela. En la mole abrupta de la cantera muy pocos pueden ver la piedra tallada y pulida, ya humano trasunto.

En los primeros tropiezos de la República todos añoraron a Martí, y algunos tuvieron por benigni-

dad de los dioses el haberlo llevado a su compañía antes de que los envilecimientos de la realidad le pusieran frente a los ojos su obra manchada y frente a su dolor la reacción procaz de los primeros logreros de la República. José de Armas dijo: «Murió a tiempo para no haber visto de su obra sino el aspecto más bello. A hombres como a él más les vale vivir unos cuantos años menos sobre la tierra que sufrir más tarde a los críticos, impotentes para crear y hábiles para destruir, analizando con lentes de miopes sus actos generosos.» Y Enrique José Varona, el gran pensador, el patricio ejemplar por su gran inteligencia y su gran conducta, habla así en párrafo donde la ebúrnea frialdad de su prosa se vetea de emoción: «No he vuelto a ver a Martí sino ahora, sobre su pedestal de mármol, glorioso desaparecido que ha entrado en la inmortalidad. No sé si será un egoísmo, pero quisiera que su mano extendida pudiera cobijar las mías, y que su ancha frente de iluminado pudiera inclinarse todavía sobre Cuba para dar calor a su alma con las chispas de su noble sentimiento.»

Palabras generosas ambas, saturadas las últimas de sentido profundo. La frente chispeadora habrá, no importa a costa de cuántos sufrimientos de los que él no gustaba ahorrar, alumbrado muchas sen-

das oscuras. Y así como, con esfuerzo, la identidad de materia entre el pedestal y la estatua comienza a verse, tras una mayor convivencia el hombre y su pueblo habrían, en transfusión dolorosa y feliz, intercambiado lo informe y abrupto por lo tallado y decantado. No pudo ser, y tardarán años aún en parecer de una sola materia pedestal y estatua a los ojos indiferentes. Si algún día lo llegan por completo a ser, la gloria de Martí, sol sin manchas, quedará para siempre en el cenit.

Don Cayetano el informal

UANDO don Cayetano salía cada mañana a las ocho y media de su casa de Jesús del Monte y, a paso corto, dejando atrás la nubecilla azul de su veguero, iba hasta la línea del carrito, cuantos se cruzaban con él tenían la ilusión de ver reanimarse una estampa antigua.

Alto, armónico de miembros, de avellanado rostro donde el pelo, las patillas y el caudaloso bigote blanqueaban realzando el negro vivaz de los ojos; con su flus de casi charolada albura, su panamá que parecía marfil flexible, y su sonrisa niña a la que daba edad un diente de oro, dijérasele en demanda de la volanta o del quitrín y no del vehículo eléctrico.

Resumía los rasgos cardinales del criollo. Y evocadas por su apostura sin empaque y su llaneza señoril, la hidalguía española y la bondad cubana venían tan simultáneamente al pensamiento, que formaban una imagen sola. Lo mismo podía con-

cebírsele desplegada la diestra sobre el pecho entre la golilla de encaje y el áureo pomo de la espada, que con guayabera constelada de estrellas de cinco puntas, machete, y sombrero levantado por delante para mostrar mejor la alegría de la faz bajo la escarapela.

—El niño sabe a guanabana y a «son» cantado en un bohío, pero sabe también a peninsular de los buenos—decía con arrobo la negra casi centenaria, esclava antaño de la casa, para la cual guardaba siempre don Cayetano algo infantil.

De este feliz entronque de razas lo mismo que de su apellido vasco, Arrechavaleta, estaba él tan contento que sólo de una cosa por igual se ufanaba: de su formalidad. Su padre, arruinado en la guerra del 68, se la dejó en herencia al retirarse a España. «Traga saliva tres veces, pues, antes de dar tu palabra; mas echa luego tres veces la vida por la boca antes de faltar a ella, pues—solía decirle. Y esta dedicación a poner su alma íntegra detrás de cada promesa, le dió cautela y crédito, con los que otra vez rehizo la fortuna.

Su formalidad llegó a ser proverbial: «Lo ofrecido por don Cayetano, igual que tenerlo en la mano», decían unos; y otros: «Palabra de Arrechavaleta escritura completa.» Incapaz de pasar a una segun-

da cláusula sin tener la anterior dilucidada irrevocablemente, al terminar un trato y decir su sí o su no, extendía la diestra y trazaba en el aire invisible rúbrica ya siempre presente a sus ojos. Y este ademán era su signo notarial, su «doy fe en absoluto».

Llegó a ser tan extremada esta virtud, que andaba ya en las fronteras del vicio. «Papelotes, juicios y escribas son para tramposos», aseguraba. Y como su vida era especular y a la fecundidad ubérrima de la tierra daba un trabajo nutrido de todas las sabidurías del guajiro y de todas las habilidades del colono, sus potreros medraron y sus trapiches se convirtieron en ingenios sin que nadie manchara con descontento ni envidia su auge.

Las sacudidas precursoras de la erupción patriótica del 95 lo pusieron a prueba. Hijo de español, quiso siempre conservarse equidistante de las dos pasiones diametrales, con una dignidad tan palmaria que quitase a su prudencia toda sospecha de cuquería. Había casado con cubana y cubano era él y eran cubanos sus dos hijos; mas allá lejos, junto a las brumas norteñas del Cantábrico, un viejecito que esperaba a la Muerte habría sentido caer una gota amarga en su hora última si el menor de sus hijos—los otros estaban uno en la Argentina y el otro en Chile: siembra pródiga

de aventurero hispano—hubiese levantado armas contra España.

Fué una disyuntiva dolorosa, tan claramente dolorosa, que nadie pensó que las comodidades del hogar o el temor a los riesgos de la manigua lo retenían. Pero no bastó su abstención: época asaetada por relámpagos pasionales, no ya los hechos, no ya las palabras: hasta los silencios eran interpretados; y fué inevitable partir. ¿Adónde? A España no: Habría sido ir a repetir en la ribera opuesta, y mucho más agudamente, el mismo problema.

Se trasladaron a Tampa y desde allí asistieron a los primeros arrebatos de la revolución. Ya los muchachos crecían, y el alma se les iba por los labios. Don Cayetano no osaba contener las patrióticas voces, que eran como la voz de su alma muda. Y un día, creyendo ir a buscarlos, entró en una reunión pública en la que un hombre de frente vasta, de ojos alucinados y palabra tan pronto metálica como sedosa, plasmaba ante la muchedumbre la imagen aún inexistente de la Patria.

Al salir, después de los gritos de entusiasmo, rezagóse un grupo en torno del tribuno. Don Cayetano no consiguió apartarse y siguió con ellos, bebiendo sediento las palabras que adquirían en la intimidad una elocuencia más persuasiva aún.

—Quien no tenga libertad para dar su vida a la causa, dé algo de su hacienda, o su pensamiento o su simpatía... Si el dinero no fuera estrictamente necesario, pediríamos almas nada más. La guerra, cuando es buena, cuando es santa, necesita por igual de sonrisas que de sangre. Hay que hacer virtuoso al inteligente y útil al tibio.

Don Cayetano sentía que esas frases eran dedicadas a él. La unción del acento en aquel predicador de exterminio daba a cuanto decía un sentido humano, razonable, necesario, tierno. Para formar milicias parecía que el tono imperativo de Íñigo de Loyola, su santo ancestral, fuese más eficaz que aquel suave dejo que infundía a las palabras gracia de florecillas—unas *fioreti* rojas, manchadas de una sangre que pudiera lavarse después. Y él, que acaso no hubiese seguido al santo áspero, seguía dócil el eco de la voz seráfica.

Tarde, muy tarde, logró quedarse a solas con el cautivador de almas, y le dijo:

—Yo no tengo libertad para ir a la guerra; pero quiero contribuir a ella... Si alguna vez, que no lo quiera Dios, quedo libre, iré... ¡Iré, palabra! Mañana le enviaré a usted tres mil pesos.

—Gracias en nombre de Cuba. Yo le remitiré en seguida un recibo provisional.

—No, no... Nada de papeles. Ni yo se lo prometo con escritura, ni quiero escrituras después. Tres mil pesos. ¡Dicho!

Y extendió la diestra para poner su rúbrica en el aire.

El noble rostro de la frente y los ojos de luz se aclaró con una sonrisa, y la voz se tornó jovial para decir mientras palmoteaban las manos:

—¡Ya sé quién es usted! Don Cayetano Arrechavaleta... Déjeme estrechar contra el corazón ese pecho noble. He oído hablar tantísimo de usted, que me parece conocerlo. No se me corte, no... ¡Feliz quien logra hacer una leyenda de su hombría de bien!

El día en que don Cayetano recibió de Zarauz una carta de luto y pudo disponerse a cumplir su palabra de ir a la guerra, ya había muchos huesos heroicos en los campos y un verdor auroral efundíase del horizonte casi lleno aún de noche.

Fueron sólo seis meses de fatigas y de esperanzas. Pero supo de los cansancios, de la hamaca mecida entre dos quiebrahachas, de los sobresaltos del tiroteo, de los galopes rudos, de las alarmas, del fuego, de la sed, de la herida sin vendas, de la traición de las tembladeras y de algunos hombres, de los

cortos reposos en las prefecturas, del maíz salcochado y de los mangos verdes. Y cuando llegó la hora dichosa de entrar en la Habana tras el Generalísimo, ni aun los que estaban en la manigua desde el primer momento pudieron dejar de tratarle de igual a igual.

Al calmarse el hervor de los primeros goces de la libertad, don Cayetano no quiso seguir en la estela tumultuosa y ya estéril de la guerra: colgó su «media-cinta» y su canana, dejó las disputas de la ciudad, y se marchó a enderezar su hacienda arruinada otra vez. Sólo su probidad y su formalidad consiguieron triunfar de los pescadores de río revuelto. Gastó en deslindes, atrajo braceros, roturó, labró, sembró. Y fué la suya la primera cosecha cogida en tierra libre. Un año después el mar vegetal de los cañaverales ondulaba al paso de la brisa... Un año después y no antes: que aún en la tierra más próvida del mundo el buen acero del arado trabaja menos de prisa que el de las armas.

Don Cayetano estaba contento... El azúcar subía, subía. Cada mes era un cuarto de centavo más, y la codicias de la vampiresa Wall Street buscaba día tras día ingenios que adquirir. ¡Ah, si el agente no se hacía ilusiones—y siendo su agente era el

más formal entre todos—iba a hacer un negocio mirífico! Puesto que las dos últimas zafras habían sido de cien mil sacos, bien podían los representantes del *trust* yanqui ofrecer aquella cantidad enorme... ¡Iba a ser rico, rico en dinero, sin preocupaciones, sin deber a los Bancos!... ¡Rico para poder ya descansar e irse de viaje mucho tiempo; rico como don Nicolás Castaños; rico para no importarle que sus hijos *Bebito* y *Tano* jugaran fuerte en el «Union Club» y tuvieran tres «máquinas» mientras él iba en el carrito..., porque ya no había guagua! ¡Iba a ser rico!... Aquella noche se reuniría con el agente y los dos americanos en el «Restaurant París», y a la mañana siguiente, aun cuando para él no habría sido preciso, claro está, irían a casa del notario a dar la minuta de la escritura... ¡Iba a ser rico!

La reunión fué breve y, sin embargo, pesada. Contra toda previsión, no eran don Cayetano y el agente quienes insistían. Con sus voces lentas y gangosas los americanos martilleaban: «Queda entendido que mañana, a las nueve..., a las nueve, para poder tomar nosotros el barco... El «City Bank» garantiza la operación... Si el señor quiere una cantidad a cuenta o firmarnos siquiera una opción...»

Don Cayetano se enojó: «¿No valía su palabra más que todos los anticipos y opciones del mundo?

Por el ojo de una «o» se escapa un pillo... Ya estaba su palabra dada, y nada más.» El agente debió explicarles en inglés la historia y el renombre de don Cayetano, porque los sajones se pusieron en pie y se deshicieron en excusas, mirándole con una curiosidad semiasustada, sin atreverse a decir que en el mar de los *business* naufragan las formalidades. Y todavía, al despedirse volvieron a repetir:

—Nos alegramos de que usted sea así, tan caballero... Mañana a las nueve, en la notaría.

Don Cayetano regresó a su casa algo nervioso. ¿El exceso de la comida? ¿El trabajo de seguir una conversación tartajosa? Sentíase pesado. No pudo leer el alcance del *Diario* según su costumbre. Abrió la ventana, y el olor de los jazmines del Cabo y de los heliotropos concluyó de turbarle... Temiendo el insomnio tomó la precaución, rarísimas veces precisa, de prevenir el despertador para las siete. Contra sus temores, quedóse dormido poco después; pero no dormido como siempre: dijérase que estuviera en dificilísimo equilibrio sobre esa línea sutil que separa la vigilia del sueño.

Su olfato diferenciaba todos los perfumes frutales y florales del patio; sus ojos veían la ventana, la llama fresca del flamboyán, la luna quieta que agrisaba el blanco calizo de las paredes. Y tras

una inquietud más intensa, vió abrirse la puerta poco a poco, y avanzar hacia él un hombre envuelto en misteriosa penumbra de la cual sólo se destacaban los ojos y la frente.

Quiso incorporarse para coger un arma, y no pudo. Un ademán aquietador, dulce, calmó su sobresalto. Y una voz, balsámica también, empezó a hablarle con suave reproche. ¿Dónde había él escuchado ya aquella voz?

Y la voz dijo:

—¿Qué vas a hacer, don Cayetano? Cayetano Arrechavaleta, cubano hijo de vasco y de cubana, ¿qué vas a hacer? Tu palabra es tu orgullo, y la has dado; pero la has dado para algo que no es tuyo del todo. Vas a vender tu finca. Vas a cambiar por un monte de oro sin raíces, de oro que puede ponerse y quitarse en cualquier sitio, la sabana fértil y la cañada, y el valle hermanito menor del Yumuri, y aquel sitio donde un palmar dibuja en el suelo la estrella caída del ramaje: sombra dulce donde siempre se refugian los niños... Has dado tu palabra... Pero tú no sabes que ya se ha dicho: «La lengua ha jurado, el alma no ha jurado.» Y tu palabra la pronuncia la boca, pero después de haberla fraguado la conciencia. Mejor es, tú lo sabes, decir noblemente: «Me equivoqué», que mantener una pa-

labra loca; sobre todo una palabra injusta, impura, delictuosa en ese otro Código más ancho que el que mueve Juzgados y Notarías... No exagero. Antes me quedo corto, por estimación a ti. Vamos a ver: ¿Podrías dar tu palabra para vender tu apellido? Tu Arrechavaleta es de tus padres y de tus hijos: Lo tienes en préstamo. Pues la tierra también. La tierra es para los abuelos y para los hijos. Está abonada con huesos de compatriotas nuestros, regada con sangre y con lágrimas. Mientras tú peleabas por las Villas, otros cubanos peleaban, por toda la tierra de Cuba, sobre la de tu hacienda también. Como no somos grandes y hemos luchado tanto, apenas hay de San Antonio a Maisi tierra sin muertos. Las brumas que cubren tu hacienda en los crepúsculos son las ilusiones que cien generaciones pusieron en ella. Si ahondas en tu monte de oro, nada encontrarás. Si ahondas en sabana, en tu valle, en tu cañada llena por las tardes de sombras color violeta, hallarás las aguas lustrales de nuestro mar Caribe... No os ha bastado hacer de nuestro país un país diabético a merced del mercado vecino, y queréis hacer mercado de la tierra misma, de la tierra sagrada cuya venta pueden echaros en cara desde Hatuey al último vástago de la última entraña cubana fecunda. ¡No, que no se contagie el corazón del oro de

ese diente que amarillea entre tus labios! No, Cayetano Arrechavaleta, tú no, ¡tú no!... Luchaste por la libertad; mas por la libertad hay que luchar en cada minuto, de mil modos: y ahora eres soldado de vanguardia en el decisivo combate. La guerra no empieza nunca en la primera batalla ni acaba con la última... Ahora nos falta fundar, consolidar, combatir contra lo peor de nosotros mismos—vanidad y cólera—que queda siempre exacerbado después de la pelea. Sé que has empeñado tu palabra, tu orgullo; y, sin embargo, hoy la rúbrica de tu mano ha de borrarse en el viento. Dejarás de ser formal una vez: ¡gran sacrificio! Pero pesa en la balanza que todos llevamos en la conciencia, y pon de un lado el dinero y del otro los perfumes que te llegan, el aire que te envuelve, la cama de tierra libre que reemplazará un día, para siempre, a esa cama donde ahora reposas... ¡No, tú no venderás el pedacito de patria que es tuyo, casi tuyo!... ¡Cayetano Arrechavaleta, no venderás!... ¿Verdad que tú no venderás?

Un temblor angustioso recorrió el cuerpo yacente. Otra vez quiso incorporarse hacia la aparición, y su boca dijo sin necesidad de palabras:

—¿Quién eres tú que me hablas de ese modo? ¿Dónde te he oído antes? ¿Por qué tu voz me remueve hasta lo más profundo y pone en mi ser vi-

braciones nuevas? Dime tu nombre... ¿Quién eres? ¿Quién eres?

La sombra sonrió dulcemente, y respondió estas tres palabras luminosas, en un susurro:

—Soy José Martí.

Al trepidar el despertador una frazada cayó en repetidos dobleces sobre él hasta ahogar su repique. Con los párpados muy apretados, invocando un sueño lleno de grietas abiertas a la realidad, don Cayetano durmió hasta muy tarde. Fueron vanas las llamadas telefónicas de la Notaría y las tres visitas del Agente: Fiel a su orden, el criado de mano dijo a cuantos vinieron a buscarlo que se había ido al campo.

La noticia de su primera informalidad fué comentada con ese tono empavorecido con que se habla de los fenómenos que vulneran las grandes leyes del mundo. Y con la injusticia con que se exige todo de quien ya lo ha dado casi todo, bastaron aquellas horas para teñir con su sombra aparente tantos años de vida inmaculada. «¿Qué te parece lo que ha hecho Arrechavaleta?» «Vaya usted a fiarse.» «Puede que quisiera aún más plata.» «No, eso no, imposible...» Los financieros más expertos aseguraban que había hecho un mal negocio. Pero

cada vez que algún indiscreto aludía a su incomprensible conducta, don Cayetano decía:

—Llámeme usted don Cayetano el informal. ¡A mí, sí: lo merezco! Prometí, y falté; dí mi palabra, y no fuí.

Y sonreía con sonrisa feliz, cual si por debajo de sus propias vituperaciones acariciara lo más hondo del alma un secreto inefable.

Bautizo

No lo conocíamos; pero queríamos morir por él.

No podían medir todas las dimensiones de su grandeza; pero querían vivir bajo el ala celestial de su nombre.

N la encalada paz de la sacristía, entre el antiguo confesonario que ya no puede más con tanto comején y tanto pecado, y el escaparate donde se guardan las vestiduras modestísimas, de verdadero sacerdote de Cristo, el párroco rumia su duda teológica y taconea nerviosamente. El guajiro, respetuoso y tozudo, insiste:

—¡Puede ponérsele, sí, señor!

—Pues en el santoral no está.

—Pues en el juzgado se lo ponen, y esto no va a ser más que el juzgado, que para eso Cubita es libre.

—El juzgado es el juzgado, y esto...

—Entonces to se arregla con no bautizarlo.

La montuna interviene asustada:

—No digas herejías... El muchachito no pue quedarse moro.

—Judío, moro, y hasta chino, si no pue llamársele como yo quiero.

El sacerdote, con algo colérico también en el ceño, calla. Luego se asoma a la ventana, que una enredadera de cundiamor festona, y contempla el potrero, el ingenio que a lo lejos humea. El grupo de mujeres con trajes planchados y de hombres con pantalones de cutí y guayaberas, del cual se han destacado el padre y la madrina de la criatura aún sin nombre, respeta su silencio.

Hierve la naturaleza sin ruido. Bajo los quitasoles de las palmeras leves crujidos en las cercas y en los árboles descubren la obra germinativa del sol. Verdes lagartos aumentan las hojas de un árbol; sobre el rosal del jardincito varias mariposas juguetean en loco ir y venir con sus hermanas las flores, mientras en la charca próxima, frisando el agua hasta cosquillearla, un caballito del diablo vuela trémulo. El sacerdote fija en él su mirada un instante, y la palabra diablo entra puerilmente en su preocupación. Los pitirres picotean la fruta luminosa de la enredadera. Dos se han asomado al alféizar para ver lo que el cura decide.

En este momento, un hombre bien portado, de morenez enérgica, entra en la sacristía; y el párroco se abalanza hacia él como hacia un manantial de

consejo. Al recogimiento que impone el lugar oloroso a cera divina, se añade un dejo de sumisión humana.

En el opuesto rincón, en voz tan baja que ni la araña que teje su tela a favor de la pereza del encargado de limpiar la sacristía puede oírlo, el sacerdote expone al visitante el caso, y trata de inculcarle su propio dictamen. El recién venido sonríe, sacude la cabeza, y acercándose al grupo, pregunta:

—¿Y cómo quieren ponerle al niño?

—El muchacho se ha de llamar Martí Valdés Perea. Martí de nombre, sí, señor.

—No me lo diga con ese tono: a mí no me asusta—dice el caballero moreno poniendo entre los dos pedazos de su sonrisa un tabaco humeante.

—Pero si es absurdo; si Martí no es nombre, si...—arguye el cura consciente de que pierde apoyo.

—Todo nace y muere, padre: véalo en el breviario. Nombres hay que han muerto y otros que se crean. Hubo un día en que el nombre de usted y el mío no eran nombres ortodoxos aún, porque un varón, cabeza de nuestra estirpe espiritual, no había hecho méritos a los ojos de Dios todavía. Además hay precedentes: Wáshington, Lincoln, ayer apellidos, son nombres hoy.

—En tierra de protestantes, en esos Estados Unidos que el Señor ha de castigar. Pero aquí... Martí pudo ser un héroe, lo fué; yo lo admiro tanto como el primero, pero no fué santo.

Hay un silencio. El visitante sale de él con voz persuasiva:

—¿Y está usted seguro de que santo y héroe no es lo mismo?—dice—. Ser héroe no es arriesgar la vida en un minuto, sino sembrar horas y horas de desdicha para que otros cosechen luego días mejores. No es ser bravo; es seguir, en las posibilidades humanas, el ejemplo de ese que está ahí crucificado, y aceptar el dolor por los errores ajenos. Se venga de un lado o de otro de la montaña, cuando se llega a la cúspide es ya igual: y en la cúspide están el santo y el héroe. Además, Martí fué un santo: Nadie se parece a San Francisco más que él; hasta cuando habló de guerra quería hablar de paz. Ni una palabra contra España envenena su obra. Los buenos españoles son cubanos—dijo—. Y usted, buen español, no ha de negarse por mera fórmula a complacer a este buen cabano que desea que en su hijo se haga nombre el apellido que divinizó Martí. Si yo vistiera esa sotana y tuviera esa tonsura, padre, el angelito no se iba de aquí sin bautizar.

Un bisbiseo entusiasta sale del grupo. Y apartan-

do a un lado al sacerdote ya vencido, el caballero criollo le dice en voz queda:

—Además, ¿de qué le sirven a usted las enseñanzas de la Iglesia, tan hábil en las cosas del mundo? Póngale José Martí en lugar de Martí a secas; bisbisee el José lo mismo que bisbisea los latines, y así ya está del todo en la ortodoxia y es más completa la advocación.

Volviendo a incorporarse al grupo, el sacerdote exclama:

—Han tenido ustedes el mejor abogado del contorno, y van a salirse con la suya. Vamos.

El visitante se desabrocha el saco de dril, busca en un bolsillo de cuero dos piezas de oro, y añade:

—Y si estos amigos me permiten pagar el bautizo y me convidan además al guateque, verán que a mis años sé cantar todavía un bolero y bailar una rumba... Y también soy capaz de ayudarle a usted en la ceremonia si no le da miedo un monago tan grande.

El padre cura, español, de Castilla, se acerca al bienhumorado criollo y lo abraza. En seguida va hasta el guajiro y le tiende la diestra en prenda de paz. Al estrechárselas, las dos fisonomías se alegran hasta aconsonantar con el sol y con los cundiamo-

res que parecen corazones de Jesús entre el verde espejeante de las hojas.

Después el sacerdote va a la mesa, se sienta, toma la pluma, lee con sonsonete de rosario el acta bautismal que estaba sólo a falta del nombre, y al llegar a la línea blanca, escribe al mismo tiempo que pronuncia: «El niño José Martí Valdés Perea...» Y levantándose, mientras reviste la sobrepelliz para entrar en la iglesia, añade:

—Ahora, al echarle el agua y ponerle en la boquita la sal, pidan todos a Nuestro Señor que el nombre por el cual hemos disputado no le sea puesto en balde.

—Amén—responde el visitante tomando ya el deber de acólito.

Y el grupo de hombres y mujeres remueve los labios donde se juntan fervor y sonrisa.

FIN

ÍNDICE

Páginas

DEDICATORIA 7
INTRODUCCIÓN 9

ESTAMPAS DE NACIMIENTO:

Belén 25
Signos 33
Escena 43
Espíritu Santo 49
Puente 59
La nueva familia 67
Equipaje 77
Claustros 87
Tenida 101
El «poverello» reza a Jehová 113
Primer retrato 121

IMÁGENES DE LA VIDA DURA:

Carta perdida 131
La niña de Guatemala 141
Laberinto 161
Diálogo del enemigo leal 175
Rosario 187
Las páginas blancas 207
Lección de estética bajo el ombú 225
Los pinos nuevos 241
Diálogo del amigo inseguro 259
El águila y la estrella 273
Apólogo de Mary González 295
Elogio de las ortigas 307
Segundo retrato 319

GRABADOS DE MUERTE Y RESURRECCIÓN:

Montecristi 331
Recuento sobre la Estigia 349
Discurso del silencio 359
Domingo de Resurrección 373
Último retrato 387
Ecos 397
Pedestal y estatua 409
Don Cayetano el informal 419
Bautizo 435

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS
TALLERES DE LA COMPAÑÍA GENERAL DE
ARTES GRÁFICAS, DE MADRID,
A LOS XI DÍAS DEL MES DE
DICIEMBRE DEL AÑO
MCMXXIX

PRECIO: OCHO PESETAS
PRINTED IN SPAIN

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002029760